SAGRADA BIBLIA

1 Crónicas

Libro completo

«*Tuyo, oh Señor, es el reino*»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 6

Antes de empezar 9

Veinticinco palabras hebreas 18

El primer libro de las Crónicas en la liturgia 20

1 De Adán a Israel 22

2 Judá, de Tamar a David 31

3 La casa de David 37

4 Las familias de Judá y de Simeón 45

5 Las tribus del otro lado del Jordán 55

6 Leví: sacerdotes, cantores y ciudades 61

7 Las tribus del norte 73

8 Benjamín y la casa de Saúl 80

9 Los que volvieron a Jerusalén 85

10 La muerte de Saúl 95

11 Todo Israel proclama rey a David 102

12 Los que acudieron a David 109

13 El arca en un carro nuevo 118

14 La casa de David bendecida 122

15 Los levitas suben el arca 126
16 El canto de David y los dos santuarios 136
17 La promesa de Natán y la oración de David 146
18 Las victorias de David 155
19 La afrenta de Hanón 159
20 La toma de Rabbá y los gigantes de Get 164
21 El censo, la peste y el altar de Ornán 168
22 David prepara el templo 178
23 Los levitas y su servicio 186
24 Los veinticuatro turnos de los sacerdotes 192
25 Los cantores del templo..... 201
26 Porteros, tesoreros y jueces 206
27 El ejército y los servidores del rey 212
28 David entrega a Salomón el reino y el modelo del templo..... 218
29 La ofrenda, la oración y la muerte de David 228

PARA PROFUNDIZAR

1 De Adán a Israel: por qué el libro empieza con nombres 26
3 La casa de David después del destierro 41
4 La oración de Jabes 51

6 «Samuel entre los levitas»: genealogías que interpretan 69

9 «Los primeros que volvieron»: Israel después del destierro...91

10 «Murió Saúl por su infidelidad»: la retribución en las Crónicas 97

12 «Tuyos somos, oh David»: todo Israel con su rey 114

15 «Cantores y músicos del Señor»: los levitas y la música del culto 132

16 Un salmo hecho de salmos: el canto de David en 1 Crónicas 16 142

17 «En mi casa y en mi reino»: la promesa a David leída después del destierro 151

21 «Se levantó Satanás»: del Dios que incita al adversario que tienta 174

22 «Has derramado mucha sangre»: David, Salomón y el templo de la paz 182

24 Veinticuatro turnos: de los sacerdotes de David a Zacarías en el templo 197

28 «Todo me fue dado por escrito de la mano del Señor»: el modelo del templo 224

29 «Lo tuyo te damos»: la ofrenda y la oración de David 235

CUADROS

1 De dónde salen las genealogías 26

3 Los reyes de Judá en 1 Crónicas 3 y en Mateo 1..... 40

4 Nombres que la Vulgata tradujo 50
6 Los sumos sacerdotes, de Aarón al destierro 68
7 Israel tribu por tribu (1 Crónicas 2 – 8)..... 78
9 Jerusalén después del destierro: 1 Crónicas 9 y Nehemías 11..91
11 La historia de David en Samuel y en las Crónicas..... 107
12 Todo Israel en Hebrón (1 Crónicas 12,24-37) 114
15 Los instrumentos de los levitas 131
16 Los levitas cantores y los Salmos 141
16 El salmo de 1 Crónicas 16 y el Salterio..... 142
17 «Yo le seré padre»: el rey, hijo de Dios 150
21 El satán en el Antiguo Testamento 173
22 De Moisés a Josué, de David a Salomón..... 182
23 La organización del culto y del reino (1 Crónicas 23 – 27)..... 190
24 Los veinticuatro turnos de los sacerdotes 196
28 El modelo del santuario: de Moisés al Apocalipsis 223
29 Lo que se reunió para el templo 234
Repaso 239
Notas personales 246
Sobre esta edición 247

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · 1 Cr 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como las fuentes de las genealogías, los nombres que la Vulgata tradujo, los sumos sacerdotes de Aarón al destierro, la historia de David en Samuel y en las Crónicas, el salmo de 1 Crónicas 16 y el Salterio, el satán en el Antiguo Testamento o los veinticuatro turnos de los sacerdotes. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

La crónica de toda la historia sagrada

El primer libro de las Crónicas es el decimotercero de la Biblia. En hebreo, los dos libros de las Crónicas son una sola obra, llamada *Dibré ha-yamim*, «los hechos de los días», es decir, los anales; con esas mismas palabras el libro llama a los «fastos del rey David» (27,24). La traducción griega de los Setenta la dividió en dos y la tituló *Paraleipómena*, «cosas omitidas», como si fuera un suplemento de lo que Samuel y Reyes habían dejado sin contar; la Vulgata conservó el nombre griego, y por eso Torres Amat llama a este libro «Libro primero de los Paralipómenos». San Jerónimo propuso un nombre mejor: una «crónica de toda la historia divina». De ahí viene el nombre que usan el Leccionario, las Biblias actuales y esta edición: 1 Crónicas.

En la Biblia hebrea las Crónicas están entre los «Escritos», y en la mayoría de las ediciones son el último libro: la Biblia judía termina con el edicto de Ciro que invita a los desterrados a «subir» a Jerusalén (2 Cr 36,23). Muchos ven un eco de ese orden en las palabras de Jesús sobre la sangre de los justos, «desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías» (Mt 23,35): del primer libro de la Biblia hebrea al último, del Génesis a las Crónicas (Gn 4,8; 2 Cr

24,20-22). Las Biblias griega y latina las pusieron detrás de los Reyes, entre los libros históricos.

Qué cuenta

Las Crónicas no continúan el segundo libro de los Reyes: vuelven a contar la historia desde el principio, desde Adán hasta el edicto de Ciro, con otra mirada. La Pontificia Comisión Bíblica las presenta como «una relectura del Libro del Génesis y de los Libros de Samuel y los Reyes» (*El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, 2001, n. 19). Cerca de la mitad del texto tiene paralelos en Samuel y Reyes, a veces palabra por palabra; el resto no tiene paralelo en esos libros. El primer libro abre con nueve capítulos de genealogías, que van de la humanidad entera a las doce tribus, a los sacerdotes y levitas y a los que volvieron de Babilonia, y dedica los veinte siguientes al reinado de David. El segundo cuenta el de Salomón y luego solo la historia de Judá, hasta la destrucción de Jerusalén.

Este David es distinto del de Samuel. El Cronista omite la larga guerra con la casa de Saúl durante los años de Hebrón (2 Sam 2 – 4), el adulterio con Betsabé y la muerte de Urías, los crímenes de Amnón y de Absalón y las intrigas de la sucesión (1 Re 1); del pecado de David solo cuenta el censo (21), porque termina en el altar donde se levantará el

templo. Y añade lo que Samuel no dice: los guerreros de todas las tribus que acuden a él (12), los levitas y cantores que suben el arca (15 – 16) y, sobre todo, los preparativos del templo y la organización de sacerdotes, levitas, cantores y porteros (22 – 29).

LAS GENEALOGÍAS

1	De Adán a Israel; los reyes de Edom
2 – 4,23	Judá; la casa de David; la oración de Jabes
4,24 – 5	Simeón y las tribus del otro lado del Jordán
6	Leví: sumos sacerdotes, cantores y ciudades leví-ticas
7 – 8	Las tribus del norte; Benjamín y la casa de Saúl
9	Los que habitaron en Jerusalén después del des-tierro

10	La muerte de Saúl
11 – 12	Todo Israel proclama rey a David; sus valientes
13 – 16	El arca sube a Jerusalén; los levitas cantores; el salmo de David
17	La promesa de Natán y la oración de David
18 – 20	Las guerras de David
21 – 22	El censo y la era de Ornán; David prepara el templo
23 – 27	Levitas, sacerdotes, cantores, porteros y oficiales del reino
28 – 29	La última asamblea de David; su oración y su muerte

Quién lo escribió y cuándo

Según el Talmud, Esdras escribió su libro «y la genealogía de las Crónicas» hasta su tiempo, y Nehemías la terminó (Baba Batra 15a). Torres Amat, en su advertencia a los dos libros, recoge la opinión común de que los escribió Esdras, «ayudado de los profetas Ageo y Zacarías», después de la cautividad de Babilonia. El autor no da su nombre, y los estudiosos lo llaman «el Cronista»; por su amor a los levitas y a los cantores del templo, muchos piensan que era uno de ellos. Escribe mucho después del destierro: llega al

edicto de Ciro (538 a. C.), prolonga la descendencia de David varias generaciones después de Zorobabel (3,19-24) y cuenta en dáricos, la moneda de oro persa acuñada desde Darío I, hacia el 515, los donativos para el templo del tiempo de David (29,7). Por eso la mayoría lo sitúa en la época persa, hacia el siglo IV a. C.; otros lo bajan a los comienzos de la época griega.

Las Crónicas terminan con las mismas palabras con que empieza el libro de Esdras (2 Cr 36,22-23; Esd 1,1-3), y durante mucho tiempo se pensó que Crónicas, Esdras y Nehemías eran una sola obra del mismo autor. Desde hace medio siglo muchos estudiosos lo dudan, por las diferencias de lengua y de pensamiento, por ejemplo en la esperanza puesta en la casa de David; la cuestión sigue abierta. El Cronista usó los libros de Samuel y de los Reyes, quizá en un texto hebreo algo distinto del que se ha conservado: un rollo de Samuel hallado en Qumrán (4QSam^{a}) trae, según sus editores, el ángel «entre la tierra y el cielo» de 1 Cr 21,16, que falta en el texto masorético de 2 Sam 24,16. Usó también el Génesis, Josué, Rut y los Salmos, y cita anales de los reyes y escritos de profetas (9,1; 29,29). La Comisión Bíblica recuerda que los libros históricos no son «una historiografía en el sentido moderno» y observa que en las Crónicas Dios habla por profetas, por videntes y hasta por los cantores del templo, que «profetizan» (1 Cr 25,1-3) (*Ins-*

piración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, nn. 16 y 70). Dios habló en ellas «por hombres y a la manera humana» (*Dei Verbum*, n. 12).

Cómo leerlo

Es una historia teológica escrita para la pequeña comunidad que, probablemente bajo el dominio persa, se reunía en torno al templo reconstruido, y que responde contando el pasado a sus preguntas: quiénes somos, qué nos sostiene, qué promesa sigue en pie. San Jerónimo, que tradujo estos libros del hebreo, escribió que son tan importantes que quien pretenda conocer las Escrituras sin ellos «se burla de sí mismo», porque cada nombre ilumina lo que los otros libros callan (*Carta* 53,8).

Cuatro temas atraviesan la obra. El primero es David y el templo: David prepara la casa de Dios y organiza su culto, y Salomón la edifica; el reino es del Señor, que promete a David, según el hebreo, establecer a su hijo «en mi casa y en mi reino» (17,14), y Salomón se sienta «sobre el trono del Señor» (29,23). El segundo son los levitas y los cantores, que llevan el arca, guardan las puertas y alaban a Dios cada mañana y cada tarde con el estribillo «porque es eterna su misericordia» (16,34.41). El tercero es la retribución: Saúl murió por su infidelidad, porque no buscó al Señor (10,13-14), y David advierte a Salomón: «Si lo buscares, lo

hallarás; pero si lo abandonares, te desechará para siempre» (28,9). El segundo libro lo mostrará rey por rey, pero siempre con la puerta abierta a la conversión (2 Cr 7,14). El cuarto es «todo Israel»: las genealogías recogen las doce tribus, y todas acuden a Hebrón para proclamar a David con un mismo corazón y con alegría (12,38-40).

El Nuevo Testamento abre con una genealogía que recorre los mismos nombres (Mt 1,1-17; Lc 3,23-38), y san Lucas presenta a Zacarías, el padre de Juan Bautista, como sacerdote «de la clase de Abías», uno de los veinticuatro turnos que este libro atribuye a David (24,10; Lc 1,5). La promesa «Yo le seré padre, y él me será hijo» (17,13) se aplica a Cristo en la carta a los Hebreos (Heb 1,5; Catecismo, n. 441), y Jesús, que es «más que el templo» (Mt 12,6), habló de su cuerpo como del verdadero templo (Jn 2,19-21). La Iglesia reza la bendición de David, «Bendito eres, Señor, Dios de Israel» (29,10-13), como cántico de Laudes, y san Juan Pablo II vio en sus palabras «lo que hemos recibido de tu mano, eso te hemos dado» (29,14) la actitud de la misa, que ofrece a Dios lo que de él ha recibido.

Hay también páginas difíciles: listas interminables de nombres, cifras imposibles, como el millón cien mil soldados de 21,5 o los cien mil talentos de oro de 22,14, el castigo de los amonitas, una tortura en la Vulgata y en el hebreo de las Crónicas tal como se lee hoy (20,3), la peste que

mata a setenta mil hombres (21,14) o el exterminio de los últimos amalecitas (4,43). Las notas las explican en su contexto y las leen con la Iglesia, que reconoce en el Antiguo Testamento «elementos imperfectos y pasajeros» dentro de una pedagogía divina (Catecismo, n. 122).

Sobre esta traducción

En este libro Torres Amat no escribe nada en mayúsculas. En la edición de 1824 imprimió en cursiva sus añadidos a la Vulgata, como explica en su advertencia: «no siendo sacerdote», para explicar la muerte de Oza (13,10), o el espíritu «superior o divino» que mueve a Amasai (12,18). Aclara muchas palabras con glosas unidas por «o», como «arieles o grandes leones» (11,22) o «el Pacífico o Salomón» (22,9), y alguna vez con un anacronismo: «el consejo de los Ancianos o sala del Sanedrín» (26,15). Donde la Vulgata tradujo nombres propios, Torres Amat la sigue: las familias de «doctores de la ley» que viven «en tiendas, cantando y tañendo» (2,55) son en hebreo clanes con nombre propio; en 4,22 pone el nombre hebreo junto a la traducción latina: «Joakim, cuyo nombre significa aquel que hizo parar el Sol». Los dáricos persas de 29,7 son en su Biblia «sueldos o monedas de oro».

La numeración es la de la Vulgata, salvo en 11,46-47 y 20,7-8, donde el texto digital divide como el hebreo; las Bi-

blias que siguen el hebreo cuentan de otro modo los capítulos 6 y 12, como explica el colofón. La transcripción digital leía mal algunos nombres, como «Areodato» por Adeodato (20,5) o «Baser» por Gazer (6,67), y había perdido unas palabras en 9,21 y 21,25; se han corregido con la edición de 1824.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro, como el sentido de las genealogías, la casa de David después del destierro, la oración de Jabes, la retribución, la música en el culto, el salmo de David, la promesa de Natán leída después del destierro, Satanás, los turnos de los sacerdotes o la ofrenda de David. Todos aparecen en el índice.

Veinticinco palabras hebreas

Las palabras clave del primer libro de las Crónicas en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

דִּבְרֵי הַיָּמִים	**dibré ha-yamim** · los hechos de los días, los anales; título hebreo de los dos libros, los «fastos del rey David» 27,24
הִתְיַחֵשׂ	**hityajés** · inscribirse en el registro genealógico 5,1.17; 9,1
בְּכֹרָה	**bejorá** · primogenitura, que Rubén perdió y pasó a José 5,1-2
נָגִיד	**naguid** · príncipe, jefe designado por Dios 5,2; 11,2; 17,7
מַעַל	**ma'al** · infidelidad, prevaricación contra Dios 2,7; 9,1; 10,13
דָּרַשׁ	**darash** · buscar al Señor, consultarlo 10,13-14; 15,13; 28,9
כָּל־יִשְׂרָאֵל	**kol Yisra'el** · todo Israel, las doce tribus unidas 11,1; 12,38; 15,3
קָהָל	**qahal** · asamblea; en griego *ekklesía* 13,2.4; 29,1.20
אֲרוֹן בְּרִית־יְהוָה	**arón berit YHWH** · el arca de la alianza del Señor 15,25-29; 28,2
לְוִיִּם	**leviyyim** · levitas, servidores del santuario 15,2; 23,2-32
מְשֹׁרְרִים	**meshorerim** · cantores del templo 9,33; 15,16.19
נֵבֶל · כִּנּוֹר	**nébel · kinnor** · arpa y lira, los «salterios y cítaras» 15,16; 25,1
מְצִלְתַּיִם	**metsiltáyim** · címbalos, platillos de bronce 15,16.19; 16,5

כִּ י לְעוֹלָם חַסְדּוֹ	**ki le-olam jasdó** · «porque es eterna su misericordia», el estribillo de los cantores 16,34.41
בַּ יִת	**báyit** · casa: la dinastía de David y el templo de Dios 17,10.12
מַלְכוּת	**maljut** · reino; «mi reino», el del Señor 17,14; 28,5
שָׂטָן	**satán** · adversario; en 21,1, sin artículo, quizá ya nombre propio: Satanás 21,1
מְנוּחָה	**menujá** · reposo; Salomón, «hombre de reposo», y el templo, «casa de reposo» para el arca 22,9; 28,2
שְׁלֹמֹה · שָׁלוֹם	**Shelomó · shalom** · Salomón, el «Pacífico», y la paz 22,9
מַחְלְקוֹת	**majleqot** · turnos, clases de sacerdotes, levitas y soldados 23,6; 24,1; 27,1
נִבָּ א	**nibbá** · profetizar; los cantores «profetizan» con cítaras 25,1-3
תַּ בְנִית	**tabnit** · modelo, diseño del templo 28,11-12.19
מֶרְכָּ בָה	**merkabá** · carro; el de los querubines sobre el arca 28,18
אֲדַרְכֹנִים	**adarkonim** · dáricos, monedas de oro persas 29,7
הִתְנַדֵּ ב	**hitnaddeb** · ofrecer de buena gana, espontáneamente 29,5-9.17

El primer libro de las Crónicas en la liturgia

Es uno de los libros que menos se leen en la misa: ningún domingo lo proclama y no figura entre las primeras lecturas de las ferias. La Iglesia lo escucha sobre todo en la víspera de la Asunción, y reza a menudo la bendición de David del capítulo 29.

En la misa

Celebración	Lectura
Asunción de la Virgen María, misa de la vigilia (14 de agosto por la tarde)	1 Cr 15,3-4.15-16; 16,1-2 (David sube el arca a la tienda que le había preparado), con el Salmo 132 y Lc 11,27-28
Común de santa María Virgen	1 Cr 15,3-4.15-16; 16,1-2, entre las lecturas del Antiguo Testamento
Jueves de la 4.ª semana del tiempo ordinario, años pares	Salmo responsorial: 1 Cr 29,10-12 («Bendito eres, Señor»), después de la muerte de David (1 Re 2,1-4.10-12)
Viernes de la 33.ª semana del tiempo ordinario, años impares	Salmo responsorial: 1 Cr 29,10-12, después de la nueva dedicación del templo por Judas Macabeo (1 Mac 4)
Común de la dedicación de una iglesia; misa de acción de gracias	1 Cr 29,10-12 como salmo responsorial

En la Liturgia de las Horas

Celebración	Lectura
Laudes del lunes de la I semana del salterio	Cántico de 1 Cr 29,10-13: «Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel»
Oficio de lectura, jueves de la 14.ª semana del tiempo ordinario	1 Cr 22,5-19 (David prepara la construcción del templo), con un comentario de san Ambrosio al Salmo 118: el templo de Dios sois vosotros

En los pasajes que se leen, la numeración del Leccionario coincide con la de esta edición. San Juan Pablo II comentó el cántico de Laudes en la audiencia general del 6 de junio de 2001.

1

De Adán a Israel

El libro empieza sin una palabra de relato: «Adán, Set, Enós». En nueve capítulos de nombres, el Cronista recorre la historia desde el primer hombre hasta los que volvieron de Babilonia, y este primero resume el Génesis en listas. Tiene cuatro partes: de Adán a Noé y sus hijos (vv. 1-4), los pueblos de la tierra (vv. 5-23), de Sem a Abrahán (vv. 24-27) y los descendientes de Abrahán: Ismael, Cetura, Isaac y Esaú, con los reyes y los jefes de Edom (vv. 28-54). Una regla se repite: primero se nombra la rama lateral, después la elegida, hasta llegar a Israel.

De Adán a Abrahán

[1] Adán, Set, Enós [1], [2] Cainán, Malaleel, Jared, [3] Enoc, Matusalé, Lamec, [4] Noé, Sem, Cam y Jafet.

[5] Hijos de Jafet: Gomer, y Magog, y Madai, y Javán, Tubal, Mosoc, Tiras. [6] Hijos de Gomer: Ascenez, y Rifat, y Togorma. [7] Hijos de Javán: Elisa, y Tarsis, Cetim y Dodanim [2]. [8] Hijos de Cam: Cus, y Mesraim, y Fut, y Canaán. [9] Hijos de Cus: Sabá y Hévila, Sabata, y Regma, y Sabataca. Hijos de Regma: Sabá y Dadán. [10] Cus engendró también a Nemrod; el cual empezó a ser poderoso en la tierra [3]. [11] Mesraim engendró a Ludim, y a Anamim, y a Laabim, y a Neftuim, [12] y

también a Fetrusim y Casluim, de los cuales salieron los filisteos y caftoreos [4]. 13 Canaán tuvo por su primogénito a
Sidón, y después engendró al heteo, 14 y al jebuseo, y al
amorreo, y al gergeseo, 15 y al heveo, y al araceo, y al sineo;
16 como también al aradio, y al samareo, y al hamateo.

17 Hijos de Sem [5]: Elam, y Asur, y Arfaxad, y Lud, y Aram,
y Hus, y Hul, y Geter, y Mosoc. 18 Arfaxad engendró a Salé,
el cual engendró después a Heber. 19 A Heber le nacieron
dos hijos, el nombre del uno es Faleg, porque en su tiempo
fue dividida la tierra [6], y el nombre de su hermano era
Jectán. 20 Jectán engendró a Elmodad, y a Salep, y a Asar-
mot, y a Jare; 21 como también a Adoram, y a Huzal, y a De-
cla. 22 Y asimismo a Hebal, y Abimael, y a Sabá, 23 y a Ofir, y
Hévila, y a Jobab; todos éstos fueron hijos de Jectán.

24 Descendientes de Sem [7]: Arfaxad, Salé, 25 Heber, Faleg,
Ragau, 26 Serug, Nacor, Taré, 27 Abram, el mismo que
Abrahán.

Los hijos de Abrahán

28 Hijos de Abrahán: Isaac e Ismael; 29 y éstos son sus des-
cendientes: El primogénito de Ismael fue Nabajot [8], des-
pués Cedar, y Adbeel, y Mabsam, 30 y Masma, y Duma,
Masa, Hadad, y Tema, 31 Jetur, Nafis, y Cedma. Estos son
los hijos de Ismael. 32 Los hijos de Cetura, mujer de segun-
do orden de Abrahán [9], fueron: Zamrán, Jecsán, Madán,

Madián, Jesboc y Sué. Hijos de Jecsán: Sabá y Dadán. Los de Dadán: Asurim, y Latusim y Laomim. 33 Los hijos de Madián fueron Efa, Efer, Enoc, Abida, y Eldaa; todos éstos descendían de Cetura [10].

34 Abrahán engendró asimismo a Isaac, de quien fueron hijos Esaú e Israel [11]. 35 Hijos de Esaú: Elifaz, Rahuel, Jehús, Ihelom y Coré. 36 Hijos de Elifaz: Temán, Omar, Sefí, Gatán, Cenez; de Tamna tuvo a Amalec [12]. 37 Hijos de Rahuel: Nahat, Zara, Samma, Meza.

38 Hijos de Seir: Lotán, Sobal, Sebeón, Ana, Disón, Eser, Disán. 39 Hijos de Lotán: Hori, Homam; hermana de Lotán fue Tamna. 40 Hijos de Sobal: Alián y Manahat, y Ebal, Sefí y Onam. Hijos de Sebeón: Aja y Ana. Hijo de Ana: Disón. 41 Hijos de Disón: Hamram, y Esebán, y Jetrán, y Carán. 42 Hijos de Eser: Balaán, y Zaván, y Jacán. Hijos de Disán: Hus y Arán.

Los reyes de Edom

43 Estos que siguen son los reyes que reinaron en el país de Edom o Idumea, antes que los hijos de Israel tuviesen rey [13]: Balé, hijo de Beor; y el nombre de su ciudad o corte fue Denaba. 44 Muerto Balé, lo sucedió en el reino Jobab, hijo de Zaré, natural de Bosra. 45 Después de la muerte de Jobab entró a reinar en su lugar Husam del país de Temán. 46 Muerto que fue Husam, lo sucedió en el reino Adad, hijo

de Badad, el que deshizo los madianitas en la tierra de Moab; su ciudad fue Avit. 47 Muerto Adad, reinó en su lugar Semla, de Masreca. 48 Murió asimismo Semla, y lo sucedió Saúl, de Rohobot, ciudad situada junto al río Eufrates. 49 Muerto también Saúl, reinó en su lugar Balanán, hijo de Acobor. 50 Vino también a morir éste, y tuvo por sucesor en el trono a Adad, cuya ciudad fue Fau, y su mujer se llamó Meetabel, hija de Matred, que lo era de Mezaab.

51 Luego que murió Adad, comenzaron a regir la Idumea gobernadores o jueces en lugar de reyes [14]; el gobernador Tamna, el gobernador Alva y el gobernador Jetet, 52 el gobernador Oolibama, el gobernador Ela, el gobernador Finón, 53 el gobernador Cenez, el gobernador Temán, el gobernador Mabsar, 54 el gobernador Magdiel, el gobernador Hiram. Estos fueron los gobernadores de Idumea.

¿Sabías que?

En los dos grandes manuscritos de la Biblia hebrea copiados en la tradición de Tiberíades, el códice de Alepo (hacia el 930) y el de Leningrado (1008), las Crónicas no cierran la Biblia: abren los Escritos, delante de los Salmos. El Talmud, en cambio, enumera los Escritos terminando con «Esdras y Crónicas» (Baba Batra 14b), y ese es el orden de la mayoría de las Biblias hebreas impresas. El libro que empieza con Adán sirve así de pórtico o de broche: un resumen de toda la historia, del primer hombre a la vuelta del destierro.

De dónde salen las genealogías

Pasaje	Contenido	Fuente bíblica
1,1-4	De Adán a Noé, solo los nombres	Gn 5
1,5-23	Los pueblos de la tierra	Gn 10
1,24-27	De Sem a Abram	Gn 11,10-26
1,28-33	Ismael y los hijos de Cetura	Gn 25,1-4.13-16
1,34-54	Esaú, Seir y los reyes de Edom	Gn 36
2,1-17	Los hijos de Israel; de Judá a David	Gn 35; 38; Rut 4,18-22
3,1-9	Los hijos de David	2 Sam 3,2-5; 5,14-16
3,10-16	Los reyes de Judá	1 Re – 2 Re
4,24-33	Simeón y sus ciudades	Jos 19,1-9
6,54-81	Las ciudades de los levitas	Jos 21
7,6-12; 8	Benjamín	Gn 46,21; Nm 26,38-41
9,2-34	Los que volvieron a Jerusalén	Neh 11,3-19
Lo demás	Casi todo 2,18 – 4,23; 5; 7; 23 – 27	Listas propias o registros perdidos

El Cronista copia la Escritura casi al pie de la letra, la abrevia y la completa con listas que no están en ningún otro libro. San Jerónimo decía que aquí cada nombre ilumina lo que los libros de los Reyes callan (Carta 53,8).

PARA PROFUNDIZAR

De Adán a Israel: por qué el libro empieza con nombres

Nadie olvida la primera página de este libro. No hay un «en el principio» ni un «había una vez»: hay un nombre, Adán, y des-

pués otro, y otro, durante nueve capítulos. Para el lector moderno, las genealogías de 1 Crónicas 1 – 9 son la parte más árida de la Biblia. Para el Cronista eran la puerta de entrada indispensable: antes de contar la historia de David y del templo, había que decir quién es Israel, de dónde viene y dónde está su centro.

El primer capítulo es el Génesis condensado. Los vv. 1-4 reducen a nombres el capítulo 5 del Génesis; los vv. 5-23, la tabla de los pueblos del capítulo 10; los vv. 24-27, la línea de Sem a Abrahán del capítulo 11; los vv. 28-54, los descendientes de Ismael, de Cetura y de Esaú de los capítulos 25 y 36 (ver el cuadro de este capítulo). El movimiento es el de un embudo: de la humanidad entera a una familia, y de esa familia a un pueblo. Pero el embudo no excluye. En cada generación se nombra primero la rama lateral y después la elegida: Jafet y Cam antes que Sem, Ismael y Cetura antes que Isaac, Esaú antes que Israel. Los pueblos vecinos siguen dentro de la familia, y Edom tiene incluso su lista de reyes (ver nota a 1,43). La elección de Israel no se entiende fuera de la humanidad, sino en medio de ella.

¿Para quién se escribía esto? Para una comunidad pequeña, la de Judá bajo el dominio persa, que había vuelto del destierro y vivía en torno al templo reconstruido. Para ella, la genealogía era cuestión de identidad y de continuidad: los sacerdotes que no pudieron probar su ascendencia fueron excluidos del sacerdocio (Esd 2,61-63). Las listas responden: somos los mismos de antes, el pueblo de las doce tribus, «todo Israel» (ver nota a 9,1). Y su orden dice dónde está el centro: Judá, la tribu de David, abre la serie (2 – 4); Leví, la tribu del templo, ocupa el medio (6); Benjamín la cierra (8), y al final aparecen los que volvieron a Jerusalén con

sus sacerdotes, levitas y porteros (9). Estudiosos como Sara Japhet y H. G. M. Williamson han subrayado que el Cronista entiende Israel en sentido amplio: no solo los que volvieron, sino las doce tribus.

Los estudios sobre las genealogías antiguas ayudan a leerlas sin pedirles lo que no pretenden. R. R. Wilson (Genealogy and History in the Biblical World, 1977) mostró que en las sociedades tradicionales una genealogía expresa relaciones: quién está unido a quién, qué derechos tiene cada grupo, quién hereda una función. Las hay «segmentadas», que se ramifican para mostrar el parentesco entre clanes de una misma época, y «lineales», que siguen una sola línea para legitimar a un heredero; y unas y otras se adaptan con el tiempo a la situación de quien las transmite. Así se entiende que en el capítulo 2 haya personas que son «padres» de ciudades, o que un mismo nombre aparezca en dos ramas. No son actas de nacimiento, sino el mapa de un pueblo.

San Jerónimo, que tradujo estos libros del hebreo, los tenía en tanta estima que escribió que en ellos cada nombre, «y hasta la unión de las palabras», sirve para iluminar los relatos omitidos en los libros de los Reyes «y las cuestiones que plantea el Evangelio» (Carta 53,8). La última parte de la frase es la más sugerente: también el Nuevo Testamento empieza con una genealogía. Mateo la abre en Abrahán y la ordena en tres series de catorce generaciones (Mt 1,1-17); Lucas la recorre hacia atrás hasta llegar, como este libro, al primer hombre: «hijo de Adán, hijo de Dios» (Lc 3,38). El Cronista empieza en Adán para contar la his-

toria de Israel; Lucas termina en Adán para decir que Jesús pertenece a toda la humanidad.

Las cartas pastorales previenen contra las «fábulas y genealogías interminables» (1 Tim 1,4; Tit 3,9). No hablan de las de la Escritura, sino de especulaciones sobre linajes que alimentaban discusiones sin fruto. El libro de Josué mostró para qué sirven las listas de lugares (ver el ensayo del capítulo 15 de Josué); las de este libro hablan de identidad, de culto y de una promesa que pasa de una generación a otra. Detrás de cada nombre hay una vida que Dios conoce; Jesús pidió a sus discípulos que se alegraran, no de sus éxitos, sino «porque vuestros nombres están escritos en el cielo» (Lc 10,20).

PAUSA

1. Tu nombre también está en una genealogía. ¿Quiénes te transmitieron la vida y la fe, y cómo les das gracias?
2. El Cronista no borra a Ismael ni a Esaú de la familia. ¿A quién tiendes tú a dejar fuera de «tu» historia?
3. Lucas termina en «Adán, hijo de Dios». ¿Qué cambia en tu manera de mirar a los demás saber que todos venimos del mismo Padre?

Para orar. *Señor, Dios de Adán y de Abrahán, gracias por todos los que me precedieron en la fe; escribe también mi nombre en tu libro.*

2

Judá, de Tamar a David

Después de nombrar a los doce hijos de Israel (vv. 1-2), el Cronista no empieza por Rubén, el primogénito, sino por Judá, la tribu de David; el porqué se dirá en 5,1-2. El capítulo tiene cuatro partes: los hijos de Judá y de Tamar (vv. 3-8); la línea de Hesrón por Ram hasta David y sus hermanas (vv. 9-17); los descendientes de Caleb y de Jerameel (vv. 18-41); y los clanes de Caleb que fundaron ciudades (vv. 42-55). La genealogía es también geografía: Belén, Hebrón o Cariatiarim aparecen como personas. Y no se esconde a nadie: entran Tamar, Acar, un esclavo egipcio, los cineos.

Los hijos de Israel y de Judá

1 Los hijos de Israel fueron [1]: Rubén, Simeón, Leví, Judá,
Isacar y Zabulón, 2 Dan, José, Benjamín, Neftalí, Gad y
Aser.

3 Hijos de Judá: Her, Onan y Sela. Estos tres le nacieron de
la cananea, hija de Sué. Mas Her, primogénito de Judá, fue
hombre malo delante del Señor, y le quitó el Señor la
vida [2]. 4 Judá tuvo de Tamar, su nuera [3], a Farés, y a Zara;
así, pues, todos los hijos de Judá fueron cinco. 5 Hijos de
Farés: Hesrón y Hamul. 6 Hijos de Zara: Zamri, y Etán, y
Emán, Calcal también y Dara, en todos cinco. 7 Hijo de

Carmí: Acar, el que turbó a Israel [4] por haber pecado en el hurto de las cosas consagradas a Dios. [8] Hijo de Etán: Azarías.

De Hesrón a David

[9] Los hijos que le nacieron a Hesrón fueron Jerameel, y Ram, y Calubi [5]. [10] Ram engendró a Aminadab; Aminadab engendró a Nahasón, príncipe de los hijos de Judá. [11] Nahasón engendró a Salma, de quien procedió Booz [6]. [12] Booz engendró a Obed, el cual engendró a Isaí. [13] E Isaí tuvo por primogénito a Eliab; su hijo segundo fue Abinadad, el tercero Simmaa, [14] el cuarto Natanael, el quinto Raddai, [15] el sexto Asom, el séptimo David [7]. [16] Hermanas de éstos fueron Sarvia y Abigaíl. Hijos de Sarvia, tres: Abisaí, Joab y Asael [8]. [17] Abigaíl fue madre de Amasa, cuyo padre fue Jeter, ismaelita.

Caleb y Jerameel

[18] Caleb, hijo de Hesrón, casó con Azuba, de la cual tuvo a Jeriot; y fueron hijos de ella Jaser, y Sobab, y Ardón. [19] Muerta que fue Azuba, casó Caleb con Efrata, la cual tuvo a Hur. [20] Hur fue padre de Uri, y Uri lo fue de Bezeleel [9].

[21] Después Hesrón casó, a la edad de sesenta años, con la hija de Maquir, padre de Galaad, la cual tuvo a Segub. [22] Este Segub engendró a Jair, el cual fue señor de veinti-

trés ciudades en tierra de Galaad [10]; [23] pero Jesur y Aram tomaron las ciudades o villas de Jair y de Canat con sus sesenta aldeas, que todas eran del hijo de Maquir, padre de Galaad. [24] Siendo ya muerto Hesrón, Caleb, su hijo, casó con Efrata [11]. Hesrón tuvo también por mujer a Abia, la cual tuvo a Asur, fundador de Tecua.

[25] Al primogénito de Hesrón, Jerameel, le nacieron estos hijos: Ram, primogénito, y Buna, y Aram, y Asom, y Aquía. [26] Otra mujer tuvo también Jerameel, llamada Atara, que fue madre de Onam. [27] Los hijos de Ram, primogénito de Jerameel, fueron Moos, Jamín y Acar. [28] De Onam fueron hijos Semei y Jada. Hijos de Semei: Nadab y Abisur. [29] Se llamó Abihaíl la mujer de Abisur, la cual tuvo a Ahobbán y Molid. [30] Los hijos de Nadab fueron Saled y Apfaim. Saled murió sin hijos. [31] Apfaim tuvo por hijo a Jesí, el cual engendró a Sesán, y Sesán a Oholai. [32] Los hijos de Jada, hermano de Semei, fueron Jeter y Jonatán; mas Jeter murió sin hijos. [33] Jonatán engendró a Falet y a Ziza. Estos fueron los descendientes de Jerameel.

[34] Sesán no tuvo hijos, sino hijas, y tomó un esclavo egipcio, llamado Jeraa [12], [35] a quien dio una hija por mujer, la cual tuvo a Etei. [36] Etei engendró a Natán, y Natán a Zabad. [37] Zabad engendró a Oflal, y Oflal a Obed. [38] Obed engendró a Jehú, y Jehú a Azarías. [39] Azarías engendró a Helles, y

Helles a Elasa. 40 Elasa engendró a Sisamoi, y Sisamoi a Sellum. 41 Sellum engendró a Icamías, e Icamías a Elisama.

Los clanes de Caleb y sus ciudades

42 Hijos de Caleb, hermano de Jerameel: Mesa, su primogénito, y padre de Zif [13]; y los descendientes de Maresa, padre de Hebrón. 43 Hijos de Hebrón: Coré y Tafua, y Recem, y Samma. 44 Samma engendró a Raham, padre de Jercaam, y Recem a Sammai. 45 Hijo de Sammai, Maón; y Maón padre de Betsur. 46 Efa, mujer secundaria de Caleb, tuvo a Harán, y a Mosa, y a Gezez. Harán engendró a Gezez. 47 Hijos de Jahaddai: Regom, y Joatán; y Jesán, y Falet, y Efa, y Saaf. 48 Maaca, mujer de segundo orden de Caleb, tuvo a Saber y Tarana. 49 Saaf, príncipe de Madmena, engendró a Sué, que fue príncipe de Macbena y príncipe de Gabaa. Hija de Caleb fue asimismo Acsa.

50 Hijos de Caleb, hijo de Hur, primogénito de Efrata, fueron también éstos: Sobal, príncipe o fundador de Cariatiarim [14]: 51 Salma, príncipe de Betlehem: Harif, príncipe de Betgader. 52 Y Sobal, príncipe de Cariatiarim, el cual poseía la mitad del lugar del Descanso [15], tuvo también hijos, 53 y de su familia en Cariatiarim descienden los jetreos, y afuteos, y semateos, y masereos, de los cuales salieron aun los saraítas y estaolitas. 54 Hijos de Salma, o Salmón: Betlehem y Netofatí, cabezas de la casa de Joab; y la

mitad del territorio llamado del Descanso fue de los descendientes de Sarai.

55 Hay también familias de doctores de la ley [16], que habitan en Jabes, y viven en tiendas, cantando y tañendo. Estos son los cineos, que descienden de Camat, padre de la casa o linaje de Recab.

¿Sabías que?

En 1906, el escultor Boris Schatz fundó en Jerusalén una escuela de artes y oficios y le puso el nombre de Bezalel, el artesano del tabernáculo de este capítulo (2,20; Éx 31,2-5). Hoy, como Academia Bezalel de Arte y Diseño, es la escuela de arte más antigua de Israel. El artesano lleno del espíritu de Dios sigue dando nombre a los que quieren hacer de su oficio un arte.

PAUSA

1. Tamar, Acar, un esclavo egipcio: la lista de Judá no esconde a nadie. ¿Qué parte de tu historia familiar te cuesta mirar con los ojos de Dios?
2. David era el séptimo, casi el último. ¿Dónde has visto a Dios escoger lo que los demás pasaban por alto?
3. Bezeleel puso su arte al servicio del santuario. ¿Qué talento tuyo podrías ofrecer a Dios y a tu comunidad?

Para orar. *Señor, que conoces cada nombre de mi familia, sana lo que está herido y haz fecunda la fe que recibí.*

3

La casa de David

Este capítulo es el árbol de la casa de David. Tiene tres partes: los hijos de David, seis nacidos en Hebrón y trece en Jerusalén (vv. 1-9); los reyes de Judá de Salomón a Sedecías, nombrados de un tirón, de padre a hijo y sin una palabra de juicio (vv. 10-16); y la descendencia de Jeconías, el rey llevado cautivo a Babilonia, hasta varias generaciones después de Zorobabel (vv. 17-24). El Cronista no cuenta las tragedias de la familia ni el final de la monarquía, pero sigue escribiendo nombres después del destierro: la promesa hecha a David no se ha apagado.

Los hijos de David

1 Estos son los hijos que tuvo David nacidos en Hebrón:
Amnón el primogénito, de Aquinoam la jezraelita; el segundo Daniel, de Abigaíl del Carmelo [1]; 2 el tercero, Absalón, hijo de Maaca, que era hija de Tolmai, rey de Jesur; el cuarto Adonías, hijo de Aggit; 3 el quinto Safatía, hijo de Abital; el sexto Jetraham, de su mujer Egla. 4 Estos seis le nacieron en Hebrón, donde reinó siete años y seis meses [2]. Reinó después treinta y tres años en Jerusalén.

5 Los hijos que le nacieron en Jerusalén son Simmaa y Sobab, y Natán, y Salomón, todos cuatro de Betsabé, hija de

Ammiel [3]. [6] Además Jebaar, y Elisama, [7] y Elifalet, y Noge,
y Nefeg, y Jafía. [8] Otro Elisama, y Eliada, y Elifelet, en to-
dos nueve [4]. [9] Estos son todos los hijos de David sin contar
los hijos de las mujeres de segundo orden [5]; y tuvieron
una hermana llamada Tamar.

Los reyes de Judá

[10] Hijo de Salomón fue Roboam [6], cuyo hijo Abía engen-
dró a Asa. De éste nació también Josafat, [11] padre de Jo-
ram; Joram engendró a Ocozías, de quien nació Joás.
[12] Amasías, hijo de éste, engendró a Azarías [7]. De Azarías
fue hijo Joatam, [13] padre de Acaz, que lo fue de Ezequías,
del cual nació Manasés. [14] Manasés fue padre de Amón,
que lo fue de Josías.

[15] Los hijos de Josías fueron Joanán el primogénito, el se-
gundo Joakim, el tercero Sedecías, el cuarto Sellum [8].
[16] De Joakim nacieron Jeconías, y Sedecías [9].

Después del destierro

[17] Hijos de Jeconías fueron Asir, Salatiel [10], [18] Melquiram,
Fadaya, Senneser [11], y Jecemías, Sama y Nadabías.

[19] De Fadaya nacieron Zorobabel [12], y Semei; Zorobabel
fue padre de Mosolam, de Hananías, y de Salomit, herma-
na de éstos, [20] y de otros cinco, es a saber: Hasabán, y Ohol,
y Baraquías, y Hasadías, y Josabesed.

21 Hijo de Hananías fue Faltías, padre de Jeseías [13], de
quien fue hijo Rafaías; de este Rafaías fue hijo Arnán, de
quien nació Obdía, cuyo hijo fue Sequenías. 22 Hijo de Se-
quenías fue Semeya, del cual nacieron Hatus y Jegaal, Ba-
ría, Naaría y Safar, que son seis, contando el padre [14].
23 De Naaría fueron hijos los tres, Elioenai, y Ezequías, y
Ezricam. 24 De Elioenai fueron hijos los siete, Odvia, Elia-
sub, y Feleya, y Accub, y Johanán, y Dalaya, y Anani [15].

¿Sabías que?

Durante siglos, los judíos de Babilonia tuvieron al frente un exilarca, en arameo resh galuta, «jefe del destierro», reconocido por los reyes partos y persas y después por los califas de Bagdad. Los exilarcas se tenían por descendientes de David por la línea de Jeconías y de Zorobabel, la de este capítulo, y una crónica judía medieval, el Séder Olam Zutá, enumera sus generaciones a partir de Jeconías y de sus hijos. Sin trono, la casa de David conservó entre los desterrados un lugar de honor.

Los reyes de Judá en 1 Crónicas 3 y en Mateo 1

1 Crónicas 3	Mateo 1	Nota
Salomón (3,10)	Mt 1,6-7	Lucas sigue la línea de Natán, otro hijo de Betsabé (Lc 3,31)
Roboam, Abía, Asa, Josafat, Joram (3,10-11)	Mt 1,7-8	En los manuscritos griegos más antiguos, Asa se escribe Asaf
Ocozías, Joás, Amasías (3,11-12)	—	Mateo los omite: «Joram fue padre de Ozías» (Mt 1,8)
Azarías, Joatam, Acaz, Ezequías (3,12-13)	Mt 1,8-10	Azarías es el rey Ozías (2 Re 15,1.13)
Manasés, Amón, Josías (3,13-14)	Mt 1,10	En los manuscritos más antiguos, Amón se escribe Amós
Joanán, Joakim, Sedecías, Sellum (3,15)	—	Mateo omite a Joakim: «Josías, padre de Jeconías y de sus hermanos» (Mt 1,11)
Jeconías (3,16-17)	Mt 1,11-12	«El cautivo», llevado a Babilonia en el 597 a. C.
Salatiel (3,17)	Mt 1,12	En Lc 3,27, hijo de Nerí
Zorobabel (3,19)	Mt 1,12-13	Aquí hijo de Fadaya; en Mateo y en Esd 3,2, de Salatiel
Mosolam, Hananías y su descendencia (3,19-24)	Mt 1,13: Abiud	Ningún Abiud en 1 Cr 3; Lucas pone a Resá (Lc 3,27)

Mateo ordena la genealogía de Jesús en tres series de catorce generaciones (Mt 1,17), y eso explica sus omisiones. Atalía, que reinó seis años (2 Re 11), no está en ninguna de las dos listas porque no era de la línea de David. Para la línea de Farés a David, ver el cuadro del capítulo 4 de Rut.

PARA PROFUNDIZAR

La casa de David después del destierro

Este capítulo parece una lista más, pero responde a una pregunta que quemaba después del destierro: ¿qué fue de la promesa de Dios a David? Natán le había dicho de su hijo: «Yo aseguraré su trono para siempre» (17,12; 2 Sam 7,13). Y sin embargo, en el 587 a. C., Jerusalén cayó, el templo ardió y el último rey, Sedecías, fue llevado a Babilonia con los ojos sacados (2 Re 25,7). Cuando el Cronista escribe, Judá es una pequeña provincia persa, gobernada por funcionarios del Gran Rey. ¿Dónde estaba el trono eterno?

La respuesta empieza con los hijos de David (vv. 1-9; ver notas a 3,1 y 3,5), de los que el Cronista no cuenta ninguna tragedia, y sigue con los reyes, de Salomón a Sedecías, en una cadena sin juicios (vv. 10-16; ver el cuadro de este capítulo). Lo decisivo viene después: la lista no se detiene en el último rey. Continúa con Jeconías, «el cautivo» (ver nota a 3,17), del que Jeremías había dicho que ninguno de su descendencia se sentaría en el trono de David (Jr 22,30); sigue con Salatiel y Zorobabel (ver nota a 3,19) y llega varias generaciones más allá. La monarquía terminó, pero la familia sigue, y el Cronista la mantiene inscrita con el mismo cuidado con que registró a los reyes.

Zorobabel fue el momento en que la esperanza pareció a punto de cumplirse. Gobernador de Judá bajo Darío, reconstruyó con el sumo sacerdote Josué el altar y el templo (Esd 3,2.8). Ageo le anunció: «te tomaré… y te pondré como anillo de sello, porque yo te he elegido» (Ag 2,23), y Zacarías habló del «Germen» que

edificaría el templo del Señor y se sentaría en su trono (Zac 3,8; 6,12-13). Pero Zorobabel desaparece de la historia sin dejar rastro, y sus descendientes no gobernaron. La lista de los vv. 19-24 es la de una familia honrada y esperada, pero sin corona.

Esa lista sirve también para fechar el libro. El hebreo del v. 21 puede leerse como una enumeración de familias paralelas, y entonces la genealogía llega a unas seis generaciones después de Zorobabel, que vivió hacia el 520 a. C.; la versión griega y la Vulgata, que sigue Torres Amat, hacen una cadena única de once generaciones (ver nota a 3,21). Con la lectura hebrea, que prefiere la mayoría de los estudiosos, se llega hacia el siglo IV a. C. En cualquier caso, el Cronista escribe varias generaciones después de la vuelta, y para él la casa de David sigue siendo una realidad presente.

¿Esperaba el Cronista que la casa de David volviera a reinar? Los estudiosos lo discuten. Unos ven en este capítulo una esperanza real viva: la promesa «para siempre» (17,12-14), el cuidado de la descendencia, el retrato idealizado de David y de Salomón. Otros piensan que la esperanza se ha desplazado hacia el templo y hacia el reino de Dios mismo, porque el Cronista retoca la promesa de Natán: Dios dará al hijo de David «el gobierno de mi casa y de mi reino» (17,14), y Salomón se sentará «sobre el trono del Señor» (29,23). Las dos lecturas no se excluyen del todo. La tradición judía mantuvo viva la primera: el Targum de las Crónicas identifica con el Rey Mesías a Anani, el último nombre de la lista (ver nota a 3,24).

Los evangelios retoman el hilo donde lo deja este capítulo. Mateo sigue: «Jeconías fue padre de Salatiel; Salatiel, padre de Zorobabel; Zorobabel, padre de Abiud» (Mt 1,12-13), y Lucas, por otra rama, pasa de Zorobabel a Resá (Lc 3,27). Ninguno de esos nombres está en 1 Crónicas 3; Torres Amat conjeturaba en nota que Abiud era uno de los dos hijos de Zorobabel, Mosolam o Hananías, pero no hay modo de comprobarlo. A Mateo le importa la estructura: catorce generaciones desde el destierro hasta Cristo (Mt 1,17). El tronco cortado vuelve a brotar, como había anunciado Isaías (Is 11,1). La Iglesia lo confiesa: Jesús nace de la esposa de José «en la descendencia mesiánica de David» (Catecismo, n. 437), y el ángel anuncia a María que Dios le dará «el trono de David, su padre», y que «su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33). La promesa que el Cronista guardaba en una lista de nombres se cumple en un Hijo.

PAUSA

1. El Cronista no oculta que la monarquía terminó en el destierro, pero sigue escribiendo nombres. ¿Qué promesa de Dios sigues esperando aunque todo parezca terminado?
2. Jeconías fue «el cautivo», y su primer hijo se llamó Salatiel, «he pedido a Dios». ¿Qué le pides a Dios en tus cautiverios?
3. En la lista hay reyes buenos y malos, sin juicio. ¿Cómo miras tú la historia de tu propia familia?

Para orar. *Señor, fiel a tu promesa a David, haz brotar vida nueva en lo que en mí parece un tronco cortado.*

4

Las familias de Judá y de Simeón

Termina la genealogía de Judá con un mosaico de clanes: «padres» de ciudades, gremios de artesanos (artífices, tejedores de lino, alfareros del rey), una princesa egipcia casada en Judá y unas «memorias antiguas» que ya entonces eran oscuras (vv. 1-23). En medio, dos versículos de relato: la oración de Jabes, a quien Dios concedió lo que pidió (vv. 9-10). Sigue la tribu de Simeón (vv. 24-43): sus hijos, sus ciudades «hasta el reinado de David», que acabaron dentro de Judá, y dos expansiones, hacia Gador en tiempo de Ezequías y hacia el monte Seir, que terminaron con el exterminio de los meunitas y de los últimos amalecitas.

Los clanes de Judá

1 Hijos o descendientes de Judá [1]: Farés su hijo, Hesrón, y
Carmi, y Hur y Sobal. 2 Raías, hijo de Sobal, engendró a
Jaat, del cual nacieron Aumai y Laad. De éstos descienden
los sarateos. 3 Esta también es la estirpe de Etam: Jezrael y
Jesema, y Jedebós, que tuvieron una hermana llamada
Asalelfuni. 4 Fanuel fue padre de los habitantes de Gedor, y
Ezer fue padre de los de Hosa. Estos fueron los descendientes de Hur, primogénito de Efrata, padre de la ciudad de
Betlehem, llamada antes Efrata [2]. 5 Asur, padre o fundador de Tecua [3], tuvo dos mujeres Halaa y Naara. 6 Naara

tuvo a Oozán, a Hefer, a Temaní, y a Ahastarí; todos éstos
hijos de Naara. 7 Hijos de Halaa: Seret, Isaar y Etnán. 8 Cos
fue padre de Anob, y Soboba, y de la familia de Aharehel,
hijo de Arum.

La oración de Jabes

9 Pero Jabes fue el más ilustre entre sus hermanos, al cual
le puso su madre el nombre de Jabes, que significa
dolor [4], diciendo: Le he tenido con dolor. 10 Este Jabes in-
vocó al Dios de Israel, diciendo: ¡Oh, si me llenases de ben-
diciones! ¡Si dilatases mis tierras, y tu mano me protegie-
se, y me librases de todo mal [5]! Y le otorgó Dios lo que pi-
dió.

Oficios, ciudades y una princesa de Egipto

11 Caleb, hermano de Sua, engendró a Mahir, el cual fue
padre de Estón. 12 Estón engendró a Betrafa, y a Fese, y a
Tehinna, padre o fundador de la ciudad de Naás; éstos son
los pobladores de Reca. 13 Hijos de Cenez: Otoniel [6] y Sara-
ya. Hijos de Otoniel: Hatat y Maonati. 14 Maonati engendró
a Ofra; y Saraya engendró a Joab, príncipe del valle de los
Artífices; porque allí habitaban los artesanos [7]. 15 Hijos de
Caleb, hijo de Jefone [8], fueron Hir, y Ela, y Naam. Hijo de
Ela: Cenez. 16 Asimismo hijos de Jaleleel: Zif y Zifa, Tiria y
Asrael.

17 Hijos de Ezra, Jeter, y Mered, y Efer, y Jalón; engendró
también a María, y a Sammai, y a Jesba, padre de los habi-
tantes de Estamo. 18 Mujer suya fue también Judaya, que
tuvo a Jared, padre o fundador de la ciudad de Gedor, y a
Heber, padre de la de Soco, y a Icutiel, padre de la de Za-
noe. Estos son los hijos de Betía, hija del faraón, con la
cual casó Mered [9]. 19 Hijos de su mujer Odaya, hermana de
Naam, padre o fundador de Ceila, fueron Garmi y Estamo,
que fue de Macati. 20 Hijos de Simón, Amnón, y Rinna,
hijo de Hanán, y Tilón. Hijos de Jesi: Zoet y Bensoet.

21 Hijos de Sela, tercer hijo de Judá: Her, padre de Leca, y
Laada, padre de Maresa, y las familias de los que labran
lino fino en la casa del Juramento [10]. 22 Y Joakim, cuyo
nombre significa aquel que hizo parar el Sol [11], y los habi-
tantes de Cozeba, esto es, los hombres de la Mentira, y
Joás y Saraf, esto es, el Desesperado y el Abrasador, que
fueron príncipes en Moab y volvieron después a Lahem o
Betlehem. Estas son memorias antiguas. 23 Estos son los
que hacían vasijas de tierra, los alfareros que habitaban en
los plantíos y en los cercados, en las casas pertenecientes
al rey [12] ocupados en sus obras, y allí se establecieron.

La tribu de Simeón

24 Los hijos de Simeón fueron [13] Namuel y Jamín, Jarib,
Zara y Saúl. 25 De éste fue hijo Sellum, que engendró a
Mapsam, del cual nació Masma. 26 Hijo de Masma fue Ha-

muel; hijo de éste, Zacur; e hijo de Zacur, Semei. 27 Semei
tuvo dieciséis hijos y seis hijas; mas sus hermanos no tu-
vieron muchos hijos, y toda su posteridad no pudo igualar
el número de los descendientes de Judá.

28 Su habitación fue en Bersabee, y en Molada y en Hasar-
sual, 29 y en Bala, y en Asom, y en Tolad, 30 y en Batuel y en
Horma, y en Siceleg, 31 y en Betmarcabot, y en Hasarsu-
sim, y en Betberai y en Saarim. Estas fueron sus ciudades
hasta el reinado de David [14]. 32 También fueron pueblos
suyos Etam, y Aén, Remmón, y Toquén, y Asán, cinco ciu-
dades. 33 Además todas las aldeas del contorno de estas ciu-
dades hasta Baal, o Baalat; ésta es su habitación y la distri-
bución de sus mansiones.

34 Mosobab igualmente y Jemlec, y Josa, hijo de Amasías.
35 Y Joel, y Jehú, hijo de Josabías, hijo de Saraya, que lo fue
de Asiel; 36 y Elioenai, y Jacoba, e Isuaya, y Asaya, y Adiel,
e Ismiel, y Banaya, 37 además Ziza, hijo de Sefei, hijo de
Allón, que lo fue de Idaya, hijo de Semri, hijo de Samaya.
38 Estos son los jefes famosos de las parentelas o linajes de
la tribu de Simeón, cuyas familias se multiplicaron sobre-
manera.

39 En consecuencia partieron a fin de ocupar a Gador hasta
la parte oriental del valle, en busca de pastos para su gana-
do, 40 y encontraron dehesas abundantes y de muy buena
calidad, un terreno espaciosísimo, tranquilo y fértil, don-

de antes habían habitado los del linaje de Cam. 41 Estos, pues, que hemos señalado arriba por sus nombres, sobrevinieron en tiempo de Ezequías rey de Judá, y arrasaron las cabañas de aquéllos, y a los moradores que hallaron allí los aniquilaron [15], según aparece hasta el día de hoy; y entraron a habitar en su lugar, por haber hallado allí abundantísimos pastos.

42 Asimismo quinientos hombres de los hijos de Simeón pasaron también al monte Seir, llevando por caudillos a Faltías y Naarías, y a Rafaías, y a Oziel, hijos de Jesí; 43 y acabaron con las reliquias de los amalecitas [16] que habían podido salvarse, y habitaron allí en lugar de ellos hasta hoy día.

¿Sabías que?

Se conocen más de mil asas de grandes tinajas de Judá con un sello estampado: un escarabajo o un disco solar con alas, la palabra lmlk, «del rey», y uno de cuatro nombres: Hebrón, Zif, Soco y un lugar no identificado, Mmšt. Se fechan a finales del siglo VIII a. C., en tiempos de Ezequías, y muchos las relacionan con los preparativos ante la invasión de Senaquerib (701 a. C.). Hebrón, Zif y Soco aparecen en estas genealogías (2,42; 4,18), y algunos estudiosos piensan en talleres reales como el de los alfareros que trabajaban «en las casas pertenecientes al rey» (4,23).

Nombres que la Vulgata tradujo

Torres Amat	Hebreo	Sentido
«el lugar del Descanso»	Menujot	2,52.54: un clan, los manahatitas
«doctores de la ley»	Sofrim	2,55: «escribas»
«cantando y tañendo»	Tir'atim, Shim'atim, Sujatim	2,55: tres clanes de Jabes
«de Camat»	me-Hammat	2,55: la Vulgata dice «del calor»
«Asir»	assir	3,17: «el cautivo», Jeconías
«valle de los Artífices»	Gue-harashim	4,14: un lugar cerca de Lod
«casa del Juramento»	Bet-Asbea	4,21: un lugar de Judá
«el que hizo parar el Sol…»	Yoquim, Cozebá, Yoash, Saraf	4,22: tres hombres y un lugar
«plantíos», «cercados»	Netaím, Guederá	4,23: dos lugares de Judá
«Vasení»	we-hashshení	6,28: «y el segundo»; falta Joel
«Regina»	Hammólequet	7,18: «la reina»; su hijo Ishhod es «el varón hermoso»
«Separación de Oza»	Peres-Uzá	13,11: «brecha de Uzá»

San Jerónimo tradujo del hebreo con ayuda de maestros judíos, y a veces vertió el sentido de un nombre. En 4,22 sigue una interpretación judía (Baba Batra 91b), y Torres Amat repone en cursiva los nombres hebreos.

PARA PROFUNDIZAR

La oración de Jabes

En medio de una lista de nombres, de pronto, dos versículos de relato. Jabes no era rey ni profeta; solo sabemos que fue «el más ilustre entre sus hermanos», que llevaba un nombre marcado por el dolor de su nacimiento y que rezó así: «¡Oh, si me llenases de bendiciones! ¡Si dilatases mis tierras, y tu mano me protegiese, y me librases de todo mal!». Y el Cronista añade: «Y le otorgó Dios lo que pidió» (4,9-10). Las genealogías no son solo un registro de muertos: dentro de ellas hay gente que reza, y un Dios que escucha.

La oración está construida sobre el nombre (ver nota a 4,9). Ya'bets suena como 'otsev, «dolor», y la última petición, en hebreo, es «que me libres del mal, para que no me cause dolor» ('otsbí): Jabes pide que su nombre no se convierta en su destino. Las cuatro peticiones son sencillas y concretas: bendición, tierra (gebul, «territorio»), la mano de Dios, es decir, su protección y su guía, como la que acompañó a Esdras y a Nehemías (Esd 7,6; Neh 2,8), y la liberación del mal. Para la comunidad del Cronista, que vivía en un territorio pequeño y amenazado bajo el dominio persa, era una oración muy actual.

Jabes abre un tema que atraviesa toda la obra. En las mismas genealogías, las tribus del otro lado del Jordán vencen porque «en el trance de la batalla invocaron a Dios, que los oyó por haber confiado en él» (5,20); y en el segundo libro rezan y son escuchados Asá ante un ejército inmenso (2 Cr 14,10-11), Josafat cuando no sabe qué hacer (2 Cr 20,5-12) y Ezequías ante Senaquerib (2 Cr

32,20-21). Para el Cronista, Dios responde a los que lo buscan: «Si lo buscares, lo hallarás» (28,9).

La tradición judía se preguntó quién era este Jabes. El Talmud lo identifica con Otoniel, el primer juez (4,13), y dice que se le llamó Jabes porque «aconsejó y difundió» la Torá en Israel; en esa lectura, la oración pide bendición en el estudio, discípulos que ensanchen sus «fronteras», que la mano de Dios no le deje olvidar lo aprendido y buenos compañeros. Otro maestro, Rabí Yehudá el Príncipe, la entendió de modo más terreno: hijos e hijas, buenos negocios, salud (Temurá 16a). Quizá influyó en la primera lectura que en Jabes vivieran familias de escribas (2,55).

En el año 2000, un libro breve del predicador estadounidense Bruce Wilkinson, La oración de Jabes, se convirtió en un éxito mundial de ventas: proponía rezar cada día estas palabras para recibir la bendición de Dios y una vida más fecunda. Vendió varios millones de ejemplares y recibió también críticas: muchos vieron en él una lectura que trata la oración como una fórmula y la bendición como éxito, cercana a la llamada teología de la prosperidad, aunque su autor entendía el «territorio» como un campo más amplio de servicio a Dios.

La fe cristiana no desconfía de la oración de petición. Jesús la manda, «Pedid y se os dará», y la funda en la bondad del Padre: «¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!» (Mt 7,7-11); Lucas precisa cuál es el mejor don: «el Espíritu Santo» (Lc 11,13). El Catecismo enseña que pedir es reconocer que somos criaturas, y que «la petición ya es un retorno hacia Él» (n. 2629); pero también que «hay una jerar-

quía en las peticiones: primero el Reino, a continuación lo que es necesario para acogerlo» (n. 2632). Ese es el orden del Padrenuestro, que pide el Nombre, el Reino y la Voluntad antes que el pan, y que termina como Jabes, «líbranos del mal»; ese mal, dice el Catecismo, «no es una abstracción», sino el Maligno (n. 2851). Rezada así, la oración de Jabes es la de quien confía a Dios su dolor y le pide que su vida, su «territorio», sea espacio para su Reino.

PAUSA

1. Jabes llevaba en su nombre el dolor de su nacimiento. ¿Qué herida de tu pasado le pides a Dios que no decida tu futuro?
2. Jabes pidió bendición, espacio, compañía y protección. ¿Qué pides tú a Dios con más frecuencia, y qué pondrías primero?
3. Alfareros, tejedores de lino, artesanos: también los oficios entran en la historia sagrada. ¿Cómo ofreces a Dios tu trabajo de cada día?

Para orar. *Dios de Israel, llénname de tus bendiciones, que tu mano me proteja y líbrame del mal, para que mi vida sea espacio para tu Reino.*

5

Las tribus del otro lado del Jordán

Después de Judá y Simeón, la genealogía cruza el Jordán: Rubén, Gad y la media tribu de Manasés, que se quedaron con los pastos de Galaad y Basán (Nm 32). El capítulo empieza con una explicación: Rubén era el primogénito, pero perdió su derecho, que pasó a José, mientras el mando quedó en Judá (vv. 1-2). Siguen las tres tribus (vv. 3-17 y 23-24) y, en medio, una guerra ganada porque «invocaron a Dios» (vv. 18-22). El final da la otra cara: abandonaron al Señor, y el rey de Asiria se los llevó cautivos (vv. 25-26). En pocas líneas está toda la manera de leer la historia del Cronista.

Rubén, el primogénito que perdió su derecho

1 He aquí los hijos de Rubén, primogénito de Israel. (En
efecto, fue éste su primogénito; mas por haber violado el
tálamo de su padre [1], los derechos de primogenitura se
dieron a los hijos de José, hijo también de Israel, y aquél
no fue considerado como primogénito [2]). 2 De Judá, el
cual era el más poderoso entre todos sus hermanos, des-
cendieron los príncipes [3]; pero los derechos de la primo-
genitura fueron adjudicados a José.

3 Los hijos, pues, de Rubén, primogénito de Israel, fueron
Enoc y Fallú, Esrón y Carmí. 4 Hijo de Joel fue Samía; hijo

de Samía, Gog; hijo de Gog, Semei. 5 Hijo de Semei, Mica;
de Mica fue hijo Reja; de Reja, Baal. 6 De éste fue hijo Bee-
ra, uno de los príncipes de la tribu de Rubén, y a quien lle-
vó cautivo Telgatfalnasar, rey de los asirios [4]. 7 Sus her-
manos y toda su parentela, cuando fueron contadas sus fa-
milias, tenían por príncipes a Jehiel y a Zacarías.

8 En cuanto a Bala, hijo de Azaz, hijo de Samma, hijo de
Joel, éste habitó en Aroer, extendiéndose hasta Nebo y
Beelmeón [5]. 9 Habitó también hacia el lado oriental hasta
la entrada del desierto y el río Eufrates; por cuanto po-
seían gran número de ganados en la tierra de Galaad. 10 Y
en tiempo de Saúl pelearon contra los agarenos [6], los pa-
saron a cuchillo, y ocuparon las tiendas en que éstos habi-
taban por todo el país que cae al oriente de Galaad.

Gad

11 Pero los hijos de Gad habitaron enfrente de ellos en la
tierra de Basán hasta Selca; 12 cuyo jefe era Joel, y Safán el
segundo. Janai y Safat estaban mandando en Basán.
13 Siete fueron los hermanos de éstos, repartidos en sus fa-
milias y linajes, Micael y Mosollam, y Sebé, y Jorai, y Ja-
cán, y Zié, y Heber.

14 Estos son los hijos de Abihaíl, hijo de Huri, hijo de Jara,
hijo de Galaad, hijo de Micael, hijo de Jesesi, hijo de Jed-
do, hijo de Buz. 15 Asimismo sus hermanos, hijos de Ab-

diel, hijo de Guní, cabezas de sus familias y parentelas;
16 los cuales habitaron en Galaad y en Basán, y en sus al-
deas, y en todos los campos de Sarón [7] de extremo a extre-
mo. 17 Todos éstos y sus descendientes se hallan en el censo
hecho en tiempo de Joatam, rey de Judá [8], y en el del
tiempo de Jeroboam, rey de Israel.

La guerra contra los agarenos

18 Los hijos de Rubén, y de Gad, y de la media tribu de Ma-
nasés, hombres aguerridos, armados de escudos y espa-
das, que manejaban el arco, y estaban experimentados en
el arte de la guerra, eran cuarenta y cuatro mil setecientos
sesenta cuando salían a campaña. 19 Tuvieron guerra con
los agarenos, a los cuales los itureos, los de Nafis y de
Nodab [9], 20 vinieron a socorrer. Con todo eso fueron en-
tregados en su poder los agarenos y todos los demás confe-
derados suyos; porque en el trance de la batalla invocaron
a Dios, que los oyó por haber confiado en él [10]. 21 Y se apo-
deraron de todo cuanto poseían: de cincuenta mil came-
llos, de doscientas cincuenta mil ovejas, de dos mil asnos,
con cien mil prisioneros [11]. 22 De los heridos murieron mu-
chos, porque de su cuenta había tomado Dios aquella
batalla [12]. Los vencedores habitaron en el país de los ven-
cidos hasta la salida a Babilonia [13].

La media tribu de Manasés y el destierro

23 Asimismo los hijos de la media tribu de Manasés ocuparon el terreno que hay desde los confines de Basán hasta
Baal Hermón, Sanir, y el monte Hermón [14], pues eran en
gran número. 24 Los príncipes o cabezas de sus familias
fueron: Efer, y Jesí, y Eliel, y Ezriel, y Jeremías, y Odoías,
y Jediel, varones esforzados y poderosos, y caudillos muy
celebrados en sus familias.

25 Mas abandonaron al Dios de sus padres, e idolatraron [15]
yendo en pos de los dioses de aquellas naciones a las cuales
el mismo Dios había destruido después que llegaron. 26 Por
tanto, el Dios de Israel movió el ánimo de Ful, rey de los
asirios, y después el de Telgatfalnasar [16], rey de Asur; y
transportó las tribus de Rubén y de Gad y la media tribu de
Manasés, y las condujo a Lahela, y a Habor, y a Ara, y a las
riberas del río Gozam, donde permanecen hasta hoy día.

¿Sabías que?

Los itureos, descendientes de Jetur, hijo de Ismael (v. 19), vivían siglos después en las montañas del Líbano y del Antilíbano. Flavio Josefo cuenta que el rey asmoneo Aristóbulo I les hizo la guerra hacia el 104 a. C., anexionó a Judea buena parte de su tierra y obligó a los que quisieran quedarse en ella a circuncidarse y a vivir según la ley judía (Antigüedades judías XIII,11,3). Tenían fama de arqueros, y Roma los alistó como tropas auxiliares. Y aparecen en el Evangelio: cuando Juan Bautista empezó a predicar, Filipo era «tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide» (Lc 3,1). Un nombre de esta lista de tribus llega así hasta el umbral del Evangelio.

PAUSA

1. Rubén perdió por un pecado lo que le correspondía por nacimiento. ¿Hay algún don de Dios que estés descuidando o poniendo en riesgo?
2. «Invocaron a Dios en el trance de la batalla, y los oyó porque confiaron en él.» ¿A quién acudes primero cuando llega tu batalla?
3. Las mismas tribus que vencieron confiando terminaron abandonando a Dios. ¿Qué te ayuda a perseverar después de las victorias?

Para orar. *Señor, que en cada batalla acuda a ti y que, pasada la victoria, no me aparte de tu lado.*

6

Leví: sacerdotes, cantores y ciudades

Leví es la tribu más larga después de Judá, y está en el centro de la lista de las tribus. El capítulo tiene cuatro partes: la línea de los sumos sacerdotes, de Leví a Josedec, el que fue al destierro (vv. 1-15); los clanes de Gersón, Caat y Merari (vv. 16-30); los tres coros de cantores que David estableció ante el arca, con sus genealogías (vv. 31-48), y los hijos de Aarón, únicos que ofrecen el sacrificio, con las ciudades que recibieron los levitas (vv. 49-81). Para el Cronista, que escribe para una comunidad reunida en torno al templo, el culto tiene raíces tan hondas como las tribus.

Los sumos sacerdotes, de Leví a Josedec

1 Hijos de Leví: Gersón, Caat y Merari [1]. 2 Hijos de Caat:
Amram, Isaar, Hebrón y Oziel. 3 Hijos de Amram: Aarón,
Moisés y María [2]. Hijos de Aarón: Nadab, y Abiú, Eleazar
e Itamar.

4 Eleazar engendró a Finees, y Finees a Abisué. 5 Abisué en-
gendró a Bocci, y Bocci a Ozi. 6 Ozi engendró a Zaraya, y
Zaraya a Merayot. 7 Merayot engendró a Amarías, y Ama-
rías a Aquitob. 8 Aquitob engendró a Sadoc [3], y Sadoc a
Aquimaas. 9 Aquimaas engendró a Azarías, y Azarías a
Johanán.

10 Johanán engendró a Azarías; éste es aquel que ejerció las
funciones del sacerdocio en el templo [4] edificado por Sa-
lomón en Jerusalén. 11 Azarías engendró a Amarías, y
Amarías a Aquitob. 12 Aquitob engendró a Sadoc, Sadoc a
Sellum. 13 Sellum engendró a Helcías, y Helcías a Azarías.
14 Azarías engendró a Saraías, y Saraías a Josedec.
15 Josedec dejó su patria [5] cuando el Señor trasladó al pue-
blo de Judá y de Jerusalén por medio de Nabucodonosor.

Los clanes de Leví

16 Los hijos, pues, de Leví fueron: Gersón, Caat y Merari [6].
17 Los nombres de los hijos de Gersón fueron: Lobni y Se-
mei. 18 Los hijos de Caat fueron: Amram e Isaar, Hebrón y
Oziel. 19 Hijos de Merari: Moholi y Musi. Y éstos son los
descendientes de Leví según sus familias.

20 De Gersón fue hijo Lobni; Jahat lo fue de éste; de Jahat
lo fue Zamma. 21 De Zamma fue hijo Joá; de Joá lo fue
Addo; de Addo, Zara; y de Zara, Jetrai.

22 Hijos de Caat: Aminadab, hijo suyo. Coré lo fue de
Aminadab [7]; Asir de Coré. 23 De Asir fue hijo Elcana; de El-
cana, Abiasaf; de Abiasaf lo fue Asir. 24 De Asir, Tahat; de
Tahat fue hijo Uriel; de éste, Ozías; de Ozías lo fue Saúl.
25 Hijos de Elcana: Amasai y Aquimot, 26 y Elcana. De Elca-
na fue hijo Sofai; de éste Nahat. 27 Y de Nahat, Eliab; de

éste, Jeroham; y de Jeroham, Elcana. [28] Hijos de Samuel: Vasení, su primogénito, y Abía [8].

[29] Hijos de Merari: Moholi, de quien fue hijo Lobni; de éste, Semei; de Semei, Oza. [30] De Oza lo fue Sammaa; de Sammaa, Haggía, y de Haggía, Asaya.

Los cantores de David

[31] Estos son los que constituyó David prefectos de los cantores del templo del Señor, después que se hizo la colocación del arca en Jerusalén [9]. [32] Y ejercitaban su ministerio, cantando delante del Tabernáculo del Testimonio, hasta que Salomón hubo construido el templo del Señor en Jerusalén; y servían su ministerio según el turno de sus familias.

[33] He aquí los nombres de los que servían con sus hijos: De los hijos de Caat, Hemam era cantor, hijo de Joel, hijo de Samuel [10], [34] hijo de Elcana, hijo de Jeroham, hijo de Eliel, hijo de Tohú, [35] hijo de Suf, hijo de Elcana, hijo de Mahat, hijo de Amasai, [36] hijo de Elcana, hijo de Johel, hijo de Azarías, hijo de Sofonías, [37] hijo de Tahat, hijo de Asir, hijo de Abiasaf, hijo de Coré, [38] hijo de Isaar, hijo de Caat, hijo de Leví, hijo de Israel.

[39] Además Asaf, hermano o pariente de Emán, que estaba a su derecha. Era Asaf hijo de Baraquías, hijo de Samaa, [40] hijo de Micael, hijo de Basaya, hijo de Melquía, [41] hijo de

Atanai, hijo de Zara, hijo de Adaya, 42 hijo de Etán, hijo de
Zamma, hijo de Semei, 43 hijo de Jet, hijo de Gersón, hijo
de Leví.

44 Y sus hermanos, hijos de Merari, estaban a la izquierda,
Etán, hijo de Cusi [11], hijo de Abdi, hijo de Maloc, 45 hijo de
Hasabías, hijo de Amasías, hijo de Helcías, 46 hijo de Ama-
sai, hijo de Boni, hijo de Somer, 47 hijo de Moholi, hijo de
Musi, hijo de Merari, hijo de Leví.

48 Los demás levitas, hermanos de éstos, fueron destinados
a todo el restante servicio [12] del Tabernáculo de la casa del
Señor.

Los hijos de Aarón y las ciudades de los levitas

49 Aarón y sus hijos ponían a quemar las víctimas sobre el
altar de los holocaustos, y el incienso sobre el altar de los
perfumes; empleándose en todo lo concerniente al lugar
santísimo, y en hacer oración por Israel [13], conforme a
todo lo mandado por Moisés, siervo de Dios. 50 Los descen-
dientes de Aarón son: Eleazar, su hijo; Finees, hijo de Elea-
zar; Abisué, hijo de Finees; 51 Bocci, de Abisué; Ozi, hijo de
Bocci; Zaraya, de Ozi. 52 Merayot, hijo de Zaraya; Amaría,
de Merayot; Aquitob, de Amaría; 53 Sadoc, de Aquitob;
Aquimaas de Sadoc.

54 Y he aquí los parajes en donde habitaron estos hijos de
Aarón, es decir, los lugares y términos que les tocaron por

suerte [14], principiando por las familias de Caat. [55] Se les
señaló, pues, a éstos, a Hebrón en tierra de Judá, y sus ejidos al contorno [15]. [56] Mas los campos de la ciudad y las aldeas fueron de Caleb, hijo de Jefone. [57] Dieron, pues, a los hijos de Aarón estas ciudades: Hebrón (ciudad de refugio) [16] y Lobna, y sus ejidos: [58] Y asimismo Jeter y Estemo con sus ejidos, y también Helón y Davir con los suyos: [59] E igualmente Asán, y Betsemes, y sus ejidos. [60] De la tribu de Benjamín les dieron Gabee y sus ejidos, y Almat con sus ejidos, y Anatot con sus ejidos; en todo trece ciudades [17], repartidas entre sus familias.

[61] A los restantes descendientes de Caat y a sus familias les dieron diez ciudades de la media tribu de Manasés. [62] Asimismo a los hijos de Gersón, divididos en sus familias, les dieron trece ciudades de las tribus de Isacar, y de Aser, y de Neftalí, y de la media tribu de Manasés, que estaba en el territorio de Basán. [63] Igualmente a los hijos de Merari, divididos en sus familias, les dieron por suerte doce ciudades de la tribu de Rubén, y de la tribu de Gad, y de la tribu de Zabulón.

[64] Dieron también los hijos de Israel a los levitas varias ciudades con sus ejidos: [65] Les dieron por suerte estas ciudades de la tribu de los hijos de Judá, de la tribu de los hijos de Simeón, y de la tribu de los hijos de Benjamín; ciudades que llamaron de sus propios nombres.

66 Igualmente los descendientes de los hijos de Caat fueron
dueños de varias ciudades de la tribu de Efraín; 67 y así les
dieron Siquem (ciudad de refugio) con sus ejidos en el
monte Efraín, y Gazer con sus ejidos 18. 68 También Jec-
maán con sus ejidos, y asimismo Bet-Horón, 69 y Helón
con sus ejidos, y Getremmón del mismo modo. 70 Así como
en la media tribu de Manasés fue señalada Aner con sus
ejidos, y Baalam con los suyos, a los restantes del linaje de
los hijos de Caat.

71 A los hijos del linaje de Gersón les tocó en la media tribu
de Manasés: Gaulón en Basán con sus ejidos, y Astarot con
los suyos. 72 En la tribu de Isacar: Cedes con sus ejidos, y
Daberet con los suyos. 73 Asimismo Ramot con sus ejidos, y
Anem con los suyos. 74 En la tribu de Aser: Masal con sus
ejidos, y Abdón con los suyos; 75 como también Hucac con
sus ejidos, y Rohob con los suyos. 76 En la tribu de Neftalí:
Cedes en la Galilea con sus ejidos, y Hamón con los suyos,
y Cariataim con los suyos.

77 A los demás del linaje de Merari les dieron en la tribu de
Zabulón Remmono con su ejido, y Tabor con los suyos. 78 Y
de la otra parte del Jordán, enfrente de Jericó al oriente
del Jordán, en la tribu de Rubén, Bosor en el desierto con
sus ejidos, y Jasa con los suyos. 79 Asimismo Cademot y sus
ejidos, y Mefaat con los suyos. 80 Además de esto en la tri-
bu de Gad Ramot en Galaad con sus ejidos, y Manaim con

los suyos. [81] Y también Hesebón con sus ejidos, y Jezer con los suyos.

¿Sabías que?

La línea de Sadoc tuvo una larga historia. Ezequiel, en su visión del templo futuro, reserva el servicio del altar a «los sacerdotes levitas hijos de Sadoc», que permanecieron fieles cuando Israel se extravió (Ez 44,15). Siglos después, la comunidad de Qumrán, junto al mar Muerto, llamaba a sus sacerdotes «hijos de Sadoc» y se oponía a los sumos sacerdotes de Jerusalén, que desde los Macabeos eran de otra familia sacerdotal. Y muchos piensan que el nombre de los saduceos, el partido de los sumos sacerdotes en tiempos de Jesús, viene también de Sadoc.

Los sumos sacerdotes, de Aarón al destierro

Gen.	Nombre	Lo que se sabe de él
1 – 3	Leví, Caat, Amram	Padre de Aarón, Moisés y María
4	Aarón	El primer sumo sacerdote (Éx 28 – 29; Lv 8)
5	Eleazar	Hereda las vestiduras (Nm 20,25-28)
6	Finees	Sacerdocio «por un pacto eterno» (Nm 25,13)
7 – 11	Abisué … Merayot	Solo nombres; Helí sirve en Siló
12 – 13	Amarías, Aquitob	Desconocidos; otro Aquitob es nieto de Helí (1 Sam 14,3)
14	Sadoc	Sacerdote de David; unge a Salomón (1 Re 1,39)
15	Aquimaas	Mensajero de David (2 Sam 18,19-29)
16 – 17	Azarías, Johanán	Azarías, ministro de Salomón (1 Re 4,2)
18 – 21	Azarías … Sadoc	El de 6,10; Amarías (2 Cr 19,11)
22 – 23	Sellum, Helcías	Helcías halla el libro de la Ley (2 Re 22,8)
24 – 25	Azarías, Saraías	Saraías, ejecutado en Ribla (2 Re 25,18-21)
26	Josedec	Desterrado; padre de Josué, sumo sacerdote del retorno

Generaciones contadas desde Leví (6,1-15). La lista sigue solo la línea de Eleazar y Sadoc, y calla a Helí (1 Sam 1 – 4), Joiada (2 Re 11) y Urías (2 Re 16,10-16); Esdras la repite saltándose seis nombres (Esd 7,1-5). Por Josedec, el sacerdocio del primer templo enlaza con el del segundo.

PARA PROFUNDIZAR

«Samuel entre los levitas»: genealogías que interpretan

El capítulo más largo de las genealogías es el de Leví, y está en el centro de la lista: Judá al principio, Benjamín al final, Leví en medio. Para una comunidad que vivía en torno al templo reconstruido, la tribu del culto es el corazón del pueblo. El capítulo va de los sumos sacerdotes (6,1-15) a los clanes y a los cantores (6,16-48), y de los hijos de Aarón, únicos que ofrecen el sacrificio (6,49-53), a las ciudades de los levitas (6,54-81).

Una pieza llama la atención: Samuel. En el hebreo y en la Vulgata, el primer libro de Samuel presenta a su padre, Elcana, como «efrateo», de la montaña de Efraín (1 Sam 1,1). Aquí, en cambio, Samuel es un levita del clan de Caat, descendiente de Coré y abuelo de Hemán, el primero de los cantores de David (6,22-28.33-38; ver notas a 6,28 y 6,33). Hay dos explicaciones, que no se excluyen. La primera: «efrateo» indicaría la región donde vivía la familia, no su tribu; los levitas no tenían territorio propio y vivían repartidos, como el levita de Belén que fue a parar a la montaña de Efraín (Jue 17,7-8). Así lo entendieron Josefo y Torres Amat, que en 1 Sam 1,1 traduce «de la tribu de Leví, y domiciliado en la de Efraín», y san Agustín escribe que Samuel no era de otra tribu que la destinada a servir al altar, aunque no fuera de los hijos de Aarón (*La ciudad de Dios* XVII,5). La segunda: el Cronista expresa con una genealogía lo que Samuel fue de hecho, un niño ofrecido al santuario de Siló, que servía ante el Señor ceñido de un efod de lino y dormía donde estaba el arca (1 Sam 2,18;

3,3). Algo parecido hace con Obededom, el geteo en cuya casa estuvo el arca, al que cuenta después entre los levitas porteros y músicos (13,13-14; 15,18.21; 26,4-8).

Las dos explicaciones enseñan algo sobre el género (ver el ensayo del capítulo 1): una genealogía antigua no es un acta de nacimiento, sino que expresa pertenencia, derechos y oficios, y por eso las listas se acortan o se ordenan según lo que quieren mostrar. La de los sumos sacerdotes va de padre a hijo sin interrupción, pero no nombra a Helí ni a su casa, que sirvió en Siló (1 Sam 1 – 4), ni a Joiada, el sacerdote que salvó al niño Joás (2 Re 11), ni a Urías, el que construyó el altar de Acaz (2 Re 16,10-16); y la genealogía de Esdras repite la misma cadena saltándose seis nombres (Esd 7,1-5). No es descuido: la lista sigue la línea legítima, de Aarón por Sadoc hasta el destierro, y por Josedec hasta el templo del retorno (ver el cuadro de este capítulo).

La Iglesia no pide leer estas páginas como un registro civil. La Pontificia Comisión Bíblica recuerda que los libros históricos, entre ellos las Crónicas, no son «una historiografía en el sentido moderno, es decir entendida como la crónica, lo más objetiva posible, de los acontecimientos del pasado» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 70), y el Concilio enseña que, para entender lo que Dios quiso decir, hay que atender a los géneros literarios, porque Dios habló «por hombres y a la manera humana» (*Dei Verbum*, n. 12). Leída así, la genealogía de Samuel no es un error, sino una interpretación: el profeta que ungió a David pertenece al servicio del altar, y su nieto canta ante el arca. El Cronista une en una sola familia la palabra profética y la alaban-

za, como cuando dice que los cantores «profetizaban» con sus cítaras (25,1-3).

El sacerdocio de Leví deja al cristiano una última lección. Jesús no era de Leví, sino de Judá, una tribu «de la cual nada dijo Moisés tocante al sacerdocio» (Heb 7,14). La carta a los Hebreos ve en ello la señal de un sacerdocio de otro orden, «según el orden de Melquisedec», que no se funda en una genealogía, sino en «el poder de una vida indestructible» (Heb 7,11-17); el mismo Melquisedec aparece «sin genealogía» (Heb 7,3). El sacerdocio levítico, con sus listas cuidadosamente guardadas, preparaba otro que no se hereda por la sangre (ver el ensayo «El sacerdocio de Aarón y el sacerdocio de Cristo», en el capítulo 28 del Éxodo). Pero su herencia no se pierde: Dios escogió la tribu de Leví «para el servicio litúrgico» (Catecismo, n. 1539), y la Iglesia sigue cantando cada día los salmos de Asaf, de Hemán y de los hijos de Coré.

PAUSA

1. Samuel, ofrecido de niño al santuario, terminó contado entre los servidores del altar. ¿Qué parte de tu vida has puesto al servicio de Dios?
2. Cada cantor tenía su lugar: en el centro, a la derecha, a la izquierda. ¿Cuál es tu lugar en la alabanza y en el servicio de tu comunidad?
3. Los levitas no tuvieron tierra propia, porque el Señor era su herencia. ¿Qué seguridades te cuesta soltar para que él lo sea también para ti?

Para orar. *Señor, que eres mi herencia, haz de mi vida un servicio y de mi voz una alabanza.*

7

Las tribus del norte

Seis tribus en un solo capítulo: Isacar, Benjamín, Neftalí, la media tribu de Manasés al oeste del Jordán, Efraín y Aser. Las listas son breves y a veces oscuras, y varias terminan con cifras de guerreros, tomadas quizá de registros militares del tiempo de David (vv. 2.5.40). Entre los nombres asoman historias: las hijas de Salfaad, el clan de Gedeón, los hijos de Efraín muertos por los de Get y el hijo nacido en la desgracia, una mujer que edifica ciudades y, al final de la línea de Efraín, Josué. Faltan Zabulón y Dan: también la memoria de Israel tiene sus huecos.

Isacar y Benjamín

1 Hijos de Isacar, cuatro: Tola y Fua, Jasub y Simerón.
2 Hijos de Tola: Ozi, y Rafaya y Jeriel, y Jemai, y Jebsem, y
Samuel, cabezas de varias parentelas y familias. De la es-
tirpe de Tola se contaron en tiempo de David veintidós mil
seiscientos [1] varones muy valerosos. 3 Hijo de Ozi: Iz-
rahía; del cual nacieron Micael, y Obadía, y Joel, y Jesía,
todos cinco príncipes o cabezas de varias familias. 4 Y con
ellos había en sus ramas y familias treinta y seis mil hom-
bres muy esforzados y adiestrados en el manejo de las ar-
mas; que tuvieron muchas mujeres e hijos; 5 y de sus her-

manos esparcidos por toda la tribu de Isacar se contaron hasta ochenta y siete mil valerosísimos combatientes.

6 Hijos de Benjamín, tres: Bela, Becor y Jadihel [2]. 7 Hijos de Bela: Esbón, y Ozi, y Oziel, y Jerimot, y Urai, todos cinco cabezas de familia de valerosos combatientes, el número de los cuales fue de veintidós mil treinta y cuatro. 8 Hijos de Becor: Zamira, y Joás, y Eliezer, y Elioenai, y Amri, y Jerimot, y Abía, y Anatot, y Almat, todos hijos de Becor. 9 Y el número de éstos, según sus familias de donde procedieron varias parentelas, fue de veinte mil doscientos combatientes valerosos. 10 Hijo de Jadihel fue Balán; hijos de Balán: Jehús y Benjamín, y Aod, y Canana, y Zetán, y Tarsis, y Ahisahar. 11 Todos éstos fueron descendientes de Jadihel, cabezas de sus familias, en que se contaron diecisiete mil doscientos varones, valerosos, combatientes. 12 También lo fueron Sefam y Hafam, hijos de Hir, y Hasim hijo de Aher [3].

Neftalí y Manasés

13 Los hijos de Neftalí fueron Jasiel, y Guní, y Jeser, y Sellum; éstos son los hijos o nietos de Bala [4].

14 Fue hijo o descendiente de Manasés, Esriel; y una sira, mujer suya de segundo orden [5] le dio a Maquir, padre de Galaad. 15 Maquir dio mujeres a sus hijos Hapfim y Safán; y tuvo una hermana llamada Maaca; su nieto se llamó Sal-

faad, que solamente tuvo hijas [6]. 16 Otra Maaca, segunda
mujer de Maquir, tuvo un hijo que llamó Farés, quien tuvo
un hermano llamado Sarés; cuyos hijos fueron Ulam y Re-
cén. 17 Hijo de Ulam fue Badán; éstos son los descendientes
de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés. 18 Su hermana
Regina tuvo a Isod [7], que significa el varón hermoso, y a
Abiezer, y a Mohola. 19 Hijos de Semida eran Ahín, y Se-
quem, y Leci, y Aniam.

Efraín

20 Hijos de Efraín, Sutala, Bared su hijo, Tahat su hijo, Ela-
da su hijo, Tahat su hijo, Zabad su hijo, 21 y Sutala hijo de
éste, cuyos hijos fueron Ezer y Elad, pero los habitantes del
país de Get los mataron [8], porque habían bajado a invadir
sus posesiones. 22 Por esto Efraín, su padre, los lloró por
mucho tiempo, y vinieron sus hermanos a consolarle.

23 Después estuvo con su mujer, la cual concibió y tuvo un
hijo a quien puso el nombre de Bería, por haber nacido en
medio de las aflicciones de su casa [9]. 24 Hija suya fue Sara
que reedificó a Bet-Horón [10] la de abajo y la de arriba, y a
Ozensara.

25 También fueron sus hijos Rafa, y Resef y Tale, de quien
nació Taán; 26 el cual engendró a Laadán, cuyo hijo fue
Ammiud, que fue padre de Elizama, 27 de quien nació Nun,
que tuvo por hijo a Josué [11].

28 La posesión y habitación de ellos fue Betel con sus aldeas, y Norán hacia el oriente, y al occidente Gazer con sus aldeas, y asimismo Siquem con las suyas, hasta la ciudad de Aza con las suyas [12]. 29 Y junto a la tribu de los hijos de Manasés tuvieron a Betsán con sus aldeas, a Tanac con las suyas, a Mageddo [13] con las suyas, a Dor con las suyas. En estos lugares habitaron los hijos de José, hijo de Israel.

Aser

30 Hijos de Aser: Jemna, y Jesua, y Jesui, y Baría, y Sara, hermana de éstos [14]. 31 Hijos de Baría: Heber y Melquiel; éste es el padre de Barsahit. 32 Heber engendró a Jeflat, y a Somer, y a Hotam, y a Suaa, hermana de éstos. 33 Los hijos de Jeflat: Fosec y Camaal, y Asot; éstos son los hijos de Jeflat. 34 Hijos de Somer: Ahí, y Roaga, y Haba, y Aram.

35 Y los hijos de Helem, su hermano: Sufa, y Jemna, y Selles, y Amal. 36 Hijos de Sufa: Sué, Harnafer, y Sual, y Beri, y Jamra, 37 y Bosor, y Hod, y Samma, y Salusa, y Jetrán, y Bera. 38 Hijos de Jeter o Jetrán: Jefone, y Fasfa, y Ara. 39 Hijos de Olla: Aree, y Haniel, y Resia. 40 Todos éstos son descendientes de Aser, cabezas o troncos de familias, y principales jefes, los más escogidos y esforzados; el número de los que estaban en edad de tomar las armas era de veintiséis mil.

¿Sabías que?

El Talmud relaciona a los hijos de Efraín muertos por los de Get (vv. 20-22) con la visión de los huesos secos de Ezequiel (Ez 37). Rav, un maestro babilonio del siglo III, enseñaba que los huesos que el profeta vio revivir eran los de aquellos efraimitas, que calcularon mal el fin de la esclavitud, salieron de Egipto antes del tiempo señalado y murieron (Sanedrín 92b). En la misma página, otros maestros dicen que la visión fue una parábola. La Iglesia lee Ez 37 como profecía de la resurrección y del Espíritu que da vida: es una de las lecturas de la Vigilia de Pentecostés.

Israel tribu por tribu (1 Crónicas 2 – 8)

Tribu	Dónde	Lo que destaca
Judá	2,3 – 4,23	La tribu del rey: la primera y la más larga
Simeón	4,24-43	Absorbida por Judá «hasta el reinado de David»
Rubén	5,1-10	El primogénito que perdió su derecho
Gad	5,11-17	En Galaad y Basán
Manasés (este)	5,23-24	Hasta el Hermón; deportada por Asiria (5,26)
Leví	6	En el centro: sacerdotes, cantores, ciudades; sin tierra
Isacar	7,1-5	Guerreros contados «en tiempo de David»
Benjamín	7,6-12; 8	La tribu de Saúl y de Jerusalén: dos listas
Neftalí	7,13	Un solo versículo
Manasés (oeste)	7,14-19	Las hijas de Salfaad; el clan de Gedeón
Efraín	7,20-29	Los hijos muertos en Get; Seerá; Josué
Aser	7,30-40	Sara, la hermana; 26.000 guerreros
Zabulón, Dan	—	Sin genealogía; Dan, quizá en 7,12

Doce hijos de Jacob (2,1-2) y más de doce líneas: José cuenta como Efraín y Manasés, y Leví no tiene tierra. Todo Israel está presente, también el norte, desaparecido siglos antes. Judá va primero, Leví en el centro y Benjamín, la tribu de Jerusalén, al final.

PAUSA

1. Efraín lloró mucho tiempo a sus hijos, y sus hermanos vinieron a consolarlo. ¿A quién podrías acompañar hoy en su duelo?
2. Bería nació «en medio de las aflicciones», y de su casa salieron una constructora de ciudades y Josué. ¿Qué ha hecho crecer Dios en tu vida a partir de un dolor?
3. Neftalí y Zabulón ocupan poco espacio en estas listas, y allí empezó Jesús a predicar. ¿Dónde están hoy los olvidados que Dios quiere visitar?

Para orar. *Señor, que en las horas de aflicción no deje de esperar lo que tú puedes hacer nacer.*

8

Benjamín y la casa de Saúl

Benjamín vuelve a aparecer, ahora con una genealogía propia y más larga. La tribu lo merecía: de ella salió Saúl, el primer rey; su territorio llegaba hasta Jerusalén, y después del destierro formó con Judá el núcleo de los que volvieron (Esd 1,5). El capítulo reúne listas de clanes con noticias sueltas de sus lugares (Gabaa, Moab, Ono y Lod, Ajalón, Jerusalén) y termina con la casa de Saúl, que el Cronista sigue durante muchas generaciones después de Jonatás (vv. 29-40). La misma lista se repetirá en 9,35-44, como puente hacia la muerte de Saúl.

Los clanes de Benjamín

1 El primogénito de Benjamín fue Bale [1], Asbel el segundo,
y el tercero Ahara; 2 el cuarto Nohaa, y Rafa el quinto. 3 Los
hijos de Bale fueron Addar y Gera, y Abiud, 4 con Abisué y
Naamán, y Ahoé; 5 y además otro Gera, y Sefufán, y Hu-
ram.

6 Estos son los hijos de Ahod [2], cabezas de las familias de
los habitantes de Gabaa, que fueron trasladados a Ma-
nahat, 7 es a saber, Naamán, y Aquía, y Gera, el mismo que
los trasladó; y de quien nacieron Oza y Ahiud.

8 Y Saharaim, después que repudió a sus mujeres Husim y
Bara, tuvo hijos en el país de Moab [3]. 9 Y de su mujer Ho-
des tuvo a Jobab, y a Sebia, y a Mosa, y Molcom [4]; 10 y asi-
mismo a Jehús, y a Sequía, y a Marma. Estos son sus hijos,
cabezas de sus familias. 11 Mehusim engendró a Abitob y a
Elfaal. 12 Hijos de Elfaal: Heber, y Misaam, y Samad; éste
edificó Ono, y Lod y sus aldeas o dependencias [5].

13 Baría y Sama fueron cabezas de las familias habitantes
en Ajalón; éstos arrojaron a los moradores de Get [6].
14 Ahio, y Sesac, y Jerimot, 15 y Zabadía, y Arod, y Heder,
16 y también Micael, y Jesfa, y Joha, descendientes de Ba-
ría. 17 Y Zabadía, y Mosollam, y Hezeci y Heber, 18 y Jesa-
mari, y Jezlia, y Jobab, hijos de Elfaal.

19 Y Jacim, y Zecri, y Zabdi, 20 y Elioenai, y Seletai, y Eliel,
21 y Adaya, y Baraya, y Samarat, hijos de Semei. 22 Y Jes-
fam, y Heber, y Eliel, 23 y Abdón, y Zecri, y Hanán, 24 y Ha-
nanía, y Elam, y Anatotía, 25 y Jefdaya y Fanuel, hijos de
Sesac;

26 y Samsari, y Sohoría, y Otolía, 27 y Jersía, y Elía, y Zecri,
hijos de Jeroham. 28 Estos son los patriarcas y príncipes o
troncos de las familias que habitaron en Jerusalén [7]:

Gabaón y la casa de Saúl

29 En Gabaón habitaron Abigabaón [8] (cuya mujer se llamó
Maaca), 30 y su hijo primogénito Abdón, y Sur, y Cis, y

Baal, y Nadab; 31 como también Gedor, y Ahío, y Zaquer, y
Macellot. 32 Macellot engendró a Samaa; y éstos habitaron
con sus hermanos en Jerusalén, frente a los otros hermanos suyos.

33 Ner engendró a Cis, y Cis a Saúl [9], y Saúl engendró a Jonatás, y a Melquisua, y a Abinadab, y a Esbaal [10]. 34 Hijo de
Jonatás fue Meribbaal, de quien lo fue Mica [11]. 35 Hijos de
Mica fueron Fitón, y Melec, y Taraa, y Ahaz. 36 Ahaz engendró a Joada, y Joada a Alamat, y a Azmot y a Zamri; y
Zamri engendró a Mosa. 37 Mosa engendró a Banaa, cuyo
hijo fue Rafa, del cual nació Elasa, que engendró a Asel.
38 Asel tuvo seis hijos, cuyos nombres son: Ezricam, Bocru,
Ismahel, Saría, Obdía y Hanán; todos éstos hijos de Asel.
39 Los hijos de Esec, su hermano fueron: Ulam el primogénito, Jehús el segundo, Elifalet el tercero. 40 Los hijos de
Ulam fueron varones robustísimos y de gran valor, hábiles arqueros [12], padres de muchos hijos y nietos, hasta llegar a ciento cincuenta. Todos éstos fueron descendientes
de Benjamín.

¿Sabías que?

Lod, la ciudad que edificó Samad (v. 12), es la Lida de los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro dijo al paralítico Eneas: «Jesucristo te sana; levántate» (Hch 9,34); desde allí lo llamaron a la cercana Jope para devolver la vida a Tabita (Hch 9,36-42). Una antigua tradición sitúa en Lod el sepulcro de san Jorge, el soldado mártir al que la Edad Media convirtió en el santo del dragón, y una iglesia ortodoxa lo venera todavía. Hoy Lod está junto al principal aeropuerto de Israel: muchos peregrinos pisan Tierra Santa por primera vez a pocos kilómetros de la ciudad de Benjamín.

PAUSA

1. David acogió en su mesa al hijo cojo de Jonatás, y la casa de Saúl siguió viva en Israel. ¿Hay alguien a quien debas tender la mano por fidelidad a una amistad?
2. Una familia de Benjamín vivió en los campos de Moab, como Noemí y Rut. ¿Cómo vives tu fe cuando estás lejos de casa?

Para orar. *Señor, que no se pierda en mí la fidelidad de los que me precedieron, y que mi casa permanezca en tu pueblo.*

9

Los que volvieron a Jerusalén

Un versículo cierra las genealogías: todo Israel fue registrado, y Judá fue llevado a Babilonia por su infidelidad (v. 1). Lo que sigue mira ya al otro lado del destierro: los primeros que volvieron a habitar en Jerusalén, laicos de Judá, de Benjamín, de Efraín y de Manasés (vv. 2-9), sacerdotes (vv. 10-13), levitas (vv. 14-16) y, sobre todo, porteros y servidores del templo, con sus turnos y oficios (vv. 17-34). La lista se parece a la de Nehemías 11. Al final se repite la casa de Saúl, para dar paso a su muerte (vv. 35-44).

Los primeros que volvieron

1 Se hizo, pues, el censo de todo Israel [1]; cuya suma se halla escrita en el Libro de los Reyes de Israel y de Judá. Y fueron los israelitas transportados a Babilonia por sus pecados. 2 Los que después habitaron los primeros en sus posesiones [2] y ciudades fueron de cuatro clases; israelitas, sacerdotes, levitas, y los natineos.

3 Se establecieron en Jerusalén varios de los hijos de Judá y de los de Benjamín, como también de los hijos de Efraín y de Manasés [3]. 4 De la tribu de Judá Otei, hijo de Ammiud, hijo de Amri, hijo de Omrai, hijo de Bonni, uno de

los descendientes de Farés, hijo de Judá [4]. [5] Y de la línea
de Siloni: Asaya el primogénito y sus hijos. [6] De los descendientes de Zara: Jehuel y sus hermanos o parientes, seiscientos noventa.

[7] De la tribu de Benjamín: Salo, hijo de Mosollam, hijo de Odvía, hijo de Asana; [8] y Jobanía, hijo de Jeroham, y Ela, hijo de Ozi, hijo de Mocori; y Mosollam, hijo de Safatías, hijo de Rahuel, hijo de Jebanías: [9] Con sus hermanos o parientes, que divididos en sus familias eran novecientos cincuenta y seis. Todos éstos fueron cabezas o troncos de varias familias de su linaje.

[10] De los sacerdotes fueron Jedaya, Joyarib y Jaquín [5]. [11] Asimismo Azarías, hijo de Helcías, hijo de Mosollam, hijo de Sadoc, hijo de Marayot, hijo de Aquitob, sumo sacerdote de la casa de Dios [6]. [12] Además Adaías, hijo de Jeroham, hijo de Fasur, hijo de Melquías, y Mahasai, hijo de Adiel, hijo de Jezra, hijo de Mosollam, hijo de Mosollamit, hijo de Emmer; [13] con los parientes de estos príncipes de sus familias, en número de mil setecientos sesenta, hombres robustos y vigorosos para soportar las fatigas del ministerio de la casa de Dios.

[14] De los levitas fueron Semeya, hijo de Hasub, hijo de Ezricam, hijo de Hasebía, uno de los hijos de Merari; [15] y Bacbacar carpintero [7], y Galal, y Matanías, hijo de Mica, hijo de Zecri, hijo de Asaf; [16] y Obdías, hijo de Semeya, hijo de

Galal, hijo de Iditún; y Baraquías, hijo de Asa, hijo de Elcana, que habitó en las aldeas de Netofati.

Los porteros y los oficios del templo

17 Los jefes de los porteros eran Sellum [8], y Accub, y Telmón, y Ahimam; su hermano Sellum era el principal.
18 Hasta este tiempo, parte de los levitas hacían por su turno la guardia en la puerta del templo, llamada del Rey, al oriente [9]. 19 Sellum, hijo de Coré, hijo de Abiasaf, hijo del viejo Coré [10], asistía allí con sus hermanos y la familia de su padre; esto es, los coritas, que tienen la superintendencia de las obras concernientes al ministerio, y guardan los patios del Tabernáculo, y cuyas familias hacen por turno la guardia en la entrada del campamento o morada del Señor. 20 Finees, hijo de Eleazar, era su jefe en el servicio del Señor [11]. 21 Zacarías, hijo de Mosollamia, era el portero de la puerta del Tabernáculo del Testimonio [12].

22 Todos estos elegidos para ostiarios o guardas de las puertas, eran doscientos doce, y estaban empadronados en el censo de sus propias villas; a los cuales David y el profeta Samuel por su fidelidad establecieron [13], 23 tanto a ellos como a sus hijos para guardar por sus turnos las puertas del templo del Señor y las del Tabernáculo. 24 Estaban los jefes de los ostiarios colocados según la dirección de los cuatro vientos, esto es, al oriente y al poniente, al norte y al mediodía. 25 Pero sus hermanos, los otros porteros vi-

vían en las aldeas, y venían los sábados por su turno de semana en semana [14].

[26] A dichos cuatro levitas estaban subordinados todos los ostiarios, y cuidaban de las viviendas y de los tesoros o alhajas del templo del Señor. [27] Por eso tenían cada uno su habitación alrededor del templo del Señor, y abrían a su tiempo las puertas por la mañana [15].

[28] Del linaje de éstos eran los que guardaban las cosas destinadas al servicio del templo; porque todas ellas se metían y sacaban por cuenta. [29] De éstos mismos, que tenían a su cargo los utensilios del santuario, algunos cuidaban de la flor de harina, y del vino, y del aceite, y del incienso, y de los aromas. [30] Pero eran los hijos de los sacerdotes los que hacían la confección de los perfumes con las especies aromáticas. [31] El levita Matatías, primogénito de Sellum, corita, cuidaba de las cosas que se freían en sartén. [32] De los hijos de Caat, hermanos de éstos, había algunos que estaban encargados de los panes de la proposición, para renovarlos cada sábado [16].

[33] Estos eran los principales o los jefes de los cantores entre las familias de los levitas, los cuales moraban en las habitaciones unidas al templo, a fin de poder aplicarse incesantemente día y noche a su ministerio [17]. [34] Los jefes de los levitas, príncipes en sus familias, estaban siempre en Jerusalén.

La casa de Saúl

35 En Gabaón se estableció Jehiel restaurador de
Gabaón 18 ; se llamaba su mujer Maaca. 36 Su hijo primogé-
nito fue Abdón, y fueron también hijos suyos Sur, y Cis, y
Baal, y Ner, y Nadab; 37 asimismo Gedor, y Ahío y Zacarías
y Macellot. 38 Macellot engendró a Samaán; éstos y sus
hermanos habitaron en Jerusalén, enfrente de otros her-
manos suyos.

39 Ner después engendró a Cis, Cis a Saúl, y Saúl a Jonatás,
y a Melquisua, y a Abinadab, y a Esbaal. 40 Hijo de Jonatás
fue Meribbaal; de Meribbaal lo fue Mica. 41 Hijos de Mica
fueron Fiton, y Melec, y Taraa, y Ahaz. 42 Ahaz engendró a
Jara, Jara engendró a Alamat, y a Azmot, y a Zamri, Zamri
engendró a Mosa. 43 Mosa engendró a Banaa, cuyo hijo Ra-
faya engendró a Elasa, del cual nació Asel. 44 Asel tuvo seis
hijos, cuyos nombres fueron: Ezricam, Bocru, Ismael, Sa-
ría, Obdía, Hanán; éstos son los hijos de Asel.

¿Sabías que?

La alabanza «día y noche» de los cantores del templo (v. 33) siguió en la oración de los monjes. San Benito, en su Regla, escrita en el siglo VI, ordena la jornada del monasterio con dos versos del Salmo 119: «Siete veces al día te alabo» (v. 164), que da las horas del día, y «A medianoche me levanto para darte gracias» (v. 62), que da el oficio de la noche (Regla, cap. 16). De esa tradición vienen las horas que la Iglesia sigue rezando, de Laudes a Completas, y el Oficio de lectura, heredero de la vigilia nocturna. El Concilio Vaticano II la describe como una alabanza que «consagra el curso entero del día y de la noche» (Sacrosanctum Concilium, n. 84).

Jerusalén después del destierro: 1 Crónicas 9 y Nehemías 11

Grupo	1 Crónicas 9	Nehemías 11
Judá	De Farés, Siloni y Zara: 690	De Farés: 468
Benjamín	Salo y otros: 956	Sellum y otros: 928
Efraín, Manasés	También en Jerusalén (v. 3)	—
Sacerdotes	Jedaya, Joyarib, Jaquín, Azarías: 1.760	Idaía, Joarib, Jaquín, Saría: 1.192
Levitas	Semeya, Matanías…: sin cifra	Semeía, Matanía…: 284
Porteros	Sellum, Accub, Telmón, Ahimam: 212	Accub, Telmón: 172
Natineos	Una de las cuatro clases (v. 2)	En Ofel (v. 21)
Servicios	Vasos, harina, aceite, perfumes, panes, cantores (vv. 28-33)	Los cantores, por orden del rey (vv. 22-23)
Total	3.618, sin los levitas	3.044

Los nombres de Nehemías van en la forma de Torres Amat. Las dos listas vienen quizá de un mismo registro, o el Cronista adaptó la de Nehemías; las cifras no coinciden, y el Cronista añade a Efraín y Manasés y se detiene en el servicio del templo.

PARA PROFUNDIZAR

«Los primeros que volvieron»: Israel después del destierro

Con el capítulo 9 terminan las genealogías, y su primer versículo hace el balance: «todo Israel» quedó registrado, y Judá fue llevado a Babilonia «por sus pecados», en hebreo, por su infidelidad (ver nota a 9,1). Nueve capítulos han recorrido la humanidad desde Adán, las doce tribus y la casa de David; el destierro parecía el

final. Pero la frase siguiente abre otra página: «los que después habitaron los primeros en sus posesiones y ciudades» (9,2; ver nota a 9,2). La lista que sigue no describe la Jerusalén de los reyes, sino la de los que volvieron.

Se parece mucho a la de Nehemías 11, que enumera a los que aceptaron vivir en Jerusalén cuando la ciudad estaba casi vacía y se echó a suertes quién se trasladaría a ella (Neh 11,1-2): los mismos grupos, muchos de los mismos nombres y cifras distintas (ver el cuadro de este capítulo). Probablemente las dos dependen de un registro común, o el Cronista adaptó la de Nehemías; los estudiosos no se ponen de acuerdo. Lo que importa son los cambios. El Cronista añade a los hijos de Efraín y de Manasés (9,3): en su Jerusalén cabe también el norte, y el pueblo del retorno se llama, como el de los comienzos, «todo Israel». Y dedica casi la mitad de la lista a los que sirven en el templo: los sacerdotes, «hombres robustos y vigorosos» para el ministerio (9,13); los levitas, y sobre todo los porteros, con sus turnos, sus llaves y sus almacenes de harina, vino, aceite, incienso y aromas, y los cantores que alaban «día y noche» (9,17-33).

Era una comunidad pequeña y pobre. Cuando se pusieron los cimientos del templo nuevo, los ancianos que habían visto el primero lloraban a gritos (Esd 3,12-13), y el profeta Ageo preguntaba: «¿No es como nada a vuestros ojos?» (Ag 2,3). No había rey; Judá era una pequeña provincia del imperio persa. Pero el Cronista enseña a mirarla de otro modo: esa comunidad reunida alrededor del templo es la heredera de todas las genealogías, el mismo pueblo de Abrahán y de David. La Pontificia Comisión Bíblica lo resume: «en la obra del Cronista, el templo es claramente

el centro de toda la vida religiosa y nacional» (*El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, 2001, n. 48). Los porteros que abren las puertas cada mañana (9,27) y los cantores que no callan de noche custodian la presencia de Dios en medio de su pueblo.

Un detalle lo confirma: los porteros fueron establecidos por «David y el profeta Samuel» (9,22). Samuel había muerto antes del reinado de David (1 Sam 25,1); el Cronista no hace historia en el sentido moderno, sino que enraíza las instituciones del retorno en los fundadores, el profeta y el rey. Lo que Israel vive después del destierro no es una invención de última hora: es la fidelidad al orden que Dios dio a su pueblo desde el principio.

El cristiano reconoce en esta página algo de la Iglesia. Jesús murió «para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Jn 11,52), y Pedro llama a los creyentes «linaje escogido, sacerdocio regio», a ellos, que antes «no eran pueblo» (1 Pe 2,9-10). El Concilio recuerda que Dios quiso salvar a los hombres «no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo», y que ese pueblo, aunque «con frecuencia parezca una grey pequeña», es para todo el género humano «un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación» (*Lumen gentium*, n. 9). Y la alabanza incesante de los cantores sigue en la oración de la Iglesia: Cristo, dice el Concilio, «introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales» y lo prolonga a través de su Iglesia (*Sacrosanctum Concilium*, n. 83; Catecismo, n. 1174).

PAUSA

1. Los porteros abrían cada mañana las puertas de la casa de Dios. ¿Qué servicio sencillo podrías asumir en tu parroquia o comunidad?
2. La comunidad del retorno era pequeña y pobre, y sin embargo era el pueblo de la promesa. ¿Te desanima a veces la pequeñez de tu comunidad de fe?
3. Los cantores alababan a Dios día y noche. ¿En qué momento de tu jornada podrías unirte a la oración de la Iglesia?

Para orar. *Señor, que reúnes a tus hijos dispersos, haz de mí un portero fiel de tu casa y una voz en tu alabanza.*

10

La muerte de Saúl

Después de nueve capítulos de genealogías, el Cronista empieza a contar, y empieza por un final: no dice nada de cómo llegó Saúl a ser rey, ni de Samuel, ni de la juventud de David; abre con la derrota de Gelboé. El capítulo tiene dos partes: la batalla, la muerte de Saúl y de sus hijos y la sepultura en Jabes, copiadas casi palabra por palabra de 1 Sam 31 (vv. 1-12), y un juicio que es solo suyo (vv. 13-14): Saúl murió por su infidelidad y porque no buscó al Señor, que «trasladó su reino a David». Esas dos frases son la clave de toda la historia que sigue.

La derrota de Gelboé

1 Peleando los filisteos contra Israel [1] fueron los israelitas
puestos en fuga por los palestinos [2], y cayeron muchos he-
ridos de muerte en el monte Gelboé. 2 Y avanzando los fi-
listeos en persecución de Saúl y de sus hijos, mataron a
Jonatás [3], y a Abinadab, y a Melquisua, hijos de Saúl. 3 Y
arreciada la batalla alrededor de Saúl, dieron con él los ar-
queros, y lo hirieron con sus flechas.

4 Por lo que dijo Saúl a su escudero: Desenvaina tu espada,
y mátame, para que no vengan estos incircuncisos y hagan
escarnio de mí. Mas el escudero, sobrecogido de temor y

respeto [4], no quiso hacerlo. Entonces Saúl arrancó su espada, y se arrojó sobre ella. [5] Lo que visto por su escudero, y cómo Saúl era muerto, se arrojó también él sobre su espada, y murió. [6] Feneció, pues, Saúl, con sus tres hijos; y toda su familia tuvo la misma suerte [5]. [7] En vista de lo cual los israelitas que habitaban en las campiñas [6], echaron a huir; y muertos ya Saúl y sus hijos, abandonaron sus ciudades y se dieron a la fuga y entonces vinieron los filisteos y habitaron allí.

El cuerpo del rey

[8] Al día siguiente los filisteos despojando a los muertos, hallaron a Saúl y a sus hijos tendidos en el monte Gelboé. [9] Y habiéndolo despojado, y cortado la cabeza, y quitándole las armas, lo llevaron a su tierra para conducirlo por todas partes, y exponerlo en los templos de sus ídolos [7] a la vista del pueblo. [10] Sus armas las consagraron al templo de su dios, y su cabeza la clavaron en el templo de Dagón [8].

[11] Cuando oyeron los vecinos de Jabes de Galaad [9] todo lo que los filisteos habían ejecutado con el cuerpo de Saúl, [12] los más esforzados de ellos marcharon a una, y cogieron los cadáveres de Saúl [10] y de sus hijos, y los trajeron a Jabes, y sepultaron sus huesos debajo de una encina que había en Jabes; y ayunaron siete días.

El juicio del Cronista

13 Murió, pues, Saúl en pena de sus maldades [11], por haber desobedecido el mandamiento que le había dado el Señor [12], y no haberlo guardado; y además por haber consultado con la pitonisa [13], 14 y no haber puesto su esperanza en el Señor [14], el cual por lo mismo le quitó la vida [15], y trasladó su reino a David, hijo de Isaí [16].

¿Sabías que?

Un midrás judío de la antigüedad tardía, el Levítico Rabbá, cuenta los cinco pecados por los que murió Saúl (ver nota a 10,14), pero en el mismo pasaje (26,7) guarda una mirada compasiva. Según el rabino Resh Laquish, cuando Saúl salió a la batalla de Gelboé sabiendo por Samuel que iba a morir, Dios llamó a los ángeles para que miraran a aquel hombre: quien va a un banquete no suele llevar a sus hijos, por miedo al mal de ojo, y Saúl iba a la guerra sabiendo que lo matarían, llevaba consigo a sus hijos y aceptaba con alegría el juicio que caería sobre él. El mismo texto lo llama «aquel justo». El juicio del Cronista y la piedad de los hombres de Jabes caben en la misma memoria.

PARA PROFUNDIZAR

«Murió Saúl por su infidelidad»: la retribución en las Crónicas

El Cronista copia de 1 Sam 31 la muerte de Saúl casi palabra por palabra (ver los ensayos «Saúl y la nigromante de Endor» y «La

muerte de Saúl», en 1 Sam 28 y 31), pero le añade dos versículos que no están en Samuel: Saúl murió por su infidelidad al Señor, por no guardar su palabra y por consultar a una nigromante en vez de buscarlo; «el cual por lo mismo le quitó la vida, y trasladó su reino a David» (10,13-14; ver nota a 10,13). Con estas dos frases, el Cronista enuncia un principio que recorrerá toda su obra (ver «Antes de empezar»): la fidelidad a Dios trae vida, y la infidelidad, ruina.

Tres palabras hebreas lo sostienen. Darash, «buscar» al Señor, que es preguntar por su voluntad, frecuentar su culto y obedecer su ley: lo que Saúl no hizo (10,14), lo que Israel descuidó con el arca (13,3) y lo que David pedirá a Salomón: «Si lo buscares, lo hallarás; pero si lo abandonares, te desechará para siempre» (28,9; ver nota a 28,9). 'Azab, «abandonar», su contrario. Y ma'al, la infidelidad del que traiciona la confianza de Dios, como Acar con el anatema (ver nota a 2,7) o Judá antes del destierro (9,1). El segundo libro lo resumirá en una promesa, «si mi pueblo... me busca y se convierte..., yo lo oiré desde el cielo» (2 Cr 7,14), y lo aplicará rey por rey, de Roboam a Manasés.

La novedad está en el plazo. En los libros de los Reyes, la ruina de Jerusalén es el fruto de pecados acumulados durante generaciones, sobre todo los de Manasés (2 Re 21,10-15; 24,3-4). El Cronista, en cambio, hace que cada generación, y casi cada rey, reciba dentro de su propia vida el fruto de lo que hace; los estudiosos hablan de una «retribución inmediata» (S. Japhet, R. B. Dillard). Detrás está la enseñanza de Ezequiel a los desterrados que se quejaban de pagar los pecados de sus padres: «el alma que pecare, esa morirá», y el malvado que se convierte vivirá (Ez 18,20-23; Jer

31,29-30). Por eso la retribución del Cronista es, sobre todo, una llamada a la conversión: ninguna generación está condenada de antemano, y hasta Manasés, el peor de los reyes, se humilla y es escuchado (2 Cr 33,12-13).

El esquema simplifica, y el Cronista lo sabe. Escribe que con Saúl murió «toda su familia» (10,6), aunque él mismo nombra a sus descendientes (8,33-40), y dice que Saúl no buscó al Señor, aunque 1 Sam 28,6 cuenta que lo consultó. En el siglo XIX, Julius Wellhausen vio en esto la prueba de que el Cronista había rehecho la historia según un dogma. Hoy se lee de otro modo: la Comisión Bíblica recuerda que los libros históricos no son «una historiografía en el sentido moderno» (Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, n. 70), y el Cronista dibuja con trazos gruesos para enseñar a leer la historia como un diálogo entre la palabra de Dios y la respuesta del hombre.

La misma Biblia marca los límites de esa lectura. Los amigos de Job defienden exactamente esta lógica, y Dios les dice que no han hablado bien de él (Job 42,7); el salmista se escandaliza de la prosperidad de los malvados (Sal 73), y el Eclesiastés observa que la misma suerte toca al justo y al impío (Ecl 9,2). Jesús rechaza la conclusión fácil: los galileos muertos por Pilato y los dieciocho aplastados por la torre de Siloé no eran más culpables que los demás, «pero si no os convertís, todos pereceréis igualmente» (Lc 13,1-5); y del ciego de nacimiento dice que no pecaron ni él ni sus padres (Jn 9,2-3). San Agustín lo explicó así: si todo pecado recibiera ya en esta vida su castigo visible, parecería que nada queda

para el juicio final; y si ninguno lo recibiera, se pensaría que no hay providencia (La ciudad de Dios I,8).

La cruz da la última palabra. En ella el Justo sufre la suerte del culpable (Is 53,4-6; 1 Pe 2,22-24), y la relación entre el pecado y la muerte no queda abolida, sino cargada por Dios mismo (Rom 6,23; 2 Cor 5,21). Lo que permanece de la enseñanza del Cronista es lo esencial: cada uno responde de su vida, ninguna generación está atada a la anterior, y Dios se deja encontrar por quien lo busca. Saúl murió porque no buscó al Señor; a nosotros se nos dice: «buscad, y hallaréis» (Mt 7,7).

PAUSA

1. Saúl acudió a una nigromante cuando Dios callaba. ¿Qué haces tú cuando Dios parece no responder?
2. El Cronista resume una vida en una frase: «no buscó al Señor». ¿Qué frase resumiría hoy la tuya?
3. ¿Miras el sufrimiento de otros como un castigo? ¿Cómo cambia tu mirada lo que Jesús dijo del ciego de nacimiento?

Para orar. *Señor, que te busque mientras te dejas encontrar, y que nunca ponga mi esperanza fuera de ti.*

11

Todo Israel proclama rey a David

Sin los siete años de Hebrón ni la guerra con la casa de Saúl, el Cronista pasa de Gelboé a la asamblea en que «todo Israel» unge rey a David (vv. 1-3), que enseguida conquista Jerusalén con todo el pueblo (vv. 4-9). Siguen sus valientes (vv. 10-47), que en 2 Samuel cierran la historia de David (2 Sam 23,8-39) y aquí la abren, presentados como los que lo ayudaron a ser rey «según la palabra del Señor»: los Tres, la proeza del agua de Belén, Abisai y Banaías, y una lista más larga que la de Samuel. Para lo que el Cronista no cambia, ver 2 Sam 5 y 23.

David, rey de todo Israel

1 Se congregó al fin todo Israel alrededor de David en
Hebrón [1], diciéndole: Somos tu carne y hueso [2]. 2 Aun antes de ahora, cuando Saúl reinaba todavía, tú eras el que
sacaba a Israel a campaña y lo volvía a conducir a casa;
porque a ti te dijo el Señor Dios tuyo: Tú serás el pastor de
mi pueblo de Israel, y tú serás su príncipe. 3 Vinieron,
pues, todos los ancianos de Israel al rey en Hebrón, e hizo
David alianza con ellos, en presencia del Señor; y lo ungieron por rey de Israel, conforme a la palabra del Señor promulgada por ministerio de Samuel [3].

Jerusalén, ciudad de David

4 Y marchó David con todo Israel a Jerusalén [4]; ésta es Je-
bús, donde tenían su asiento los jebuseos, moradores del
país. 5 Y los que de éstos habitaban en Jebús, dijeron a Da-
vid: No entrarás aquí. Pero David conquistó la fortaleza de
Sión, la cual fue después llamada Ciudad de David. 6 Había
dicho antes: El que fuere el primero en vencer a los jebu-
seos, será hecho príncipe y general del ejército. Acometió,
pues, el primero Joab, hijo de Sarvia [5], y quedó constitui-
do príncipe. 7 Y habitó David en el alcázar; que por esto fue
llamado Ciudad de David; 8 y edificó alrededor de la ciu-
dad, desde el valle de Mello hasta el otro extremo [6]; y Joab
reparó el resto de la ciudad. 9 David iba haciendo progre-
sos y cobrando vigor, y estaba con él el Señor de los ejérci-
tos.

Los valientes de David

10 Estos son los principales entre los valientes de David [7],
que le ayudaron para que fuese reconocido rey de todo Is-
rael, según la palabra del Señor anunciada a Israel. 11 Y
ésta es la lista de los campeones de David: Jesbaán, hijo de
Hacamoni, caudillo de treinta [8], que vibró su lanza contra
trescientos, a quienes hirió en un solo combate. 12 Después
de éste, Eleazar (hijo de su tío paterno) ahohita, el cual era
uno de los tres principales campeones. 13 Este, con
Semma [9], acompañó a David en Fesdomin, cuando los fi-

listeos se juntaron en aquel sitio para dar batalla, y los campos de aquel país estaban llenos de cebada, y el pueblo había huido a vista de los filisteos. 14 Mas estos Eleazar y Semma se mantuvieron a pie firme en medio del campo, y lo defendieron, habiendo desbaratado a los filisteos; con lo que el Señor hizo un gran beneficio a su pueblo.

15 Estos tres, de los treinta caudillos son los que bajaron a la peña en que se hallaba David junto a la cueva de Odollam, cuando los filisteos habían acampado en el valle de Rafaín. 16 Estaba, pues, David en su puesto fortificado, y los filisteos tenían una guarnición en Betlehem. 17 Le vino entonces a David un deseo, y dijo: ¡Oh, quién me diera agua de la cisterna que está junto a la puerta de Betlehem! 18 Al punto, estos tres capitanes pasaron por medio de los campamentos de los filisteos, y sacando agua de la cisterna que está contigua a la puerta de Betlehem, la llevaron a David para que la bebiese, el cual no quiso, sino que la ofreció como libación al Señor [10], 19 diciendo: Lejos de mí hacer tal cosa en presencia de mi Dios, que yo beba la sangre de estos hombres que con riesgo de sus vidas me han traído esta agua. Por cuya causa no quiso beberla. Esto hicieron aquellos tres esforzadísimos varones.

20 Asimismo Abisai, hermano de Joab, era el principal de otros tres. También éste blandió su lanza contra trescientos, a los cuales mató; y él era el más famoso entre los tres,

21 y entre los tres del segundo ternario [11] el más esclarecido
y principal de ellos; pero nunca igualó a los tres primeros.
22 Banaías, hijo de Joíada, varón fortísimo, que había he-
cho muchas hazañas era natural de Cabseel; él mató a los
dos arieles o grandes leones [12] de Moab; y es el mismo que
se metió dentro de una cisterna, y mató en medio de ella a
un león, en ocasión de una nevada. 23 Mató también él
mismo a un egipcio, cuya estatura era de cinco codos [13], y
que tenía una lanza semejante al rodillo de un telar. Arre-
metió, pues, contra él con un palo, y le arrebató la lanza
que tenía en la mano, y con esta misma lanza lo mató.
24 Estas cosas hizo Banaías, hijo de Joíada, que era el de
mayor fama entre los tres valientes; 25 principal entre los
treinta; mas no igualaba a los tres primeros o del primer
ternario; y David lo escogió por su íntimo consejero.

26 En el ejército los más valientes eran Asahel, hermano de
Joab [14], y Elcanán, que era de Betlehem, hijo de Dodo su
tío paterno. 27 Sammot de Arori, Hellés de Falón, 28 Ira de
Tecua, hijo de Accés, Abiezer de Anatot, 29 Sobbocai de Hu-
sat, Ilai de Aho, 30 Maharai de Netofat, Heled de Netofat,
hijo de Baana. 31 Etai, hijo de Ribai, de Gabaat, de los hijos
o tribu de Benjamín, Banaya de Faratón. 32 Hurai, del to-
rrente Gaas [15], Abiel de Arbat, Azmot de Bauram, Eliaba
de Salabón. 33 Los hijos de Asén, gezonita, Jonatán, hijo de
Sage de Arari, 34 Ahiam, hijo de Sacar de Arari, 35 Elifal,

hijo de Ur, [36] Hefer de Mecerat, Ahía de Felón, [37] Hesro del Carmelo, Naarai, hijo de Asbai, [38] Joel, hermano de Natán, Mibahar, hijo de Agarai. [39] Selec, amonita, Naarai de Berot, escudero de Joab, hijo de Sarvia, [40] Ira jetreo, Gareb jetreo, [41] Urías heteo [16], Zabad, hijo de Oholí,

[42] Adina, hijo de Siza, de la tribu de Rubén [17], príncipe de los rubenitas, y con él otros treinta. [43] Hanán, hijo de Maaca, y Josafat matanita, [44] Ozías astarotita, Samma, y Jehiel, hijos de Otam, de Aror, [45] Jediel, hijo de Samri, y Joa su hermano, de Tosa, [46] Eliel de Mahumi, y Jeribai, y Josaya hijos de Elnaem; y Jetma de Moab [18], [47] Eliel, y Obed, y Jasiel de Masobia [19].

¿Sabías que?

En la edición de 1824, Torres Amat imprimió en cursiva doce palabras o frases de este capítulo que no están en la Vulgata: «del ejército» (v. 6), «el valle de» (v. 8), «principales» (v. 12), «con Semma» (v. 13), «Eleazar y Semma» (v. 14), «capitanes» (v. 18), «otros» (v. 20), «natural» y «o grandes leones» (v. 22), «o del primer ternario» (v. 25), «Dodo» (v. 26) y «los hijos o», en «de los hijos o tribu de Benjamín» (v. 31). Casi todas sirven para que el texto concuerde con 2 Samuel 23 o para aclarar un nombre. Lo había anunciado en su advertencia a los Paralipómenos: las aparentes discordancias con otros libros «se han procurado desvanecer con algunas notas o palabras que se añaden de letra cursiva en esta traducción». El texto digital de esta edición ya no las distingue.

La historia de David en Samuel y en las Crónicas

Episodio	Samuel / Reyes	Crónicas
Muerte de Saúl	1 Sam 31	10, con un juicio propio (10,13-14)
Siete años en Hebrón	2 Sam 1 – 4: guerra con la casa de Saúl	Omitido (solo 3,4; 29,27)
Unción; Jerusalén	2 Sam 5,1-10	11,1-9, con «todo Israel»
Los valientes	2 Sam 23,8-39, al final	11,10-47, al principio; 16 nombres más
Los voluntarios	—	12: todas las tribus en Hebrón
El arca y Oza	2 Sam 6,1-11	13, antes del palacio y las guerras
Hiram; filisteos	2 Sam 5,11-25	14
El arca en Sion	2 Sam 6,12-23	15 – 16, con levitas, cantores y un salmo
Natán; guerras	2 Sam 7; 8; 10	17 – 19
Betsabé, Absalón	2 Sam 11 – 21,14	Omitido; de Rabá, solo 20,1-3
Los gigantes	2 Sam 21,18-22	20,4-8
El censo	2 Sam 24	21, con Satanás
El templo y el culto	—	22 – 27: preparativos y organización
La sucesión	1 Re 1 – 2, con intrigas	23,1; 28 – 29, en paz

Más de la mitad de la historia de David en las Crónicas no tiene paralelo en Samuel. Lo que el Cronista añade se refiere al templo y a su culto; lo que omite son los pecados de David y las tragedias de su familia, salvo el censo, que lleva al lugar del templo (21,18 – 22,1). Sobre el arca, ver el cuadro «El arca sube a Jerusalén», en 2 Samuel 6.

PAUSA

1. David no quiso beber lo que había costado el riesgo de otros. ¿Qué te han dado otros con sacrificio que todavía no has agradecido?
2. Los valientes ayudaron a David a ser rey «según la palabra del Señor». ¿A quién ayudas tú a cumplir lo que Dios le pide?
3. El nombre de Urías sigue en la lista. ¿Qué nombres de tu historia preferirías olvidar y necesitas poner ante Dios?

Para orar. *Señor, que lo que recibo del sacrificio de otros se convierta en ofrenda para ti.*

12

Los que acudieron a David

Un capítulo sin paralelo en Samuel, hecho de listas, que cuenta la subida de David al trono desde el lado de quienes lo siguieron. Va y viene en el tiempo: los benjaminitas que se le unieron en Siceleg, parientes del mismo Saúl (vv. 1-7); los gaditas que cruzaron el Jordán crecido (vv. 8-15); los de Benjamín y Judá, recibidos con las palabras inspiradas de Amasai (vv. 16-18); los de Manasés (vv. 19-22), y el gran censo de las tribus reunidas en Hebrón, con tres días de fiesta (vv. 23-40). Todo desemboca en una frase: «reinaba el gozo en Israel».

En Siceleg y en el desierto

1 Estos son los que vinieron a juntarse con David en
Siceleg [1], cuando aún andaba huyendo de Saúl, hijo de
Cis; los cuales eran fortísimos y excelentes guerreros,
2 hábiles tiradores de arco, y que se servían igualmente de
ambas manos [2] para arrojar piedras con la honda, y ases-
tar las flechas; parientes de Saúl, y de la tribu de Benja-
mín. 3 El principal era Ahiecer, y después Joás, hijos los
dos de Sammaa de Gabaat, y Jaziel, y Fallet, hijos de Az-
mot, y Baraca, y Jehú, de Anatot. 4 Asimismo Samaías, de
Gabaón, el más valiente de los treinta y cabeza de los
treinta [3]; Jeremías y Jeheziel, y Johanán; y Jezabad de

Gaderot. [5] Eluzai, y Jerimut, y Baalía, y Samaría, y Safatía de Haruf. [6] Elcana, y Jesía, y Azareel, y Joezer, y Jesbaam de Carehim [4]. [7] Joela, y Zabadía, hijos de Jeroham de Gedor.

[8] Además de éstos se pasaron a David, mientras estaba escondido en el desierto, hombres muy valientes y bravos campeones de la tribu de Gad, armados de escudo y lanza; sus caras como caras de leones, y ligeros como cabras monteses [5]. [9] Ezer era el principal, Obdías el segundo, Eliab el tercero, [10] Masmana el cuarto, Jeremías el quinto, [11] Eti el sexto, Eliel el séptimo, [12] Joanán el octavo, Elzebad el noveno, [13] Jeremías el décimo, Macbanai el undécimo. [14] Estos eran de la tribu de Gad, y caudillos del ejército, y el que menos mandaba cien soldados, y mil el que más [6]. [15] Estos son los que pasaron el Jordán el mes primero, cuando suele salir de madre [7], inundando las riberas; y pusieron en fuga a todos los que moraban en los valles, así al oriente como al poniente.

«Tuyos somos, oh David»

[16] Vinieron también varios de la tribu de Benjamín y de Judá a la fortaleza en que se hallaba David. [17] Y les salió David al encuentro, y dijo: Si habéis venido a mí de paz, con ánimo de socorrerme, mi corazón se unirá con el vuestro; mas si me armáis asechanzas favoreciendo a mis contrarios, puesto que yo tengo mis manos limpias de

todo pecado [8], el Dios de nuestros padres sea testigo y
juez. [18] Entonces Amasai, caudillo de los treinta, movido
de Espíritu superior o divino [9], dijo: Tuyos somos, oh Da-
vid, y contigo estamos, oh hijo de Isaí; paz, paz a ti; y paz a
tus defensores; ya que a ti te defiende tu Dios. Los recibió,
pues, David y los hizo oficiales principales de su ejército.

[19] También de la tribu de Manasés se pasaron a David
cuando iba éste con los filisteos al combate contra Saúl (si
bien no peleó con ellos, porque los príncipes de los filis-
teos, tenido consejo le hicieron volver diciendo: A costa de
nuestra vida se reconciliará con Saúl, su señor [10]). [20] Así,
pues, cuando regresó a Siceleg se pasaron a él de los de Ma-
nasés, Ednas y Jozabad, y Jedihel, y Micael, y Ednas, y Jo-
zabad, y Eliú, y Salati, comandantes de mil hombres de
Manasés. [21] Estos ayudaron a David contra las
guerrillas [11]; pues eran todos hombres muy valerosos, y
les dio mando en el ejército. [22] Y a este tenor cada día acu-
dían gentes a David para prestarle auxilio, hasta juntarse
en gran número, como un ejército de Dios [12].

Todo Israel en Hebrón

[23] Este es igualmente el número de los principales del ejér-
cito que vinieron a encontrar a David, cuando estaba en
Hebrón, para trasladar a él el reino de Saúl, según la pala-
bra del Señor [13]. [24] De los hijos de Judá, armados de escu-
do y lanza, y prontos para la batalla, seis mil ochocientos.

25 De los hijos de Simeón, varones fortísimos para la guerra, siete mil cien. 26 De los hijos de Leví cuatro mil seiscientos. 27 Asimismo Joíada, caudillo de los del linaje de Aarón, tenía consigo tres mil setecientos. 28 Vino también Sadoc, joven de excelente índole [14], con veintidós cabezas de familia, descendientes de la casa de su padre. 29 De los hijos de la tribu de Benjamín, parientes de Saúl, vinieron tres mil, porque una gran parte de ellos estaba todavía por la casa de Saúl [15]. 30 Pero de los hijos de Efraín eran veinte mil ochocientos, varones esforzadísimos y de gran reputación en sus parentelas; 31 y de la media tribu de Manasés eran dieciocho mil, todos alistados por sus nombres, los que vinieron a establecer por rey a David. 32 De los hijos de Isacar vinieron también doscientos de los principales, hombres instruidos, que sabían discernir cada uno de los tiempos [16], a fin de prescribir lo que debía practicar Israel; y todo el resto de la tribu seguía su consejo. 33 Igualmente de Zabulón vinieron en su ayuda con un corazón sincero [17] cincuenta mil, prontos a salir a campaña, y bien provistos de todas armas. 34 Y de Neftalí mil de los principales, con treinta y siete mil hombres armados de escudo y lanza. 35 Asimismo de Dan veintiocho mil seiscientos preparados para dar batalla. 36 Y de Aser, a punto de guerra y prontos para acometer, cuarenta mil. 37 Finalmente, de las tribus de Rubén, y de Gad, y de la media tribu de Manasés, a la otra parte del Jordán, ciento veinte mil bien armados.

38 Todos estos varones guerreros prontos a pelear, se reunieron en Hebrón con un corazón sano y sincero [18], para establecer a David por rey de todo Israel; del mismo modo todos los demás israelitas estaban de común acuerdo sobre hacer rey a David. 39 Se mantuvieron allí con David por espacio de tres días, comiendo y bebiendo; porque sus hermanos les habían preparado los víveres necesarios. 40 Además los pueblos vecinos, hasta los de Isacar, y Zabulón, y Neftalí, les traían en asnos, y camellos, y mulos, y bueyes, panes o víveres para su sustento; harina, panes de higos, pasas [19], vino, aceite, vacas y carneros en abundancia, porque reinaba el gozo en Israel.

¿Sabías que?

Los hombres de Isacar «que sabían discernir cada uno de los tiempos» (12,32) dieron mucho que pensar a los intérpretes judíos. Según el Génesis Rabbá (72,5), el rabino Tanjuma entendía que conocían «el tiempo oportuno para cada cosa», o bien que sabían fijar los años bisiestos del calendario lunar, y el midrás añade que de Isacar salieron doscientos presidentes del Sanedrín. El comentario medieval a las Crónicas que lleva el nombre de Rashi prefiere una lectura práctica: sabían dar el consejo adecuado a cada situación. Jesús reprochó a los que sabían leer el cielo y no los «signos de los tiempos» (Mt 16,3), y el concilio Vaticano II recordó que la Iglesia tiene el deber permanente de «escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio» (Gaudium et spes, n. 4).

Todo Israel en Hebrón (1 Crónicas 12,24-37)

Tribu	Hombres	Detalle
Judá	6.800	Con escudo y lanza (v. 24)
Simeón	7.100	«Varones fortísimos» (v. 25)
Leví	4.600	Los levitas también acuden (v. 26)
Aarón	3.700	Con Joíada, su caudillo (v. 27)
Sadoc	22 jefes	«Joven de excelente índole» (v. 28)
Benjamín	3.000	Muchos seguían con Saúl (v. 29)
Efraín	20.800	«De gran reputación» (v. 30)
Manasés (media)	18.000	«Alistados por sus nombres» (v. 31)
Isacar	200 jefes	Sabían «discernir los tiempos» (v. 32)
Zabulón	50.000	«Con un corazón sincero» (v. 33)
Neftalí	1.000 jefes y 37.000	Con escudo y lanza (v. 34)
Dan	28.600	«Preparados para dar batalla» (v. 35)
Aser	40.000	«A punto de guerra» (v. 36)
Transjordania	120.000	Rubén, Gad y media Manasés (v. 37)

En total, 339.600 hombres y 1.222 jefes (en el hebreo, vv. 25-38). Las cifras crecen lejos de Hebrón: Judá envía 6.800 hombres; Zabulón, 50.000; las tribus del otro lado del Jordán, 120.000. Benjamín, la tribu de Saúl, es la que menos aporta. Sobre estas cifras, ver el ensayo «¿Seiscientos mil? Las cifras del libro», en Números 1.

PARA PROFUNDIZAR

«Tuyos somos, oh David»: todo Israel con su rey

En 2 Samuel, el camino de David hacia el trono de todo Israel es largo y sangriento: siete años y medio en Hebrón como rey de

Judá, una guerra con la casa de Saúl, los asesinatos de Abner y de Isboset (2 Sam 2 – 4). El Cronista lo omite todo: después de Gelboé, «todo Israel» se reúne en Hebrón (ver nota a 11,1), y el capítulo 12 completa el cuadro con los que fueron llegando a David. No esconde lo que sabe, porque recuerda los siete años de Hebrón (3,4; 29,27); elige lo que quiere mostrar: un reino que nace de la unanimidad del pueblo.

El capítulo avanza en crescendo. Primero los benjaminitas, parientes del mismo Saúl (12,1-7), luego los gaditas del otro lado del Jordán (12,8-15), los de Benjamín y Judá (12,16-18), los de Manasés (12,19-22), hasta que «cada día acudían gentes a David... como un ejército de Dios» (12,22). Al final, el gran censo de Hebrón (12,23-37; ver el cuadro de este capítulo): Leví y los sacerdotes, que no se contaban entre los guerreros, también acuden; Benjamín, todavía apegado a la casa de Saúl, es el contingente menor; y las tribus más lejanas, Zabulón, Aser y las de Transjordania, envían más hombres que nadie. Las cifras, unos trescientos cuarenta mil, son literarias (ver el ensayo «¿Seiscientos mil? Las cifras del libro», en Números 1); su mensaje es que la tierra entera vino a Hebrón.

En el centro está la palabra de Amasai, «movido de Espíritu superior o divino» (12,18; ver nota a 12,18): «Tuyos somos, oh David, y contigo estamos, oh hijo de Isaí; paz, paz a ti». La historia de Israel conocía el grito contrario. Seba, un benjaminita, lo lanzó contra David: «Nada tenemos que hacer con David, ni que esperar cosa alguna del hijo de Isaí» (2 Sam 20,1), y las tribus del norte lo repitieron cuando se separaron de Roboam (1 Re 12,16). El Cronista escribe siglos después de aquel cisma y de la caída de Sama-

ria, para una comunidad pequeña reunida en torno al templo de Jerusalén. Y, sin embargo, insiste en que Israel es un solo pueblo de doce tribus: sus genealogías las recogen todas, y su segundo libro mostrará a gentes del norte que vuelven a Jerusalén para buscar al Señor y celebrar la Pascua (2 Cr 11,13-17; 30,1-12). Su «todo Israel» es una tarea, no una nostalgia.

El reino de David se apoya en dos fundamentos. El primero es la palabra de Dios: lo ungieron «conforme a la palabra del Señor promulgada por ministerio de Samuel» (11,3; 11,10; 12,23), un ejemplo, dice la Comisión Bíblica, de la palabra cuyo cumplimiento se constata (Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, n. 16). El segundo es el consentimiento libre del pueblo, que viene «con un corazón sano y sincero» y «de común acuerdo» (12,38; ver nota a 12,38). La elección de Dios y la adhesión de los hombres no compiten: se encuentran. Y el fruto es la alegría: tres días de banquete con víveres que llegan desde Galilea, «porque reinaba el gozo en Israel» (12,40). Hay incluso una tribu que aporta, en lugar de soldados, discernimiento: los hombres de Isacar «que sabían discernir cada uno de los tiempos» (12,32; ver el recuadro).

El Nuevo Testamento lee esta reunión en torno al Hijo de David. Jesús elige a doce apóstoles que, dice el Catecismo, «representan a las doce tribus de Israel» (n. 765; Mt 19,28; Lc 22,30); muere, según san Juan, «para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Jn 11,52), y ruega al Padre «que todos sean uno» (Jn 17,21). La unidad de la Iglesia es don y tarea: «Cristo da permanentemente a su Iglesia el don de la unidad, pero la Iglesia debe orar y trabajar siempre para mantener, reforzar y perfeccionar

la unidad que Cristo quiere para ella» (Catecismo, n. 820). Las palabras de Amasai pueden ser también las del discípulo que, cuando muchos se van, responde con Pedro: «Señor, ¿a quién iremos?» (Jn 6,68).

PAUSA

1. «Tuyos somos, oh David.» ¿Puedes decirle a Cristo «tuyo soy» sin condiciones?
2. Los de Isacar sabían discernir los tiempos. ¿Qué te está pidiendo Dios en el momento que vives?
3. ¿Sirves a Dios con un corazón entero, o con un corazón dividido entre dos señores?

Para orar. *Señor Jesús, Hijo de David, tuyos somos y contigo estamos: reúne a tu pueblo disperso en un solo corazón.*

13

El arca en un carro nuevo

El primer acto del rey de todo Israel es religioso: traer el arca, olvidada en Cariatiarim «en tiempo de Saúl». David consulta a los jefes y a la asamblea, que aprueba la propuesta (vv. 1-4); convoca a todo Israel, desde Egipto hasta Emat, y sube el arca en un carro nuevo, entre cantos y música (vv. 5-8); pero en la era de Cidón Oza toca el arca y muere, y David, asustado, la deja tres meses en casa de Obededom, que es bendecida (vv. 9-14). El relato es el de 2 Sam 6,1-11, con un comienzo nuevo; la explicación de lo ocurrido llegará en el capítulo 15.

La asamblea decide traer el arca

1 Tuvo después David consejo [1] con los tribunos y
centuriones [2], y con todos los principales, 2 y dijo a toda la
asamblea de Israel: Si os parece bien, y el asunto que voy a
proponer es inspirado del Señor Dios nuestro [3], enviemos
a llamar a todos los demás hermanos nuestros, esparcidos
por todas las regiones de Israel, y a los sacerdotes y levitas
que viven en los ejidos o contornos de las ciudades [4], para
que se reúnan con nosotros, 3 y traslademos a nuestra mo-
rada el arca de nuestro Dios; ya que no lo hemos procura-
do hacer en tiempo de Saúl [5]. 4 A lo que respondió toda la

asamblea [6] que así se ejecutase, porque a todo el pueblo había parecido bien la propuesta.

El carro nuevo

5 Con eso David convocó a todo Israel desde el río Sihor de
Egipto hasta la entrada de Emat [7], para trasladar el arca
de Dios desde Cariatiarim a Jerusalén. 6 Y subió David
acompañado de todo Israel al collado de Cariatiarim, si-
tuado en la tribu de Judá [8], para trasladar de allí el arca
del Señor Dios que está sentado sobre los querubines en
donde se invoca su santo Nombre. 7 Y se llevaron de la casa
de Abinadab, en un carro nuevo, el arca de Dios; y Oza y su
hermano guiaban el carro [9]. 8 Entretanto David y todo Is-
rael expresaban su júbilo delante del arca de Dios, cantan-
do con todo esfuerzo [10], y tañendo cítaras, y salterios, y
panderos, y címbalos o platillos, y trompetas.

La muerte de Oza

9 Mas llegados a la era de Cidón o Nacón [11], extendió Oza
su mano para sostener el arca; porque un buey retozando
la había hecho ladear un poco. 10 Se irritó por esto el Señor
contra Oza, y lo hirió mortalmente por haber tocado, no
siendo sacerdote [12], el arca, y cayó allí muerto delante del
Señor. 11 Y se entristeció David por haber separado el Se-
ñor a Oza, y llamó aquel lugar Separación de Oza [13], nom-
bre que conserva hasta hoy día.

12 Y tuvo entonces como miedo a Dios [14], y dijo: ¿Cómo
puedo yo meter en mi casa el arca de Dios? 13 Y por esta ra-
zón no la condujo a su casa, es a saber, a la ciudad de Da-
vid; sino que la hizo llevar a casa de Obededom de Get [15].
14 Estuvo, pues, el arca de Dios tres meses en casa de
Obededom [16]; y el Señor bendijo dicha casa y todas sus co-
sas.

¿Sabías que?

El Talmud de Babilonia (Berajot 63b-64a) se pregunta en qué consistió la bendición de Obededom. Primero razona: si el arca, que ni comía ni bebía, trajo tanta bendición a quien barría y regaba el suelo delante de ella, ¡cuánto más será bendecido quien hospeda en su casa a un sabio de la Ley y le da de comer y de beber! Después responde con las cifras de 1 Cr 26,4-8: Obededom tuvo ocho hijos «porque bendijo el Señor a Obededom», y su mujer y sus ocho nueras («la suegra y sus ocho nueras», dice el Talmud) dieron a luz seis hijos cada una de un solo parto; ocho más cincuenta y cuatro suman los «sesenta y dos de la casa de Obededom». Es una cuenta de rabinos, pero la enseñanza es seria: la hospitalidad con lo santo se vuelve fecundidad.

PAUSA

1. David lo consultó todo con todos, menos la Ley de Dios. ¿Dónde buscas consejo antes de tomar una decisión importante?
2. Oza quiso ayudar a Dios a su manera. ¿Tratas las cosas de Dios con confianza y, a la vez, con respeto?
3. El arca que David no se atrevió a recibir llenó de bendición otra casa. ¿Está abierta tu casa a la presencia de Dios?

Para orar. *Señor, enséñame a acercarme a ti con alegría y con temor, y haz de mi casa una casa de Obededom.*

14

La casa de David bendecida

Mientras el arca está en casa de Obededom, el Cronista cuenta tres señales de que Dios ha confirmado el reino de David: Hiram de Tiro le construye un palacio (vv. 1-2), le nacen hijos en Jerusalén (vv. 3-7) y derrota dos veces a los filisteos, siempre después de consultar a Dios (vv. 8-16); al final, su fama llega a todas las naciones (v. 17). Es el texto de 2 Sam 5,11-25, trasladado de lugar y con pocos retoques, pero significativos: David quema los ídolos de los vencidos, y el Señor lo hace «formidable a todas las gentes».

El palacio y los hijos de David

1 Asimismo, Hiram, rey de Tiro, envió embajadores a
David [1]; y además maderas de cedro, arquitectos y
carpinteros [2] para que le construyesen un palacio. 2 Y re-
conoció David que el Señor le había confirmado rey de Is-
rael, y que su reino había sido ensalzado para bien de Is-
rael, pueblo suyo [3].

3 Tomó también David por esposas otras mujeres en
Jerusalén [4], de que tuvo hijos e hijas. 4 Estos son los nom-
bres de los hijos que le nacieron en Jerusalén, Samua, y
Sobab, y Natán, y Salomón [5], 5 y Jebahar, y Elisua, y Elifa-

let, [6] y Noga, y Nafeg y Jafia, [7] y Elisama, y Baaliada [6], y Elifalet.

Dos victorias sobre los filisteos

[8] Mas así que oyeron los filisteos que David había sido ungido rey de todo Israel [7], salieron todos en su busca, lo que sabido por David, fue a su encuentro. [9] Los filisteos siguiendo su marcha, extendieron sus tropas por el valle de Rafaín. [10] Entonces consultó David al Señor [8], diciendo: ¿Acometeré yo a los filisteos, y los entregarás tú, oh Señor, en mis manos? Le respondió el Señor: Acomete, que yo los pondré en tus manos. [11] Y habiendo avanzado ellos hasta Baalfarasim, allí los derrotó David, y dijo: Ha disipado Dios por mi mano a los enemigos, como se disipan o se derraman las aguas [9]; y por esto se llamó aquel lugar Baalfarasim. [12] Y los filisteos dejaron allí sus dioses, los cuales David mandó entregar a las llamas [10].

[13] Otra vez hicieron los filisteos una irrupción, y se dispersaron por el valle. [14] Y David consultó de nuevo a Dios; y Dios le dijo [11]: No vayas tras de ellos; retírate, e irás a acometerlos por enfrente de los perales; [15] y cuando oyeres el ruido de uno que anda por la copa de los perales [12], entonces darás la batalla. Porque Dios va marchando delante de ti para desbaratar el campo de los filisteos. [16] Hizo, pues, David lo que Dios le había mandado [13], y fue derrotando las tropas de los filisteos desde Gabaón hasta Gazera.

17 Con lo que se divulgó la fama de David por todas las regiones, y el Señor le hizo formidable a todas las gentes [14].

¿Sabías que?

Las notas de Torres Amat citan a menudo a tres comentaristas. «Mariana» es el jesuita Juan de Mariana (Talavera de la Reina, 1536 – Toledo, 1624), famoso por su Historia general de España y por un tratado sobre el rey que, por defender con muchas cautelas el derecho a matar al tirano, el Parlamento de París mandó quemar en 1610; ya anciano, publicó unos breves escolios a toda la Biblia. «Sá» es el jesuita portugués Manuel de Sá (Vila do Conde, 1530 – Arona, 1596), profesor del Colegio Romano y autor de unas Notationes a toda la Escritura (Amberes, 1598), apreciadas por explicar con brevedad el sentido literal. Y «Martini» es Antonio Martini, arzobispo de Florencia, cuya traducción italiana de la Vulgata con notas, del siglo XVIII, Torres Amat tuvo muy presente (ver nota a 12,4).

PAUSA

1. David preguntaba a Dios antes de cada batalla. ¿Consultas al Señor antes de tus decisiones, o solo cuando ya las has tomado?
2. En la copa de los árboles, David oyó el paso de Dios. ¿En qué decisión de hoy necesitas dejar que Dios vaya delante?
3. David quemó los ídolos en lugar de guardarlos como trofeo. ¿Qué ídolos de tu vida guardas todavía?

Para orar. *Señor, marcha delante de mí, y que no dé un paso sin preguntarte.*

15

Los levitas suben el arca

Tres meses después de la muerte de Oza (13,9-14), David vuelve a intentar el traslado del arca, y esta vez lo hace según lo que manda la Ley. El capítulo tiene tres partes: los preparativos, con la convocatoria de los sacerdotes y de los levitas, que se purifican para llevar el arca sobre sus hombros (vv. 1-15); la institución de los cantores y músicos, con sus tres maestros, Hemán, Asaf y Etán (vv. 16-24); y la procesión hasta la ciudad de David, entre cantos y aclamaciones, bajo la mirada despectiva de Micol (vv. 25-29). Donde 2 Samuel 6 cuenta una fiesta popular, el Cronista describe una liturgia.

Los levitas llevarán el arca

1 Construyó también casa para sí o su familia [1] en la ciudad de David, y edificó para el arca de Dios un lugar propio, y le formó un tabernáculo. 2 Entonces dijo David: No es lícito que el arca de Dios sea llevada por otros que por los de la tribu de Leví [2], escogidos por el Señor para llevarla, y para ser sus ministros perpetuamente. 3 En consecuencia, congregó a todo Israel en Jerusalén [3], para trasladar el arca de Dios al lugar propio que le tenía preparado.

4 Y convocó también a los hijos de Aarón y a los levitas.
5 De los hijos de Caat el principal era Uriel [4], que tenía
consigo ciento veinte hermanos. 6 De los hijos de Merari
era el principal Asaya, y tenía consigo doscientos veinte
hermanos. 7 De los hijos de Gersom era cabeza Joel, y tenía
consigo ciento treinta hermanos. 8 De los hijos de Elisafán
era Semeías el principal, y doscientos sus hermanos. 9 De
los hijos de Hebrón el principal era Eliel, y ochenta los
hermanos que tenía consigo. 10 De los hijos de Oziel era
Aminadab el principal, y tenía consigo ciento doce herma-
nos.

11 Y llamó David en particular a los sacerdotes Sadoc, y
Abiatar [5], y a los levitas Uriel, Asaya, Joel, Semeía, Eliel y
Aminadab, 12 y les dijo: Vosotros que sois los principales de
las familias levíticas, purificaos junto con vuestros
hermanos [6] los demás levitas, y transportad el arca del Se-
ñor Dios de Israel al lugar que le está preparado. 13 No sea
que como antes nos castigó el Señor, porque vosotros no
estabais presentes [7]; acontezca ahora lo mismo, si hace-
mos alguna cosa que no nos es permitida.

14 Se purificaron, pues, los sacerdotes y levitas para trans-
portar el arca del Señor Dios de Israel. 15 Y de este modo los
hijos de Leví llevaron sobre sus hombros con las varas [8] el
arca de Dios, según lo había ordenado Moisés conforme al
mandamiento del Señor.

Cantores, músicos y porteros

16 Mandó también David a los jefes de los levitas que señalasen de entre sus hermanos cantores y tocadores de instrumentos músicos [9], es a saber, de salterios, de liras y de címbalos; a fin de que resonasen hasta el cielo los sonidos de júbilo. 17 Señalaron, pues, de los levitas a Hemam, hijo de Joel [10], y de los hermanos de éste a Asaf, hijo de Baraquías, y de los hijos de Merari, hermanos suyos, a Etán, hijo de Casaya, 18 con sus hermanos. En el segundo orden o coro a Zacarías, a Ben, a Jaziel, a Semiramot, y Jahiel, y Ani; a Eliab, y Banaías, y Maasías, y Matatías, y Elifalú, y Macenías, y Obededom, y Jehiel que eran porteros [11].

19 Los cantores Hemam, Asaf y Etán tocaban los címbalos de bronce; 20 Zacarías, y Oziel, y Semiramot, y Jahiel, y Ani, y Eliab, y Maasías, y Banaías cantaban al son de salterios himnos misteriosos [12]. 21 Matatías, Elifalú, y Macenías, y Obededom, y Jehiel, y Ozaziú cantaban cánticos triunfales [13] con cítaras de ocho cuerdas;

22 Conenías, jefe de los levitas, era el maestro que dirigía el canto [14], por ser muy inteligente. 23 Baraquías y Elcana hacían de porteros o ujieres del arca. 24 Y Sebenías, y Josafat, y Natanael, y Amasaí, y Zacarías, y Banaías, y Eliezer, sacerdotes, tocaban las trompetas o clarines [15] delante del arca de Dios; Obededom y Jehías eran asimismo porteros del arca.

El arca entra en la ciudad de David

25 De este modo David y todos los ancianos de Israel, y los
tribunos fueron a trasladar el arca del Testamento del Se-
ñor de la casa de Obededom a Jerusalén con fiestas y rego-
cijos. 26 Y por haber Dios asistido o mostrádose propicio [16]
con los levitas que llevaban el arca del Testamento del Se-
ñor, fueron inmolados siete toros y siete carneros.

27 Iba David vestido de una ropa talar de biso [17], como
también todos los levitas que llevaban el arca, y los canto-
res, y Conenías, su director; mas David estaba también re-
vestido de un efod de lino. 28 Y todo Israel acompañaba el
arca del Testamento del Señor con voces de júbilo, y al son
de clarines, y trompetas, y timbales [18], y salterios, y cíta-
ras. 29 Así que el arca del Testamento del Señor llegó a la
ciudad de David, Micol, hija de Saúl, asomándose a mirar
desde una ventana, vio al rey David que saltaba y bailaba
delante del arca, y le despreció en su corazón [19].

¿Sabías que?

La Misná, recopilada hacia el año 200, conserva recuerdos de la música del segundo templo. Junto al altar cantaban cada día al menos doce levitas, de pie sobre una tarima; se tocaban de dos a seis arpas, al menos nueve liras y dos trompetas, y un solo címbalo. En doce días de fiesta al año sonaba también la flauta, que debía ser de caña y no de bronce, «porque su sonido es más dulce». Los niños de las familias levíticas podían entrar en el atrio para unirse al canto, no con instrumentos, sino con la voz, «para dar sabor a la melodía» (Arajín 2,3-6).

Los instrumentos de los levitas

Instrumento	Hebreo	Quién lo tocaba y dónde
Salterio o arpa	נֵבֶל nébel	Los levitas del segundo coro (15,16.20; 16,5; 25,1)
Cítara o lira	כִּנּוֹר kinnor	Matatías y los suyos (15,21); Iditún (25,3); David ante Saúl (1 Sam 16,23)
Címbalos	מְצִלְתַּיִם metsiltáyim	De bronce: Hemán, Asaf y Etán (15,19); Asaf ante el arca (16,5)
Trompetas	חֲצֹצְרוֹת jatsotserot	De plata: los sacerdotes (15,24; 16,6; Nm 10,2.8)
Bocina	שׁוֹפָר shofar	Cuerno de carnero: en la procesión (15,28; 2 Sam 6,15)
Pandero	תֹּף tof	En el primer intento (13,8); Miriam (Éx 15,20)
«Himnos misteriosos»	עַל־עֲלָמוֹת 'al-alamot	Término musical (15,20); título del Sal 46
«Cítaras de ocho cuerdas»	עַל־הַשְּׁמִינִית 'al-ha-shemi-nit	Término musical (15,21); títulos de los Sal 6 y 12
«Cánticos triunfales»	לְנַצֵּחַ lenatséaj	«Para dirigir» (15,21); «del director» encabeza 55 salmos

Son los instrumentos «que David había mandado hacer» (23,5; Neh 12,36; Am 6,5). Flavio Josefo describe una lira de diez cuerdas que se tocaba con púa, un arpa de doce sonidos que se pulsaba con los dedos y grandes címbalos de bronce (*Antigüedades judías* VII,12,3). Entre comillas, las traducciones de Torres Amat para términos de sentido incierto (ver notas a 15,20-21).

PARA PROFUNDIZAR

«*Cantores y músicos del Señor*»: los levitas y la música del culto

Cuando David sube por segunda vez el arca, el Cronista cuenta algo que 2 Samuel no dice. Primero, una corrección: nadie sino los levitas debe llevarla, porque la primera vez el Señor abrió brecha entre ellos por no buscarlo «según la norma» (15,2.13). Y en seguida, una institución: David manda a los jefes de los levitas que designen cantores con arpas, liras y címbalos, «a fin de que resonasen hasta el cielo los sonidos de júbilo» (15,16). Aparecen los tres maestros, Hemán, Asaf y Etán, un segundo coro, un director, Conenías, y los sacerdotes con las trompetas (15,17-24). Cuando el arca llega a su tienda, David deja allí a Asaf y a sus hermanos para que alaben al Señor «de continuo» (16,4-7.37), y más tarde los organizará en veinticuatro turnos, como a los sacerdotes (25,1-31). En 2 Samuel la subida del arca es una fiesta con danzas y aclamaciones; en las Crónicas es el nacimiento de la liturgia del templo.

Para el Cronista, el canto no es un adorno, sino un ministerio. Usa para los cantores el verbo del servicio sagrado (sharat, «ministrar»: 6,32; 16,4.37), les fija un horario, mañana y tarde (23,30), y dice que con sus instrumentos «profetizaban» (25,1-3); la Comisión Bíblica lo cuenta entre los modos con que Dios habla en estos libros (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 16). Moisés había dado las leyes del sacrificio; David da las del canto, y los reyes fieles restauran el culto «según el mandato de David» (2 Cr 29,25-30; 35,15; cf. Esd 3,10; Neh 12,24.45-46). La tra-

dición judía siguió esa línea: el Talmud discute si el canto de los levitas era imprescindible para el sacrificio, y funda esa obligación, entre otros textos, en el versículo sobre Conenías (Arajín 11a).

¿Organizó David todo esto tal como se cuenta? Los estudiosos piensan que el Cronista describe con el nombre de David el culto del segundo templo, el de su propio tiempo. Entre los que volvieron de Babilonia, los cantores son solo «hijos de Asaf» (Esd 2,41); en Nehemías aparece también Iditún (Neh 11,17), y en las Crónicas, Hemán y los hijos de Coré (2 Cr 20,19): algunos ven en estas listas las huellas de esa evolución. Pero el Cronista no inventa de la nada. David fue músico (1 Sam 16,23), el profeta Amós lo recordaba como inventor de instrumentos (Am 6,5), y el Salterio lleva su nombre (ver el ensayo del capítulo 23 de 2 Samuel). Al poner el canto bajo su autoridad, el Cronista afirma que la alabanza del templo reconstruido es la misma que la del rey según el corazón de Dios.

La Iglesia ha recibido esta herencia. El Catecismo recuerda que «la composición y el canto de salmos inspirados, con frecuencia acompañados de instrumentos musicales, estaban ya estrechamente ligados a las celebraciones litúrgicas de la Antigua Alianza», y que la Iglesia continúa y desarrolla esa tradición (n. 1156). El concilio Vaticano II habla de la «función ministerial de la música sacra en el servicio divino», que será «tanto más santa cuanto más íntimamente esté unida a la acción litúrgica» (*Sacrosanctum Concilium*, 112). San Agustín conoció la otra cara: temía que le conmoviera más la melodía que las palabras, y aun así se inclinaba a aprobar el canto en la iglesia, para que el deleite del oído

ayudara a los más débiles a elevarse a la piedad (*Confesiones* X, 33,50). Por algo el Catecismo le atribuye el adagio: «El que canta ora dos veces».

El Nuevo Testamento recoge el canto de Israel. Jesús y los apóstoles salieron del Cenáculo «después de cantar el himno» (Mt 26,30), y Pablo exhorta a cantar a Dios «salmos, himnos y cánticos inspirados» (Ef 5,19; Col 3,16). El Apocalipsis describe la liturgia del cielo como la del templo: los ancianos, con cítaras y copas de incienso, cantan un cántico nuevo al Cordero (Ap 5,8-9; 14,2-3; 15,2-3).

La Iglesia lee este capítulo en la misa de la vigilia de la Asunción, el 14 de agosto por la tarde: los levitas llevan el arca sobre sus hombros, los cantores la acompañan y la colocan en la tienda que David le había preparado (15,3-4.15-16; 16,1-2); el evangelio proclama dichosos a los que escuchan la palabra de Dios y la guardan (Lc 11,27-28). El arca, que guardaba las tablas de la Ley, entra entre cantos en su morada; María, que guardó la Palabra en su seno y en su corazón, es llevada a la gloria. Sobre esta lectura mariana del arca, ver el ensayo del capítulo 26 del Éxodo.

PAUSA

1. David no abandonó su proyecto después del fracaso de Oza, pero cambió la manera de hacerlo. ¿Qué has aprendido de tus errores en tu modo de acercarte a Dios?
2. Los levitas cantaban para que «resonasen hasta el cielo los sonidos de júbilo». ¿Cantas en la misa, o solo escuchas cantar a otros?
3. Micol miraba la fiesta desde la ventana, sin entrar en ella. ¿Hay alguna forma de piedad de otros que miras con distancia o con desprecio?

Para orar. *Señor, enséñame a buscarte como tú quieres ser buscado, y a servirte con alegría.*

16

El *canto de David* y los *dos santuarios*

El arca llega por fin a la tienda que David le había preparado en Sion. El capítulo tiene tres partes: la fiesta de la llegada, con sacrificios, bendición y reparto de comida (vv. 1-6), que sigue a 2 Sam 6,17-19; el canto de acción de gracias que David confía a Asaf, hecho con versos de tres salmos (vv. 7-36); y la organización del culto en dos lugares: los cantores ante el arca en Jerusalén y los sacerdotes con el altar en Gabaón (vv. 37-43). Es la primera liturgia de alabanza de Jerusalén, y el Cronista la escribe con los salmos que cantaba su propia comunidad.

El arca en la tienda de David

1 Condujeron, pues, el arca de Dios, y la colocaron en medio del Tabernáculo que le había erigido David [1], y ofrecieron holocaustos y víctimas pacíficas a la presencia de
Dios. 2 Y luego que David hubo acabado de ofrecer los holocaustos y las hostias pacíficas, bendijo al pueblo en el
nombre del Señor; 3 y distribuyó a todos uno por uno, a hombres y mujeres, una torta de pan y una ración de carne de vaca asada, y flor de harina frita en aceite [2].

4 Y señaló entre los levitas los que habían de ejercer el ministerio delante del arca del Señor, y hacer conmemora-

ción de sus obras o maravillas [3], y glorificar y alabar al Señor Dios de Israel. [5] Nombró a Asaf su principal o jefe, y por segundo a Zacarías; seguían después Jahiel, y Semiramot, Jehiel, y Matatías, y Eliab, y Banaías, y Obededom; a Jehiel para los instrumentos de salterios y liras o arpas; y a Asaf para tocar címbalos. [6] Pero Banaías y Jaziel, sacerdotes, tenían la incumbencia de tocar en todos los tiempos señalados las trompetas delante del arca [4] del Testamento del Señor.

El canto de acción de gracias

[7] En aquel día eligió David a Asaf por primer cantor [5], para que cantara las alabanzas al Señor, con sus hermanos, diciendo:

[8] Alabad al Señor, e invocad su nombre; publicad sus obras entre la gente [6]. [9] Cantadle himnos al son de los instrumentos, y anunciad todas sus maravillas. [10] Alabad su santo Nombre; alégrese el corazón de los que buscan al Señor. [11] Id en busca del Señor, y de la fortaleza que de él viene [7]; buscad en todo tiempo estar en su presencia. [12] Traed a la memoria las maravillas que hizo, los prodigios que obró, y las leyes salidas de su boca. [13] Hijos somos de Israel, su siervo; hijos de Jacob su escogido. [14] Él es el Señor nuestro Dios, él es quien juzga y gobierna todo el universo.

15 Acordaos eternamente de su pacto [8], de su promesa
anunciada a todas las generaciones venideras; 16 promesa
o pacto que él estipuló con Abrahán; del juramento que
hizo a Isaac, 17 y que confirmó a Jacob como un estatuto in-
violable, y a Israel como un pacto sempiterno, 18 diciendo:
Yo te daré la tierra de Canaán, la cual será vuestra heren-
cia. 19 Y decía esto, siendo los israelitas pocos en
número [9], pobres y extranjeros en ella. 20 Y mientras an-
daban peregrinando de una nación a otra, y de un reino a
otro reino, 21 no permitió que nadie les ofendiese; antes
por amor de ellos castigó a los reyes. 22 Guardaos bien,
dijo, de tocar a mis ungidos [10]; ni de hacer daño a mis pro-
fetas.

23 Cantad, pues, criaturas todas de la tierra [11], himnos al
Señor, anunciad todos los días la salvación que él nos en-
vía. 24 Publicad su gloria entre las naciones, y sus marav-
illas entre todos los pueblos. 25 Porque grande es el Señor, y
digno de ser infinitamente alabado, es sobre todos los dio-
ses formidable; 26 pues todos los dioses de la gente son
unos simulacros vanos [12]; mas el Señor es el que ha creado
los cielos. 27 Rodeado está por todas partes de gloria y de
grandeza. La fortaleza y el gozo están donde él se
muestre [13].

28 Tributad, oh pueblos, con todas vuestras familias, tribu-
tad al Señor la gloria y el poder. 29 Tributad al Señor la glo-

ria debida a su santo Nombre; presentadle sacrificios, y venid a su presencia [14], y adorad al Señor en su magnífico santuario. [30] Conmuévase delante de él toda la tierra; puesto que él es el que fundó el universo sobre firmes cimientos. [31] Alégrense los cielos, y salte de gozo la tierra; y publíquese entre las naciones: El Señor Dios es el rey [15]. [32] Resuene el mar, y cuanto contiene en sí; alborócense los campos, y cuanto hay en ellos. [33] Entonces será cuando los árboles del desierto [16] entonarán las alabanzas al Señor; porque ha venido a juzgar la tierra.

[34] Glorificad al Señor por su bondad inmensa; porque es eterna su misericordia [17], [35] y decid: Sálvanos, oh Dios, Salvador nuestro; reúnenos, sacándonos de entre las gentes [18], para que demos gloria a tu santo Nombre, y nos regocijemos cantando tus alabanzas. [36] Bendito sea el Señor Dios de Israel para siempre eternamente; y diga todo el pueblo: Amén [19]; y tribute loores al Señor.

Dos santuarios: el arca en Jerusalén, el altar en Gabaón

[37] Dejó, pues, David allí delante del arca del Testamento del Señor a Asaf con sus hermanos, para que de continuo ejerciesen su ministerio [20] delante del arca todos los días, y por sus turnos. [38] También dejó a Obededom con sus hermanos, que eran sesenta y ocho; y puso de porteros a Obededom, hijo de Iditún y a Hosa.

39 Al mismo tiempo destinó al sumo sacerdote Sadoc, y a
los sacerdotes, sus hermanos, al servicio del Tabernáculo
del Señor, que se conservaba en el lugar alto en Gabaón [21].
40 Para que ofreciesen continuamente holocaustos al Se-
ñor mañana y tarde [22], sobre el altar de los holocaustos,
conforme a todo lo dispuesto en la ley del Señor prescrita
a Israel. 41 Después de Sadoc seguían Hemán e Iditún [23], y
los demás escogidos y señalados cada cual por su nombre
para alabar al Señor diciendo: Que es eterna su misericor-
dia. 42 El mismo Hemán e Iditún sonaban las trompetas, y
tocaban los címbalos, o platillos, y todos los instrumentos
músicos, cantando himnos al Señor. A los hijos de Iditún
los destinó para guardar las puertas.

43 Después volvió todo el pueblo cada cual a su casa, y Da-
vid a la suya para bendecirla [24].

¿Sabías que?

En la oración judía de la mañana, entre los «versículos de alabanza» (Pesuké de-zimrá) que preparan las grandes plegarias, se recita cada día el canto de 1 Cr 16,8-36, llamado por su primera palabra Hodu, «Dad gracias». Así, el salmo que el Cronista puso en boca de Asaf ante el arca sigue resonando, más de dos mil años después, en las sinagogas de todo el mundo, y los cristianos rezan los mismos versos en los Salmos 96, 105 y 106.

Los levitas cantores y los Salmos

Cantor	Clan	En las Crónicas y en los Salmos
Hemán	Caat; nieto de Samuel (6,33)	Maestro (15,17.19); «profeta del rey» (25,5). Sal 88
Asaf	Gersón (6,39)	Jefe ante el arca (16,5.7); «el vidente» (2 Cr 29,30). Sal 50; 73 – 83
Etán	Merari (6,44)	Maestro (15,17.19). Sal 89
Iditún	¿El mismo Etán?	En Gabaón (16,41); sus hijos (25,3). Títulos de los Sal 39; 62; 77
Hijos de Coré	Caat, por Isaar (6,37-38)	Porteros (9,19) y cantores (2 Cr 20,19). Sal 42; 44 – 49; 84 – 85; 87 – 88
Conenías	Jefe de los levitas	Dirige el canto, o el transporte (15,22.27)
Obededom	Levita, según el Cronista	Portero y músico (15,18.21; 16,38; 26,4-8)
Los 288	Asaf, Hemán e Iditún	Maestros, en veinticuatro turnos de doce (25,7-31)

Etán y Hemán son también los nombres de dos sabios de Judá, hijos de Zara (2,6; 1 Re 5,11), y los Sal 88 y 89 los llaman «ezraítas», de Zara: la tradición unió a los sabios con los cantores. Entre los que volvieron del destierro, los cantores son «hijos de Asaf», ciento veintiocho (Esd 2,41). Sobre David y los Salmos, ver el ensayo del capítulo 23 de 2 Samuel.

El salmo de 1 Crónicas 16 y el Salterio

1 Cr 16	Salmo	Lo que cambia, según el hebreo
vv. 8-13	105,1-6	«Descendencia de Israel», no «de Abrahán» (v. 13)
vv. 14-18	105,7-11	«Acordaos», no «se acordó» (v. 15)
vv. 19-22	105,12-15	«Cuando erais vosotros pocos», no «eran ellos»
vv. 23-26	96,1-5	Faltan «un cántico nuevo» y «bendecid su nombre»
v. 27	96,6	«Gozo en su lugar», no «esplendor en su santuario»
vv. 28-29	96,7-9a	«Venid ante él», no «entrad en sus atrios»
vv. 30-31	96,9b-11a	Otro orden: «el Señor reina», tras «alégrense los cielos»
vv. 32-33	96,11b-13a	Faltan 96,10c y 13b: el juicio «con rectitud», «con justicia»
v. 34	106,1	El estribillo (107,1; 118,1; 136,1), sin «aleluya»
vv. 35-36	106,47-48	Añade «líbranos»; «y todo el pueblo dijo: Amén»

El canto une el comienzo del Sal 105 (la alianza con los patriarcas), casi todo el Sal 96 (las naciones ante el Señor que reina) y el principio y el final del Sal 106 (la súplica de los dispersos). En la Biblia de Torres Amat son los Sal 104, 95 y 105. La Vulgata, y con ella Torres Amat, borra dos cambios: la tercera persona en 16,19 y «diga todo el pueblo» en 16,36.

PARA PROFUNDIZAR

Un salmo hecho de salmos: el canto de David en 1 Crónicas 16

«En aquel día» David confía a Asaf y a sus hermanos el primer canto de acción de gracias ante el arca (16,7). Lo que sigue no es un poema nuevo: casi palabra por palabra, son versos de tres salmos que conocemos por el Salterio. Los vv. 8-22 reproducen el

comienzo del Sal 105 (vv. 1-15); los vv. 23-33, casi todo el Sal 96; y los vv. 34-36, el primer versículo y los dos últimos del Sal 106 (ver el cuadro «El salmo de 1 Crónicas 16 y el Salterio»). El Cronista compone citando, como quien elige los textos para una celebración, y la tradición judía recordó este canto como la oración de la mañana y de la tarde ante el arca (ver nota a 16,37).

Cada pieza tiene su función. El Sal 105 recuerda la alianza con los patriarcas y la promesa de la tierra. El Cronista cambia muy poco, pero lo suficiente: donde el salmo dice «descendencia de Abrahán», escribe «de Israel» (16,13); donde dice que Dios «se acordó» de su alianza, manda: «Acordaos» (16,15); y donde dice que los patriarcas «eran pocos» y extranjeros, el hebreo de las Crónicas dice «cuando erais vosotros pocos» (16,19). La historia de los patriarcas se convierte en la de quienes cantan. Para los lectores del Cronista, un pueblo pequeño en una provincia del imperio persa, la promesa de la tierra y la protección de Dios frente a los reyes, «no toquéis a mis ungidos» (16,22), eran palabra presente.

El Sal 96 abre el horizonte a las naciones: «Publicad su gloria entre las naciones» (16,24), porque los dioses de los pueblos son «nadas» y solo el Señor hizo los cielos (16,26). También aquí hay retoques: la fuerza y el gozo están «en su lugar», no «en su santuario» (16,27), y se invita a ir «ante él», no «a sus atrios» (16,29), porque en tiempos de David aún no había templo. El orden cambia, de modo que el grito «el Señor reina» sigue al gozo de los cielos y de la tierra (16,31), y el canto termina en «ha venido a juzgar la tierra» (16,33), sin la última línea del salmo. La tradición griega y

latina había puesto al Sal 96 un título significativo: «cuando se edificaba la casa después del cautiverio».

El final es el más revelador. Después del estribillo de los levitas, «porque es eterna su misericordia» (16,34), David pone en boca de todos una súplica: «Sálvanos, oh Dios, Salvador nuestro; reúnenos, sacándonos de entre las gentes» (16,35). En tiempos de David nadie estaba disperso; esa es la oración de la diáspora, la del Sal 106,47, y el Cronista no la borra: deja que se oiga la voz de su comunidad en labios del rey. El canto se cierra con la bendición que en el Salterio concluye el cuarto libro (Sal 106,48), y el hebreo cuenta que «todo el pueblo dijo: Amén», y alabó al Señor (16,36). La liturgia es el lugar donde Israel vuelve a vivir su historia. La Comisión Bíblica llama a las Crónicas «una relectura» del Génesis y de los libros de Samuel y de los Reyes (*El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, 2001, n. 19); este salmo es esa relectura hecha canto, y muestra que la Escritura ya se leía y se rezaba como palabra para hoy.

Los cristianos leyeron estos versos a la luz de Cristo. San Justino acusaba a los judíos de haber suprimido dos palabras del Sal 96,10, «desde el madero», y la tradición latina cantó durante siglos que «Dios reinó desde el madero» (ver nota a 16,31). El estribillo «porque es eterna su misericordia», que resuena en las grandes horas del pueblo de Dios, desde la dedicación del templo hasta la vuelta del destierro (2 Cr 5,13; Esd 3,11), es el que la Iglesia canta el domingo de Pascua con el Sal 118. No se ha encontrado en el Leccionario un uso de este capítulo como salmo responsorial: la Iglesia canta estos versos como Sal 96, 105 y 106. David, el cantor de Israel, enseña así que no hace falta inventar palabras

para alabar a Dios: basta recibir las que él mismo ha inspirado y hacerlas propias.

PAUSA

1. El salmo convierte la historia de los patriarcas en la de quienes cantan: «cuando erais vosotros pocos». ¿Qué página de la historia de la salvación sientes como tuya?
2. Asaf y sus hermanos alababan a Dios «de continuo», mañana y tarde. ¿Tienes un momento fijo para alabar a Dios, y no solo para pedirle?
3. «Reúnenos, sacándonos de entre las gentes»: ¿por quién, lejos de la fe o de su tierra, puedes rezar hoy?

Para orar. *Señor, cuya misericordia es eterna, pon cada día en mis labios tu alabanza.*

17

La promesa de Natán y la oración de David

Es el centro de la historia de David en las Crónicas, y uno de los capítulos que el Cronista copia casi enteros de Samuel (2 Sam 7). David quiere edificar una casa para el arca (vv. 1-2); esa misma noche el Señor le hace saber por medio de Natán que no será él, sino uno de sus hijos, quien la edifique, y que Dios le edificará a él una casa (vv. 3-15); David responde con una oración de asombro y de confianza (vv. 16-27). Las notas comentan solo lo que el Cronista cambia: pequeños retoques que miran a Salomón, al templo y al reino de Dios.

David quiere edificar una casa al Señor

1 Morando ya David en su palacio, dijo al profeta Natán:
He aquí que yo habito en una casa de cedro; mientras el
arca del Testamento del Señor está debajo de una cubierta
de pieles [1]. 2 Respondió Natán a David: Haz todo cuanto te
inspira tu corazón [2]; porque Dios está contigo.

La profecía de Natán

3 Mas aquella misma noche habló Dios a Natán, diciendo:
4 Ve y di a mi siervo David: Esto dice el Señor: No me edifi-
carás tú la casa o el templo [3] para mi habitación. 5 En ver-
dad que yo no he tenido casa fija desde el tiempo en que sa-

qué a Israel de Egipto hasta el día de hoy, sino que he andado siempre mudando el lugar de mi residencia, y alojándome debajo de una tienda [4] [6] como todo Israel, ¿por ventura, hablé yo jamás una palabra a ninguno de los jueces de Israel [5], a quienes encargué el gobierno de mi pueblo, diciéndoles: ¿Por qué no me habéis edificado una casa de cedro?

[7] Dirás, pues, ahora tú a mi siervo David: Mira lo que dice el Señor de los ejércitos: Yo te escogí, cuando tú apacentabas los rebaños [6], para que fueses caudillo del pueblo mío de Israel, [8] y contigo he andado en todas tus marchas y en tu presencia he derrotado a todos tus enemigos, y te he dado fama cual puede tenerla uno de los magnates que son famosos sobre la tierra. [9] He dado también habitación fija a mi pueblo de Israel, en la cual se arraigará y permanecerá, y de donde no será jamás removido, como me obedezca [7]; ni los hijos de la iniquidad lo oprimirán como antes, [10] desde aquel tiempo que di jueces a mi pueblo de Israel, y humillé a todos tus enemigos [8]. Te hago, pues, saber, que el Señor te ha de fundar a ti una casa estable [9].

[11] Y cumplidos que sean tus días, así que hayas ido a reunirte con tus padres, yo alzaré después de ti a uno de tu linaje, a uno de tus hijos [10], y le daré un reino estable. [12] Ese me edificará la casa [11] y yo aseguraré su trono para siempre. [13] Yo le seré padre, y él me será hijo [12]; y no apartaré de él

mi misericordia, como la aparté de Saúl tu antecesor [13].
[14] Y le daré el gobierno de mi casa y de mi reino [14] para
siempre; y su trono será firme eternamente.

[15] Natán expuso a David todas estas palabras y toda esta visión.

La oración de David

[16] Y habiendo entrado dentro el rey David, puesto en presencia del Señor [15], dijo: ¿Quién soy yo, oh Señor Dios, y
qué es mi casa para que hayas hecho por mí tales cosas?
[17] Y aun esto ha parecido poco a tus ojos, que todavía has
hablado sobre la casa de tu siervo, aun para los tiempos venideros, y me has hecho esclarecido sobre todos los
hombres [16], oh Señor Dios mío. [18] ¿Qué más le queda que
desear a David, habiendo tú ensalzado tanto a tu siervo, y
dándole tales muestras de aprobación? [19] Oh Señor, por
amor de tu siervo [17] has obrado según tu beneplácito, con
toda esta magnificencia, y has querido manifestarle todas
tus grandezas.

[20] Señor, no hay semejante a ti; ni hay otro Dios sino tú entre todos los que han llegado a nuestra noticia [18].
[21] Porque, ¿hay otro pueblo como el tuyo de Israel, esta nación única sobre la tierra, a la cual vino Dios para
libertarla [19] y hacerla su pueblo, arrojando con su poder y
a fuerza de prodigios espantosos las naciones todas delan-

te de este pueblo, librado por él de la esclavitud de Egipto?
22 Y estableciste por pueblo tuyo para siempre a tu pueblo
de Israel; y tú Señor, has venido a ser su Dios.

23 Ahora, pues, oh Señor, confirmada para siempre la promesa que has hecho a tu siervo, y en orden a su casa, haz lo
que tienes dicho [20], 24 y llévese a efecto en Israel; a fin de
que sea eternamente ensalzado tu Nombre, y se diga siempre: El Señor de los ejércitos es el Dios de Israel [21], y la
casa de su siervo David permanece estable delante de él.
25 Puesto que tú, Señor Dios mío, revelaste al oído de tu
siervo que quieres fundarle una casa, y por eso tu siervo se
atreve a presentar delante de ti esta súplica [22]. 26 Ahora,
pues, oh Señor, tú eres Dios infalible [23], y tú has prometido a tu siervo tan grandes favores, 27 y has comenzado a
bendecir la casa de tu siervo, a fin de que ella subsista
siempre delante de ti; porque bendiciéndola tú, oh Señor,
será perpetuamente bendita [24].

¿Sabías que?

La promesa de Natán sigue viva en la oración judía. Cada sábado, después de leer en la sinagoga el pasaje de los Profetas, se reza una bendición que pide: «Alégranos, Señor, Dios nuestro, con Elías el profeta, tu siervo, y con el reino de la casa de David, tu ungido…; sobre su trono no se sentará un extraño…, porque le juraste por tu santo nombre que su lámpara no se apagará jamás». Y termina: «Bendito eres, Señor, escudo de David».

«Yo le seré padre»: el rey, hijo de Dios

Texto	A quién se llama hijo	Sentido
Job 1,6; Dt 32,8	Los ángeles	La corte celestial (Dt 32,8, según el griego)
Éx 4,22; Os 11,1	El pueblo: «mi primogénito»	Elegido y sacado de Egipto
Dt 14,1	Los israelitas	«Sois hijos del Señor, vuestro Dios»
2 Sam 7,14	El hijo de David	Adoptado, y corregido «con vara de hombres»
1 Cr 17,13; 22,10; 28,6	El hijo de David: Salomón	Sin la vara: «lo he escogido por hijo mío»
Sal 2,7; 89,27-28	El rey ungido	«Tú eres mi hijo»; «lo haré mi primogénito»
Sab 2,13.18	El justo perseguido	«Si el justo es hijo de Dios, él lo socorrerá»
Mc 1,11; Lc 1,32.35	Jesús	«Mi Hijo amado»; «Hijo del Altísimo»
Heb 1,5	Cristo, sobre los ángeles	Une el Sal 2,7 y la promesa de Natán
2 Cor 6,18	Los creyentes	«Seréis para mí hijos e hijas»

«Cuando el Rey-Mesías prometido es llamado "hijo de Dios" (cf. 1 Cro 17,13; Sal 2,7), no implica necesariamente, según el sentido literal de esos textos, que sea más que humano» (Catecismo, n. 441). Pedro, en cambio, confiesa a Jesús como «el Hijo de Dios vivo» por revelación del Padre (Mt 16,16-17; Catecismo, n. 442).

PARA PROFUNDIZAR

«En mi casa y en mi reino»: la promesa a David leída después del destierro

El oráculo de Natán tiene en esta edición dos ensayos, al final del capítulo 7 de 2 Samuel: «Una casa para David» presenta la promesa y la oración del rey, y «El Hijo de David» sigue su camino hasta Jesús. Aquí basta mirar lo que hace el Cronista. Copia el capítulo casi entero, en el mismo orden y muchas veces con las mismas palabras, pero lo retoca en una docena de lugares, y esos retoques, leídos juntos, muestran cómo entendía la promesa una comunidad que ya no tenía rey.

Los primeros cambios miran a Salomón. El Cronista omite que el Señor había dado a David «descanso de todos sus enemigos» (2 Sam 7,1) y, en lugar de «te daré descanso», escribe «humillé a todos tus enemigos» (17,10): David es el rey de las guerras, y el descanso queda para su hijo, el «hombre de reposo» (22,9). La negativa de Dios es más clara: no una pregunta, «¿Tú me vas a edificar una casa?» (2 Sam 7,5), sino una afirmación: «No me edificarás tú la casa» (17,4). Y el heredero ya no es un descendiente «que saldrá de tus entrañas», sino «uno de tus hijos» (17,11): alguien que ya vive, Salomón, a quien David presentará como el hijo escogido (22,9-10; 28,5-6).

Otros cambios dibujan un Salomón sin sombra. Falta la advertencia «si obra mal, lo castigaré con vara de hombres» (2 Sam 7,14): en las Crónicas, Salomón no cae en la idolatría, y su reinado es el del templo. Desaparece también el nombre de Saúl (17,13). Y el cambio más importante está en el v. 14: donde Samuel dice

«tu casa y tu reino serán estables», el Cronista escribe «lo estableceré en mi casa y en mi reino». El reino no es propiedad de la dinastía, sino del Señor, y el hijo de David se sentará «sobre el trono del Señor» (29,23; cf. 28,5; 2 Cr 9,8; 13,8). Eso no hace a los reyes buenos por definición: David advertirá a Salomón que su reino será firme «si perseverare» en los mandamientos, y que si abandona al Señor será desechado (28,7-9).

¿Qué esperaba el Cronista? Cuando escribía, hacía siglos que la casa de David no reinaba; su descendencia seguía viva (3,17-24), pero el poder estaba en manos de los gobernadores persas y de los sacerdotes. Los estudiosos lo discuten. Unos piensan que mantenía la esperanza de un nuevo rey de la casa de David, porque insiste en el «para siempre» de la promesa; otros, que la veía cumplida sobre todo en el templo construido por el hijo de David, centro de la vida del pueblo. Es posible que las dos cosas convivieran (ver el ensayo del capítulo 3).

La oración de David (17,16-27) sigue a la de Samuel con pocos cambios, y es un modelo de oración. Empieza con el asombro: «¿Quién soy yo, oh Señor Dios?» (17,16). Confiesa que no hay Dios como el de Israel, que rescató a un pueblo para sí (17,20-22; Dt 4,7.34). Y pide lo que Dios ya ha prometido: «haz lo que tienes dicho» (17,23). El Catecismo ve en esa oración la «adhesión fiel a la promesa divina» (n. 2579). David se llama «tu siervo» diez veces, como en Samuel; pero hay un matiz propio del Cronista: la oración termina con una certeza en lugar de un deseo: «porque tú, Señor, la has bendecido, y es bendita para siempre» (17,27).

Los cristianos reconocen el cumplimiento en Jesús. El ángel promete a María que Dios dará a su hijo «el trono de David, su padre», y que «reinará sobre la casa de Jacob para siempre» (Lc 1,32-33); Pedro proclama que David, como profeta, sabía que Dios le había jurado sentar en su trono a un descendiente suyo (Hch 2,30); la carta a los Hebreos aplica a Cristo el «Yo le seré padre, y él me será hijo» (Heb 1,5) y lo presenta como el Hijo que está al frente de la casa de Dios, una casa «que somos nosotros» (Heb 3,6). El Catecismo cita precisamente 1 Cr 17,13 al explicar el título «hijo de Dios» (n. 441), y Torres Amat lo resumía en su nota a 17,12: estas palabras se entienden de aquel Rey, hijo de David según la carne, «a quien se refieren todas las Sagradas Escrituras». La promesa «en mi casa y en mi reino» encuentra así su sentido pleno: el Hijo de David reina en el reino de su Padre, y los que creen en él son su casa.

PAUSA

1. El reino es de Dios, y el rey solo lo administra (17,14). ¿Qué te ha confiado Dios para que lo administres en su nombre?
2. David se llama «tu siervo» diez veces en su oración. ¿Te presentas ante Dios como siervo o como dueño?
3. David terminó su oración seguro de la bendición de Dios. ¿Qué inquietud tuya puede convertirse hoy en confianza?

Para orar. *Señor, tú eres Dios y tu palabra es firme: bendice mi casa, y será bendita para siempre.*

18

Las victorias de David

Con este capítulo empiezan las guerras de David (18 – 20), que el Cronista copia de 2 Samuel casi palabra por palabra, pero con otro sentido: puestas justo después de la promesa de Natán, son su cumplimiento, «humillé a todos tus enemigos» (17,10). Tiene dos partes: las victorias sobre filisteos, moabitas, arameos de Sobá y de Damasco y edomitas, con los regalos del rey de Hemat y el estribillo «le asistió el Señor» (vv. 1-13), y el gobierno justo de David con la lista de sus ministros (vv. 14-17). Un detalle añadido revela la intención del Cronista: el bronce del botín servirá para el templo (v. 8).

Victorias en todas direcciones

1 Pasadas estas cosas [1], David derrotó a los filisteos, y los humilló [2], y recobró del poder de ellos a Get y sus aldeas [3]. 2 Derrotó también a los moabitas [4], y quedaron sujetos a David, al cual pagaban tributo.

3 Por este mismo tiempo venció también David a Adarecer, rey de Soba, en el país de Hemat [5], cuando éste salió a campaña para extender su imperio hasta el río Eufrates. 4 En consecuencia David le cogió mil carros de guerra de a cuatro caballos [6], y siete mil soldados de caballería, y veinte mil de infantería, y desjarretó todos los caballos de

los carros, a excepción de cien tiros de cuatro caballos, que reservó para sí. 5 Y habiendo sobrevenido los siros de Damasco para socorrer a Adarecer, rey de Soba, les mató David veintidós mil hombres. 6 Y puso guarnición en Damasco para que también la Siria le estuviese sujeta y le pagase tributo. En todas sus empresas le asistió el Señor con su auxilio [7]. 7 Fuera de esto cogió David las aljabas de oro que habían sido de los siervos u oficiales de Adarecer, y las trajo a Jerusalén; 8 y también grandísima cantidad de bronce de Tebat y de Cun, ciudades de Adarecer, de cuyo metal hizo Salomón el mar o gran concha de bronce [8], y las columnas y demás utensilios de bronce.

9 Habiendo, pues, oído Tou, rey de Hemat, cómo David había deshecho todo el ejército de Adarecer, rey de Soba, 10 envió a Adoram, su hijo, al rey David para pedirle la paz [9], y congratularse con él por haber vencido y subyugado a Adarecer; porque era Tou enemigo de Adarecer.

11 Consagró también el rey David al Señor [10] todos los vasos de oro, y de plata, y de bronce, con la plata y el oro que había recogido de todas las gentes, así de Idumea, y de Moab, y de los amonitas, como de los filisteos y de los amalecitas. 12 Por otra parte Abisaí, hijo de Sarvia, derrotó en el valle de las Salinas a dieciocho mil idumeos [11]. 13 Y puso guarnición en la Idumea, a fin de que estuviese sujeta a

David [12]; y salvó el Señor a David en todas las expediciones que emprendió.

La justicia del rey y su corte

[14] Reinó, pues, David sobre todo Israel; y juzgaba con rectitud, y administraba justicia a todo su pueblo [13]. [15] Joab, hijo de Sarvia, era el general de los ejércitos; y Josafat, hijo de Ahilud, era canciller; [16] Sadoc, hijo de Aquitob, y Aquimelec, hijo de Abiatar, eran sumos sacerdotes [14], y Susa, secretario. [17] Banaías, hijo de Joíada, era comandante de las legiones de los cereteos y feleteos. Pero los hijos de David eran los principales en el servicio del rey [15].

¿Sabías que?

En 1812, el explorador suizo Johann Ludwig Burckhardt vio en Hama, la antigua Hemat del rey Tou, un bloque de piedra cubierto de signos que nadie sabía leer. Casi sesenta años después aparecieron allí otras piedras semejantes, y en 1872 el misionero William Wright consiguió que se llevaran al museo de Constantinopla. Se habló durante años de una misteriosa «escritura hamatita», hasta que se reconoció en ella la escritura jeroglífica de los hititas y de sus herederos de Siria; la lengua es el luvita. Son inscripciones de un rey de Hemat del siglo IX a. C., que muchos identifican con el Irhuleni que combatió contra los asirios en Qarqar (853 a. C.).

PAUSA

1. «En todas sus empresas le asistió el Señor». ¿Reconoces su ayuda en tus logros, o solo te acuerdas de él en los fracasos?
2. David consagró al Señor el botín de sus guerras. ¿Qué parte de lo que has ganado con esfuerzo podrías poner al servicio de Dios y de los demás?

Para orar. *Señor, que todo lo que gane y todo lo que tenga termine siendo ofrenda para tu casa.*

19

La afrenta de Hanón

El Cronista copia aquí 2 Sam 10 casi sin cambios. El pésame de David al nuevo rey de Amón termina en guerra (vv. 1-5); los amonitas compran la ayuda de los arameos, y Joab, atrapado entre dos ejércitos, los vence con su hermano Abisaí (vv. 6-15); los arameos vuelven con refuerzos del otro lado del Éufrates, y David los derrota (vv. 16-19). En Samuel, esta guerra enmarca el pecado con Betsabé; aquí es una victoria más, que deja a Amón sin aliados. En el centro, una palabra de Joab: «Ten buen ánimo… y el Señor haga lo que más sea de su agrado» (v. 13).

La afrenta a los embajadores

1 Sucedió que murió Naas, rey de los amonitas, en cuyo lugar reinó su hijo. 2 Y dijo David: Mostraré mi compasión o
sentimiento a Hanón [1], hijo de Naas, pues recibí favores
de su padre. En consecuencia envió David embajadores
para consolarle en la muerte de su padre. Luego que éstos
llegaron al país de los amonitas con el fin de consolar a Ha-
nón, 3 dijeron a Hanón los príncipes de los amonitas: Tú
quizás piensas que David por honrar la memoria de tu pa-
dre ha enviado a consolarte [2]; y no echas de ver que estos
criados suyos han venido a explorar, y examinar y escudri-
ñar el estado de tu país. 4 Oído esto, hizo Hanón raer la ca-

beza y la barba de los enviados de David [3], y que les cortasen las túnicas desde medio cuerpo abajo, y así los despachó. [5] Los cuales habiéndose retirado y dado parte a David del suceso, envió éste quien les saliese al encuentro [4] (atenta la gran afrenta que habían recibido), y les ordenó que se detuviesen en Jericó, y no volviesen hasta que les hubiese crecido la barba.

Joab y Abisaí contra amonitas y arameos

[6] Pero considerando los amonitas, así Hanón como todo el pueblo, la injuria que habían hecho a David, enviaron mil talentos de plata [5] para tomar a sueldo tropas de las que iban en carros de guerra, y gente de a caballo de la Mesopotamia, y de la Siria de Maaca, y de Soba. [7] En efecto, condujeron a su sueldo treinta y dos mil hombres en carros armados [6], y al rey de Maaca con su gente. Y reunidos que fueron éstos, se acamparon frente de Medaba [7]. Al mismo tiempo los amonitas congregados de sus ciudades salieron a campaña. [8] Sabido todo esto por David, despachó a Joab con todas sus mejores tropas; [9] y haciendo movimiento los amonitas se formaron en batalla junto a la puerta de la ciudad, mientras que los reyes venidos a su socorro hicieron alto separadamente en la campiña.

[10] Joab, pues, conociendo que querían atacarlo de frente y por la espalda, escogió los más valientes de todo Israel, y se dirigió contra los siros. [11] Y dio el mando de las demás

tropas a su hermano Abisaí, las cuales marcharon contra los amonitas, 12 y dijo: Si los siros prevalecieren contra mí, tú vendrás a socorrerme; pero si los amonitas te llevaren a ti de vencida, yo acudiré a tu socorro. 13 Ten buen ánimo, y peleemos valerosamente [8] por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios; y el Señor haga lo que más sea de su agrado.

14 Marchó, pues, Joab y la gente que con él estaba al combate contra los siros, y los puso en huida. 15 Viendo los amonitas que los siros habían huido, huyeron ellos también de Abisaí, hermano de Joab, y se metieron en la ciudad. Y volvió también Joab a Jerusalén.

La derrota de los arameos

16 Mas viéndose los siros vencidos por Israel, despacharon mensajeros e hicieron venir a los siros que habitaban a la otra parte del río Eufrates [9]; y Sofac, general de las tropas de Adarecer, era su comandante. 17 Luego que David lo supo, juntó a todo Israel, y pasó el Jordán, y los cargó de frente con su ejército formado en batalla [10], sosteniendo ellos por su parte este choque con valor. 18 En fin, volvieron los siros las espaldas a Israel, y mató David a siete mil hombres de los que iban montados en carros, y cuarenta mil de a pie [11], y a Sofac, general de este ejército. 19 Entonces los vasallos de Adarecer, viéndose vencidos por Israel, se pasaron a David, y se sujetaron a su

imperio [12]. Con esto la Siria nunca más quiso dar socorro a los amonitas.

¿Sabías que?

El talento, en hebreo kikkar, «disco», era la mayor unidad de peso: tres mil siclos, según la cuenta de Éx 38,25-26, es decir, unos treinta y cuatro kilos, aunque el valor exacto variaba. Los mil talentos de plata de 19,6 serían, pues, más de treinta toneladas. En tiempos de Jesús el talento griego equivalía a seis mil denarios, el salario de unos veinte años de trabajo de un jornalero, y por eso la deuda de «diez mil talentos» de la parábola es impagable (Mt 18,24). De la parábola de los talentos (Mt 25,14-30) viene el sentido que la palabra tiene en español: una capacidad recibida que hay que hacer fructificar.

PAUSA

1. David cuidó la honra de sus embajadores humillados. ¿Cómo proteges tú la dignidad de quien ha quedado en ridículo?
2. Joab y Abisaí se prometieron socorrerse el uno al otro (19,12). ¿A quién puedes decirle hoy: «si te ves en apuros, yo acudiré»?

Para orar. *Señor, líbrame de los juicios temerarios y dame un corazón que piense bien de los demás.*

20

La toma de Rabbá y los gigantes de Get

El capítulo une tres fragmentos de 2 Samuel: el comienzo de la campaña contra Rabbá (v. 1 = 2 Sam 11,1), su conquista (vv. 2-3 = 2 Sam 12,30-31) y las victorias sobre tres gigantes filisteos (vv. 4-8 = 2 Sam 21,18-22). Entre el primer versículo y el segundo, Samuel cuenta el adulterio con Betsabé, la muerte de Urías y la parábola de Natán; el Cronista copia «David se quedó en Jerusalén» y sigue adelante. El v. 4 cierra el ciclo de las guerras con el verbo de la promesa: los enemigos «quedaron abatidos» (17,10). En medio, una página dura: el castigo de los amonitas (v. 3).

La toma de Rabbá

1 Al cabo de un año, en la estación en que suelen los reyes
salir a campaña [1], juntó Joab el ejército y la flor de las tro-
pas, y taló el país de los amonitas, y avanzando puso sitio a
Rabba. David se quedó en Jerusalén [2], cuando batió Joab
a Rabba, y la destruyó. 2 Mas David tomó la corona de Mel-
com de encima de su cabeza [3], y halló en ella el peso de un
talento de oro y piedras preciosísimas, de que se hizo para
sí una diadema [4], cogiendo además muchísimos despojos
de la ciudad. 3 A cuyos habitantes los hizo salir fuera, e
hizo pasar por encima de ellos trillos y rastras, y carros ar-

mados de cortantes cuchillos [5], de manera que quedaban hechos piezas y añicos; otro tanto hizo David con todas las ciudades de los amonitas; y, concluido esto, volvió con todo su ejército a Jerusalén.

Los gigantes filisteos

[4] Comenzó después la guerra contra los filisteos en Gazer [6]; durante la cual Sobocai de Husati mató a Safai del linaje gigantesco de Rafaim; con lo que los dejó abatidos [7]. [5] Otra guerra hubo también contra los filisteos, en la cual Adeodato, hijo de Salto, natural de Betlehem [8], mató a un hermano de Goliat de Get [9], que traía una lanza, cuyo astil era como un rodillo de tejedores.

[6] Hubo además otra guerra en Get, donde se halló un hombre de grandísima estatura, con seis dedos en pies y manos, esto es, veinticuatro dedos en todo; el cual descendía también de la raza gigantesca de Rafa [10]. [7] Insultaba éste a Israel [11]; pero lo mató Jonatán, hijo de Samaa, hermano de David. [8] Estos son los hijos de Rafa, o gigantes de Get [12], que murieron a manos de David y de sus tropas.

¿Sabías que?

El Talmud se pregunta cómo pudo David llevar en la cabeza una corona que pesaba un talento de oro (20,2), y da varias respuestas (Avodá Zará 44a): que no se apoyaba en la cabeza, sino que estaba hecha a su medida; que una piedra imán la sostenía en el aire sobre él; o que lo que valía un talento era una piedra preciosa engastada en ella. Y como era la corona de un ídolo, añade que Itai de Get, un extranjero, había anulado antes su carácter idolátrico. El comentario a las Crónicas atribuido a Rashi cuenta que en Narbona le dijeron que en tierras de los ismaelitas se colgaba la corona sobre el trono, de modo que parecía puesta en la cabeza del rey.

PAUSA

1. El Cronista calló el pecado de David, pero no lo negó. ¿Hay algo en tu historia que prefieres olvidar en lugar de llevarlo a la misericordia de Dios?
2. Los gigantes cayeron «a manos de David y de sus tropas». ¿Qué victorias tuyas se deben en realidad a otros?

Para orar. *Señor, que no me quede en casa cuando me llamas a la lucha, y que ninguna victoria me aparte de ti.*

21

El censo, la peste y el altar de Ornán

Es el único pecado de David que cuentan las Crónicas, y lo cuentan porque termina en el lugar del templo. El relato sigue a 2 Sam 24 con cambios importantes, empezando por el primero: quien incita a David ya no es el Señor, sino Satanás (v. 1). Tiene tres partes: el censo, contra la objeción de Joab (vv. 1-6); el castigo, con la confesión de David, la elección entre tres plagas y el ángel con la espada desenvainada sobre Jerusalén (vv. 7-17); y el altar en la era de Ornán, que Dios acepta con fuego del cielo (vv. 18-30). El capítulo continúa en 22,1: «Aquí está la casa de Dios».

Satanás y el censo

1 Pero se levantó Satanás contra Israel [1], e instigó a David a
que hiciese el censo de Israel. 2 Por lo que dijo David a Joab
y a los príncipes del pueblo: Id y contad a Israel desde Ber-
sabee hasta Dan [2], y traedme la suma; que quiero saberla.
3 A lo que respondió Joab: Aumente el Señor su pueblo
cien veces más de lo que es [3]. Pero, ¿no es así, oh mi rey y
señor, que todos son siervos tuyos? ¿A qué fin pretende mi
señor hacer una cosa, que será perniciosa y acarreará el
castigo a Israel?

4 Sin embargo, prevaleció el parecer o antojo del rey [4]; y
Joab hubo de salir, y anduvo girando por todo Israel, y
volvió después a Jerusalén, 5 y entregó a David la lista de
los lugares que había recorrido; y se halló ser toda la suma
de Israel un millón cien mil hombres de armas tomar [5], y
de la tribu de Judá cuatrocientos setenta mil; 6 si bien Joab
no hizo el censo de las tribus de Leví y de Benjamín [6]; por
cuanto ejecutaba de mala gana la orden del rey.

La peste y el ángel

7 En efecto, desagradó a Dios lo mandado, y por ello casti-
gó a Israel [7]. 8 Y dijo David a Dios: He pecado gravísima-
mente en hacer esto [8]; perdona, oh Señor, la iniquidad de
tu siervo, porque he procedido neciamente.

9 Habló después el Señor a Gad, profeta de David [9], dicien-
do: 10 Anda, ve a David, y dile: Esto dice el Señor: Tres co-
sas te doy a escoger; escoge una, la que quisieres recibir de
mí. 11 Viniendo, pues, Gad a David, le dijo: Esto dice el Se-
ñor: Escoge lo que quieras, 12 o hambre por tres años; o an-
dar huyendo de tus enemigos por tres meses, sin poder li-
brarte de su espada; o que por tres días descargue sus gol-
pes la espada del Señor, cundiendo la peste por el país, y
haciendo estragos el ángel del Señor en todos los términos
de Israel [10]. Ahora bien, mira tú qué es lo que he de res-
ponder al que me ha enviado. 13 Respondió David a Gad:
Por todas partes me hallo lleno de angustias; pero al fin,

más cuenta me tiene el caer en manos del Señor, conociendo su gran misericordia [11], que no en manos de los hombres.

[14] Envió, pues, el Señor la peste a Israel; y murieron de Israel setenta mil hombres [12]. [15] Asimismo envió su ángel a Jerusalén para que la castigase; pero cuando se hallaba en la mayor desolación, echó el Señor sobre ella una mirada, y tuvo compasión de tanto estrago [13], y comunicó al ángel exterminador esta orden: Basta, retira ya tu mano. Estaba a la sazón el ángel del Señor sobre la era de Ornán, jebuseo.

[16] Y alzando David los ojos vio al ángel del Señor, que estaba en el aire [14], con una espada desenvainada en su mano, vuelta contra Jerusalén; y a su vista, tanto él como los ancianos, vestidos de cilicios, se postraron rostro por tierra. [17] Y dijo David a Dios: ¿Por ventura no soy yo quien mandó hacer el censo del pueblo? Yo soy el que he pecado; yo el que he cometido la maldad. Esta grey, ¿qué culpa tiene? [15] Señor Dios mío, descarga, te suplico, tu mano contra mí y contra la casa de mi padre; mas no sea castigado tu pueblo.

El altar en la era de Ornán

[18] Y al punto el ángel del Señor mandó a Gad que dijese a David [16], que subiese a erigir un altar al Señor Dios en la era de Ornán, jebuseo. [19] Subió, pues, David, según el man-

dato que le había dado Gad en nombre del Señor.
20 Entretanto Ornán y cuatro hijos suyos, que con él estaban, habiendo alzado los ojos y visto al ángel, fueron a esconderse; estaban a la sazón trillando el trigo en la era [17].
21 Pues como David viniese hacia Ornán, lo alcanzó a ver éste desde la era, y le salió al encuentro, e inclinándose hasta el suelo, le hizo una profunda reverencia.

22 Le dijo David: Dame el sitio de tu era, recibiendo su valor en dinero contante [18], para edificar en ella un altar al Señor, a fin de que cese el azote del pueblo. 23 Respondió Ornán a David: Tómela, y haga de ella el rey, mi señor, lo que bien le pareciere. Y aun doy los bueyes para el holocausto, y los trillos para hacer el fuego, y el trigo para el sacrificio [19]. Todo lo daré con gusto. 24 Le replicó el rey David: No ha de ser así, sino que te pagaré en dinero todo su valor; porque no debo yo quitártelo a ti, y ofrecer así al Señor holocaustos que no me cuesten nada. 25 Dio, pues, David a Ornán, en pago del sitio, seiscientos siclos de oro de peso muy cabal [20].

26 Con eso edificó allí un altar al Señor, y ofreció holocaustos y víctimas pacíficas, invocando al Señor; el cual le oyó, enviando fuego del cielo sobre el altar de holocausto [21].
27 Y dando el Señor orden al ángel, envainó éste su espada [22].

[28] Inmediatamente David viendo que el Señor había oído
su oración en la era de Ornán, jebuseo, ofreció allí sacrifi-
cios. [29] Verdad es que a la sazón el Tabernáculo del Señor,
construido por Moisés en el desierto, y el altar de los holo-
caustos estaban en la altura de Gabaón [23]. [30] Mas David no
tuvo aliento para ir entonces a aquel altar a orar allí a
Dios, porque había quedado muy aterrado de espanto [24],
al ver la espada del ángel del Señor.

¿Sabías que?

En el año 590, mientras la peste asolaba Roma, el futuro papa san Gregorio Magno convocó a la ciudad a una gran procesión de súplica que salió a la vez de siete puntos de la ciudad. Una leyenda posterior cuenta que, al pasar junto al mausoleo del emperador Adriano, se vio en lo alto al arcángel san Miguel envainando su espada, señal de que la peste había terminado, como el ángel de 21,27. Por eso aquel mausoleo se llama Castel Sant'Angelo, el castillo del Santo Ángel, y en su cima se alza todavía una estatua del ángel que guarda la espada en la vaina.

El satán en el Antiguo Testamento

Texto	Quién es el «satán»	Sentido
Nm 22,22.32	El ángel del Señor	Se opone a Balaán «como adversario»
1 Sam 29,4	David, para los filisteos	Posible enemigo en la batalla
2 Sam 19,23	Los hijos de Sarvia	Adversarios de David
1 Re 11,14.23.25	Hadad, Razón	Enemigos suscitados contra Salomón
Sal 109,6	Un acusador	A la derecha del reo, en el juicio
Job 1,6 – 2,7	הַשָּׂטָן ha-satán	Fiscal de la corte celestial; prueba a Job con permiso de Dios
Zac 3,1-2	הַשָּׂטָן ha-satán	Acusa al sumo sacerdote; el Señor lo reprende
1 Cr 21,1	שָׂטָן satán, sin artículo	Se levanta contra Israel e incita a David
Sab 2,24	El diablo	Por su envidia entró la muerte en el mundo
Mt 4,1-11	El diablo, Satanás	Tienta a Jesús y es despedido
Lc 10,18; Jn 12,31	Satanás, «príncipe de este mundo»	Cae del cielo; es echado fuera
Ap 12,9-10	La serpiente antigua	«El acusador de nuestros hermanos», derribado

Satán, «adversario» o «acusador», designa al principio una función, no un ser. El griego lo tradujo diábolos, «calumniador»: el que «se atraviesa» en el designio de Dios (Catecismo, n. 2851), cuyo poder «no es infinito» (n. 395).

PARA PROFUNDIZAR

«Se levantó Satanás»: del Dios que incita al adversario que tienta

El mismo episodio se cuenta dos veces en la Biblia, y la primera frase cambia. En el segundo libro de Samuel, «se encendió de nuevo el furor del Señor contra Israel, e incitó a David» a contar al pueblo (2 Sam 24,1). En las Crónicas, escritas siglos después, «se levantó Satanás contra Israel, e instigó a David» (21,1). El verbo es el mismo; el sujeto, otro. Sobre el censo y la era, ver el ensayo «El censo y la era de Areúna: el lugar del templo» (2 Sam 24); aquí la pregunta es otra: ¿quién es este Satanás, y por qué aparece precisamente aquí?

En hebreo, satán es un nombre común: «adversario», el que se opone o acusa. Puede ser un hombre: los jefes filisteos temen que David se vuelva su adversario en la batalla (1 Sam 29,4), y David llama así a los hijos de Sarvia (2 Sam 19,23). Puede ser un enemigo político: Salomón se alegra de no tener ninguno (1 Re 5,18), y Dios le suscitará después a Hadad y a Razón (1 Re 11,14.23.25). Puede ser el acusador en un juicio (Sal 109,6), y hasta el ángel del Señor, que se pone en el camino de Balaán «como adversario» (Nm 22,22). La palabra designa una función antes que un personaje (ver el cuadro al final del capítulo).

Con artículo, «el satán», aparece en dos textos, probablemente de la época persa, como miembro de la corte celestial: el fiscal que pone en duda la piedad de Job, «¿acaso teme Job a Dios de balde?» (Job 1,9), y que lo hiere con permiso de Dios; y el acusador del sumo sacerdote Josué, a quien el Señor reprende (Zac 3,1-2).

En las Crónicas la palabra va sin artículo. Muchos piensan que aquí es ya un nombre propio, Satán; otros prefieren entender «un adversario», sin precisar más. La traducción griega escribió diábolos, «calumniador», de donde viene «diablo».

¿Por qué el cambio? El Cronista no niega la soberanía de Dios: en su relato es Dios quien desaprueba el censo, castiga, se arrepiente del mal y manda envainar la espada (21,7.14-15.27). Pero no quiere decir que Dios empuje al pecado, y la carta de Santiago lo dirá sin rodeos: nadie diga que Dios lo tienta, porque cada uno es tentado por su propia concupiscencia (Sant 1,13-14). La Iglesia enseña que Dios «no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral», aunque lo permite y sabe sacar de él el bien (Catecismo, n. 311), y que el poder de Satán «no es infinito»: su acción «es permitida por la divina providencia» (n. 395). Tampoco el tentador excusa al tentado: David no dice «Satanás me engañó», sino «He pecado gravísimamente» (21,8). El Talmud lo resume a su manera: Satán, el instinto del mal y el ángel de la muerte son uno solo, que primero seduce y después acusa (Baba Batra 16a).

El Nuevo Testamento recoge todos estos hilos. El diablo, por cuya envidia «entró la muerte en el mundo» (Sab 2,24), tienta a Jesús en el desierto y es despedido: «Vete, Satanás» (Mt 4,10). Jesús lo ve «caer del cielo como un rayo» (Lc 10,18) y anuncia que «el príncipe de este mundo será echado fuera» (Jn 12,31). El Apocalipsis ve precipitado a «el acusador de nuestros hermanos» (Ap 12,10): el fiscal de Job y de Zacarías ha perdido su puesto en el tribunal, porque el Cordero ha vencido.

El cristiano reza cada día con estas dos frases en la memoria: «no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal». El Catecismo explica que no pedimos a Dios que no nos tiente, porque «Dios ni es tentado por el mal ni tienta a nadie», sino que no nos deje sucumbir (n. 2846), y que «el mal» de la última petición «designa una persona, Satanás, el Maligno» (n. 2851). Y la historia de David enseña qué hacer después de caer: confesar sin excusas (21,8), preferir la misericordia de Dios a cualquier otra salida (21,13), interceder por los demás como un pastor (21,17) y volver al altar. El comentario a las Crónicas atribuido a Rashi observa que este capítulo, poco honroso para David, se escribió porque termina con un altar y con la respuesta del cielo. Donde había empezado la tentación, Dios puso el lugar de su casa.

PAUSA

1. David confesó «He pecado» sin echar la culpa a nadie, ni siquiera al tentador. ¿Qué te cuesta reconocer ante Dios sin excusas?
2. «Más cuenta me tiene el caer en manos del Señor». ¿Te fías de la misericordia de Dios también cuando te corrige?
3. David pidió que el castigo cayera sobre él y no sobre su pueblo. ¿Por quién te pones tú delante?

Para orar. *Señor, no me dejes caer en la tentación y líbrame del Maligno; y si caigo, que sea en tus manos, porque es grande tu misericordia.*

22

David prepara el templo

Este capítulo no tiene paralelo en Samuel ni en Reyes: es obra del Cronista. Desde la era de Ornán, convertida en altar, David proclama: «Aquí está la casa de Dios» (v. 1), y dedica sus últimas fuerzas a preparar lo que no verá terminado: los obreros y los materiales (vv. 2-5), el encargo a Salomón, en el que revela por qué él no pudo edificar (vv. 6-16), y la exhortación a los príncipes para que ayuden a su hijo (vv. 17-19). El discurso a Salomón está tejido con las palabras de Moisés a Josué. La Liturgia de las Horas lee los vv. 5-19 en el oficio de lectura.

El lugar y los materiales

[1] En seguida dijo David: Aquí está la casa de Dios [1], y éste
es el altar de los holocaustos de Israel. [2] Y mandó juntar to-
dos los extranjeros de la tierra de Israel [2], y entresacó de
ellos canteros para cortar y pulir las piedras para la cons-
trucción de la casa de Dios. [3] Preparó también muchísimo
hierro para la clavazón de las puertas, y para la trabazón
de las junturas; y cantidad inmensa de bronce. [4] Era igual-
mente inestimable el acopio de maderas de cedro, que los
sidonios y tirios habían traído a David [3].

5 Porque dijo David: Mi hijo Salomón es todavía un joven
tierno y delicado [4]; y la casa que quiero que se edifique al
Señor debe ser tal, que sea celebrada en todas las
naciones [5]; iré, pues, yo preparando lo necesario. Por esta
razón hizo antes de su muerte, con anticipación, todos los
gastos.

El encargo a Salomón

6 Y llamó a su hijo Salomón, y le mandó que edificase la
casa o templo al Señor Dios de Israel. 7 Añadió David a Sa-
lomón: Hijo mío, mi voluntad fue el edificar casa al Nom-
bre de mi Señor Dios [6]; 8 pero el Señor me habló, y dijo:
Tú has derramado mucha sangre, y hecho muchas
guerras [7]; y así no puedes edificar la casa a mi Nombre,
habiendo derramado tanta sangre delante de mí. 9 Tú ten-
drás un hijo, el cual será hombre de paz [8]; pues yo haré
que no sea perturbado de ninguno de sus enemigos en to-
dos los alrededores; por cuya causa será llamado el Pacífi-
co o Salomón; y paz y sosiego daré yo a Israel todo el tiem-
po de su vida. 10 Él edificará la casa a mi Nombre, y él me
será hijo, y yo le seré padre [9]; y estableceré el solio de su
reino sobre Israel para siempre.

11 Ahora, pues, hijo mío, el Señor sea contigo, y seas
feliz [10], y edifica la casa o templo al Señor Dios tuyo, como
lo tiene predicho de ti. 12 Concédate asimismo el Señor sa-
biduría y prudencia [11] para poder gobernar a Israel, y

guardar la ley del Señor Dios tuyo. 13 Porque entonces podrás ser feliz, si observares los mandamientos y las leyes dadas por el Señor a Moisés para que las enseñara a Israel. Esfuérzate y pórtate varonilmente; no temas, ni te acobardes [12].

14 Ya ves que yo en mi pobreza he preparado [13] para los gastos de la casa del Señor cien mil talentos de oro y un millón de talentos de plata [14]; el bronce y el hierro es en tanta cantidad, que es incalculable; tengo prevenida mucha madera y piedra para todas las obras necesarias. 15 Tienes también muchísimos obreros, canteros, y albañiles, y carpinteros [15], y artífices de toda especie, muy hábiles en todo género de labores, 16 en oro, plata, bronce o hierro, cuya suma es incalculable. Anímate, pues, y manos a la obra, y el Señor será contigo [16].

El encargo a los príncipes

17 Al mismo tiempo mandó David a los príncipes de Israel que ayudasen a su hijo Salomón. 18 Ya veis, les dijo, que el Señor Dios vuestro está con vosotros, y que os ha dado paz por todos lados [17], y entregado en vuestras manos todos vuestros enemigos, y que el país está sujeto al Señor y a su pueblo. 19 Disponed, pues, vuestros corazones, preparad vuestras almas, y buscad al Señor Dios vuestro [18]. Manos a la obra, y edificad el santuario al Señor Dios, para que el arca de la Alianza del Señor y los vasos a él consagrados

sean trasladados a la casa que va a edificarse al Nombre del Señor.

¿Sabías que?

Después de destruir Jerusalén en el año 70, el emperador Vespasiano levantó en Roma un templo dedicado a la Paz, terminado hacia el año 75. Flavio Josefo cuenta que depositó en él, como trofeos de su gloria, los vasos y utensilios de oro sacados del templo de Jerusalén, y que guardó en su palacio la Ley y los velos de púrpura del santuario (*Guerra de los judíos* VII,5,7). Los vasos consagrados que David quería ver en la casa del «hombre de paz» (22,9.19) acabaron en el templo de la paz romana, la que se impone con la espada. El arco de Tito, junto al Foro, muestra todavía el candelabro llevado en el desfile triunfal.

De Moisés a Josué, de David a Salomón

Rasgo	Moisés y Josué	David y Salomón
Prepara y no termina	Moisés ve la tierra, pero no entra (Dt 3,23-27; 34,4)	David no edificará la casa (22,8; 28,3)
Sucesor elegido por Dios	Josué (Nm 27,18-23; Dt 31,3)	Salomón, «hombre de paz» (22,9-10; 28,5-6)
Ante el pueblo	Ante toda la asamblea (Nm 27,19; Dt 31,7)	Ante la asamblea de Israel (28,8; 29,1)
«Esfuérzate; no temas»	Dt 31,7-8.23; Jos 1,6-9	22,13; 28,20
«El Señor estará contigo»	«No te dejará» (Dt 31,8; Jos 1,5)	22,11.16; 28,20
La Ley como condición	Jos 1,7-8	22,12-13; 28,7-9
El modelo dado por Dios	La morada (Éx 25,9.40)	El templo (28,11-19)
El reposo	Jos 21,44; 23,1	22,9.18; 23,25
La obra concluida	Josué reparte la tierra (Jos 11,23)	Salomón acaba el templo (2 Cr 5,1)

Varios comentaristas modernos han observado que el Cronista cuenta el paso de David a Salomón con las palabras del paso de Moisés a Josué: es un esquema literario, no una copia. La Carta a los Hebreos recuerda que Josué no dio a Israel el verdadero descanso, que queda todavía para el pueblo de Dios (Heb 4,8-11).

PARA PROFUNDIZAR

«Has derramado mucha sangre»: David, Salomón y el templo de la paz

¿Por qué no edificó David el templo, si era su deseo más hondo (17,1-2; 22,7; 28,2)? La Escritura da tres respuestas. En Samuel,

Dios no ha pedido una casa de cedro, y será el hijo de David quien la edifique (2 Sam 7,5-7.12-13). En Reyes, Salomón explica a Hiram que su padre no pudo construir a causa de las guerras que lo rodeaban (1 Re 5,17): no tuvo tiempo. Las Crónicas dan una razón más honda, y la repiten: «Tú has derramado mucha sangre, y hecho muchas guerras... no puedes edificar la casa a mi Nombre» (22,8; cf. 28,3). Flavio Josefo, que conocía las tres, las junta: Dios se lo prohibió porque estaba manchado de sangre y de guerras (*Antigüedades judías* VII,14,2).

La frase no condena las guerras de David. El Cronista ha repetido que el Señor le daba la victoria (14,10; 18,6.13), y ninguna palabra de Dios llama pecado a esas batallas. La razón es de otro orden. En la Biblia la sangre pertenece a Dios, porque en ella está la vida (Gn 9,4-6), y la sangre derramada «profana la tierra» (Nm 35,33). David la derramó «delante de mí», dice el Señor: la casa en que Dios quiere habitar en medio de su pueblo, lugar de vida y de reconciliación, no la levantan manos que han dado tanta muerte. Unos comentaristas ven aquí una razón de pureza ritual; otros, una enseñanza sobre la guerra, que nunca es del todo inocente. El texto no decide.

La otra cara de la respuesta es el reposo. El Cronista lo ha preparado con cuidado: al copiar la promesa de Natán, omitió que el Señor ya había dado a David «reposo de todos sus enemigos» (2 Sam 7,1) y cambió el «te daré reposo» de 2 Sam 7,11 por «humillé a todos tus enemigos» (17,10; ver nota a 18,1). David es el hombre de la guerra que somete a los enemigos; Salomón será el «hombre de reposo», cuyo mismo nombre, Shelomó, suena como shalom, paz (ver nota a 22,9). Es el orden del Deuteronomio: primero el

descanso de los enemigos alrededor, después el lugar que el Señor escogerá para su Nombre (Dt 12,9-11). Cuando David habla a los príncipes, el descanso ya ha llegado (22,18; 23,25).

David no edifica, pero lo prepara todo: recibe de Dios el lugar, con fuego del cielo (21,26 – 22,1), reúne obreros y materiales (22,2-5.14-16), da a Salomón el diseño de la casa (28,11-19) y organiza a sacerdotes, levitas y cantores (23 – 26). Y entrega la obra a su hijo con las palabras de Moisés a Josué: «Esfuérzate y pórtate varonilmente; no temas» (22,13; ver nota a 22,13). Varios comentaristas modernos han señalado el paralelo: Moisés vio la tierra prometida y recibió el modelo de la morada, pero dejó a Josué la conquista y el reparto; David ve el lugar y recibe el modelo del templo, pero deja a Salomón la construcción (ver el cuadro al final del capítulo). El que prepara y no termina no es menos grande que el que acaba.

En esa preparación hay cifras imposibles: cien mil talentos de oro y un millón de plata (22,14), miles de toneladas (ver nota a 22,14). Son la manera del Cronista de decir que nada era demasiado para la casa de Dios (ver el cuadro del capítulo 29). Y, sin embargo, David lo llama «mi pobreza». Torres Amat lo comenta: «David, humillado ante el Señor, miraba como pobreza cuanto los hombres pueden ofrecer al Criador». Lo dirá él mismo en su última oración: «Tuyas son todas las cosas; y lo que hemos recibido de tu mano, eso te hemos dado» (29,14).

El lector cristiano reconoce en Salomón la figura de otro Hijo de David. Isaías anunció a un niño llamado «Príncipe de la paz» (Is 9,5-6), y san Pablo dice de Cristo: «él es nuestra paz», el que derri-

bó el muro de la enemistad (Ef 2,14-16; cf. Catecismo, n. 2305). Jesús habló de un templo «no hecho por mano de hombre» (Mc 14,58), el de su cuerpo (Jn 2,19-21), y llamó bienaventurados a los que trabajan por la paz (Mt 5,9). La paradoja final está en la sangre: David no pudo edificar la casa de Dios por la sangre que había derramado; Cristo edifica el verdadero templo derramando la suya, «haciendo la paz por la sangre de su cruz» (Col 1,20).

PAUSA

1. David preparó con entusiasmo una obra que no vería terminada. ¿Qué siembras tú para que otros cosechen?
2. «Yo en mi pobreza he preparado…». ¿Ofreces a Dios lo mejor que tienes, sabiendo que siempre será poco?
3. «Esfuérzate… no temas». ¿Qué tarea que Dios te confía te da miedo empezar?

Para orar. *Señor, que mis manos trabajen por la paz y que mi vida sea piedra viva de tu casa.*

23

Los levitas y su servicio

Con una sola frase, «constituyó a Salomón... por rey de Israel» (v. 1), empieza la última sección del reinado de David (23 – 29), dedicada a organizar el culto y el reino para su hijo; la proclamación solemne vendrá en 28 – 29. Este capítulo cuenta a los levitas y los reparte por oficios (vv. 2-5), presenta sus familias según los tres hijos de Leví, Gersón, Caat y Merari (vv. 6-23), y define sus nuevas funciones ahora que el arca ha encontrado reposo (vv. 24-32): ayudar a los sacerdotes y alabar al Señor mañana y tarde. Las listas proyectan sobre David el orden del templo que conocían los lectores.

Salomón rey; los levitas contados

1 Siendo ya David anciano y lleno de días [1], constituyó a
Salomón, su hijo, por rey de Israel. 2 Y convocó a todos los
príncipes de Israel, y a los sacerdotes y levitas. 3 Y contados los levitas de treinta años arriba [2], se hallaron treinta
y ocho mil hombres. 4 De éstos fueron escogidos y distribuidos en el servicio de la casa del Señor [3] veinticuatro
mil; para prefectos y jueces seis mil. 5 Cuatro mil porteros,
y otros tantos para salmistas, que cantaban las alabanzas
del Señor al son de los instrumentos, que a este fin había
mandado hacer [4].

Las familias de los levitas

6 Y los repartió David en sus turnos [5], según las familias
de los hijos de Leví, que son Gersón, Caat y Merari. 7 Los
hijos de Gersón fueron Leedán y Semei. 8 Hijos de Leedán,
tres: el primogénito Jahiel, y Zetán, y Joel. 9 Hijos de Se-
mei, tres: Salomit, y Hosiel y Arán. Estos eran los prínci-
pes de las familias de Leedán. 10 Hijos de otro Semei [6]:
Lehet, y Ziza, y Jaús, y Baría: estos cuatro son los hijos de
Semei. 11 Entre ellos Lehet era el primogénito, Ziza el se-
gundo; Jaús y Baría no tuvieron muchos hijos; y por eso
fueron contados como una sola familia y casa.

12 Hijos de Caat, cuatro: Amram e Isaar, Hebrón y Oziel.
13 Los hijos de Amram: Aarón y Moisés. Mas Aarón fue des-
tinado para el ministerio del lugar santísimo [7], así él
como sus hijos perpetuamente, para quemar el incienso al
Señor, según rito, y bendecir su Nombre para siempre.
14 Los hijos de Moisés, varón de Dios, fueron alistados en la
tribu de Leví [8]. 15 Hijos de Moisés: Gersom y Eliezer.
16 Hijos de Gersom: Subuel, primogénito. 17 De Eliezer fue
hijo Rohobías, cabeza de familia; y no tuvo Eliezer otros
hijos. Pero los hijos de Rohobías fueron muchísimos.
18 Hijos de Isaar: Salomit, primogénito. 19 Hijos de Hebrón:
Jeriau, primogénito, Amarías el segundo, Jahaziel el ter-
cero, y el cuarto Jecmaam. 20 Hijos de Oziel: Mica el pri-
mero, Jesía el segundo.

21 Hijos de Merari: Moholi y Musi. Hijos de Moholi: Eleazar
y Cis. 22 Murió Eleazar y no tuvo hijos sino hijas; por lo que
se casaron con ellas los hijos de Cis, sus primos
hermanos [9]. 23 Hijos de Musi, tres: Moholi, Eder y Jeri-
mot.

Las nuevas funciones de los levitas

24 Estos son los hijos de Leví, cabezas de sus linajes y fami-
lias, contados uno por uno; los cuales ejercían por turno
las funciones de su ministerio en la casa del Señor, desde
veinte años arriba. 25 Porque David dijo: El Señor Dios de
Israel ha dado descanso a su pueblo, y morada estable en
Jerusalén para siempre [10]. 26 Y así no tendrán ya los levi-
tas el trabajo de llevar el Tabernáculo, y todos los utensi-
lios de su ministerio. 27 Asimismo según las últimas dispo-
siciones de David, el número de los hijos de Leví debe con-
tarse de veinte años arriba;

28 y estarán sujetos a los hijos de Aarón o sacerdotes [11], en
lo concerniente al culto de la casa del Señor, así en los
atrios como en las viviendas, y en el lugar de la purifica-
ción, y en el santuario, y en todas las funciones del minis-
terio del templo del Señor. 29 Los sacerdotes cuidarán de
los panes de la proposición [12], de la ofrenda de flor de ha-
rina, de las tortas sin levadura, y de lo que se fríe, y de lo
que se tuesta para ser ofrecido al Señor, y de todos los pe-
sos y medidas.

30 Y los levitas han de asistir por la mañana a cantar las
alabanzas del Señor, e igualmente por la tarde [13]; 31 tanto
en la oblación de los holocaustos del Señor, como en los
días de sábado, y en las calendas [14], y en las demás festivi-
dades, según el número prescrito, observando constante-
mente delante del Señor las ceremonias particulares a
cada cosa. 32 Y seguirán guardando las reglas del Taber-
náculo del Testamento y los ritos del santuario, y las órde-
nes de los hijos de Aarón sus hermanos, para ejercer sus
funciones en la casa del Señor.

¿Sabías que?

La alabanza de los levitas «por la mañana... e igualmente por la tarde» (23,30) sigue viva en la oración de la Iglesia. El concilio Vaticano II llamó a Laudes, la oración de la mañana, y a Vísperas, la de la tarde, «el doble quicio sobre el que gira el Oficio cotidiano», y pidió que se consideraran y celebraran como las Horas principales (*Sacrosanctum Concilium*, n. 89). Y entre los cánticos de Laudes está la bendición de David de este mismo libro (29,10-13; ver «Antes de empezar»): la Iglesia ha heredado, con sus palabras, el canto que el Cronista atribuye a los levitas de David.

La organización del culto y del reino (1 Crónicas 23 – 27)

Grupo	Número y turnos	Cita
Levitas contados	38.000, de treinta años arriba	23,3
Al servicio de la casa	24.000, con los sacerdotes	23,4.24-32
Prefectos y jueces	6.000; también fuera del templo	23,4; 26,29-32
Porteros	4.000, por familias y puertas	23,5; 26,1-19
Cantores	4.000; 288 maestros en 24 turnos	23,5; 25,1-31
Sacerdotes	24 turnos: 16 de Eleazar y 8 de Itamar	24,1-19
Levitas por familias	Gersón, Caat y Merari; también por suertes	23,6-23; 24,20-31
Tesoreros	Tesoros de la casa y despojos consagrados	26,20-28
Ejército	12 cuerpos de 24.000, uno por mes	27,1-15
Jefes de las tribus	Un príncipe por tribu	27,16-22
Bienes del rey	12 administradores: tesoros, campos, viñas, olivos, ganados	27,25-31
Consejeros	Jonatán, Aquitofel, Cusai, Joab y otros	27,32-34

Las Crónicas atribuyen a David la organización completa del culto y del reino. Muchos estudiosos piensan que el Cronista proyecta sobre el fundador el orden del segundo templo de su tiempo, para darle autoridad (ver el ensayo del capítulo 24). Dominan los números doce y veinticuatro; algunos relacionan con estos turnos los veinticuatro ancianos que rodean el trono de Dios en el Apocalipsis (Ap 4,4), pero es solo una conjetura.

PAUSA

1. Los hijos de Moisés sirvieron como levitas, sin privilegios. ¿Buscas en el servicio de Dios un lugar de honor, o te basta servir?
2. Los levitas alababan al Señor «por la mañana... e igualmente por la tarde». ¿Cómo empiezas y cómo terminas tú el día?

Para orar. *Señor, que cada mañana y cada tarde suba a ti mi alabanza como incienso en tu presencia.*

24

Los veinticuatro turnos de los sacerdotes

Después de contar a los levitas (cap. 23), David organiza a los sacerdotes, los hijos de Aarón. El capítulo tiene tres partes: el origen de las dos ramas sacerdotales y el sorteo, hecho ante el rey, Sadoc y Ahimelec (vv. 1-6); la lista de las veinticuatro suertes (vv. 7-19), y un apéndice sobre los demás levitas, que repite el capítulo anterior con una generación más (vv. 20-31). Es el sistema que funcionaba en el templo después del destierro y que seguía vivo en tiempos de Jesús: Zacarías, el padre de Juan Bautista, servía en «la clase de Abías» (Lc 1,5).

Los hijos de Aarón y el sorteo

[1] En cuanto a los hijos de Aarón, fueron divididos en estas clases [1]. Los hijos que tuvo Aarón fueron: Nadab, y Abiú, y Eleazar, e Itamar. [2] Mas Nadab y Abiú murieron antes que su padre, sin dejar hijos [2]; y ejercieron las funciones del sacerdocio Eleazar e Itamar. [3] Y David los dividió, esto es, distribuyó la familia de Sadoc, hijo o descendiente [3] de Eleazar, y la de Ahimelec de la rama de Itamar, fijando los turnos de su ministerio. [4] Pero se halló que eran en mucho mayor número las cabezas de familias descendientes de Eleazar, que las de Itamar. Por eso a los descendientes de

Eleazar los dividió en dieciséis familias [4] con una cabeza para cada familia, y a los de Itamar en ocho familias.

[5] La repartición de los oficios entre ambas familias la hizo por suertes [5]; porque así los descendientes de Eleazar como los de Itamar, eran príncipes del santuario y príncipes de Dios [6]. [6] Semeías, hijo de Natanael, de la tribu de Leví, secretario o canciller, formó la lista de ellos en presencia del rey, y de los magnates, y de Sadoc sumo sacerdote, y de Ahimelec hijo de Abiatar [7], como también de las cabezas de las familias sacerdotales y levíticas; tomando alternativamente de la casa de Eleazar, que era sobre las otras, y de la casa de Itamar, que tenía también otras bajo de sí.

Las veinticuatro suertes

[7] El primer turno tocó a Joyarib [8], el segundo a Jedei, [8] el tercero a Harim, el cuarto a Seorim, [9] el quinto a Melquía, el sexto a Maimán, [10] el séptimo a Accos, el octavo a Abía [9], [11] el noveno a Jesua, el décimo a Sequenías, [12] el undécimo a Eliasib, el duodécimo a Jacim,

[13] el decimotercero a Hopfa, el decimocuarto a Isbaab, [14] el decimoquinto a Belga [10], el decimosexto a Emmer, [15] el decimoséptimo a Hezir, el decimoctavo a Afsés, [16] el decimonoveno a Feteya, el vigésimo a Hezequiel, [17] el vigesimoprimero a Jaquín, el vigesimosegundo a Gamul, [18] el vige-

simotercero a Dalayau, el vigesimocuarto a Maaziau. 19 He aquí su distribución, según sus ministerios, a fin de que entren en la casa del Señor, según su turno, conforme las órdenes de Aarón, su padre, según había prescrito el Señor Dios de Israel [11].

Los demás levitas

20 Los otros hijos de Leví [12] eran Subael de los hijos de Amram, y Jehedeya de los hijos de Subael. 21 De los hijos de Rohobías era cabeza Jesías. 22 De Isaari era hijo Salemot, y de éste Jaat. 23 De Jaat fue hijo primogénito Jeriau, el segundo Amarías, el tercero Jahaziel, el cuarto Jecmaán. 24 Hijo de Oziel, Mica; hijo de Mica, Samir. 25 Hermano de Mica, Jesía; Zacarías, hijo de Jesía.

26 Hijos de Merari: Moholi y Musi; hijo de Oziau, Benno. 27 Hijo también de Merari fue Oziau, que tuvo a Soam, y Zacur, y Hebri. 28 Hijo de Moholi: Eleazar, el cual no tuvo hijos. 29 Hijo de Cis: Jerameel. 30 Hijos de Musi: Moholi, Eder y Jerimot. Estos son hijos de Leví, según las ramificaciones de sus familias. 31 Y éstos también echaron suertes a imitación de sus hermanos los hijos de Aarón, en presencia del rey David, y de Sadoc, y de Ahimelec, y de los príncipes o cabezas de las familias sacerdotales y levíticas; desde el mayor hasta el menor, todos igualmente fueron distribuidos por suerte, en veinticuatro clases de levitas [13].

¿Sabías que?

En el valle del Cedrón, al pie del monte de los Olivos y frente a la explanada del templo, hay un sepulcro excavado en la roca, con una fachada de columnas dóricas. Una inscripción hebrea sobre la entrada dice que es la tumba de varios sacerdotes «de los hijos de Hezir», el turno decimoséptimo de esta lista (v. 15). Es de los siglos II o I a. C. La tradición cristiana lo llamó durante siglos «tumba de Santiago», porque una leyenda contaba que allí se escondió el apóstol durante la Pasión.

Los veinticuatro turnos de los sacerdotes

Turno	Nombres	Nota
1 · 13	Joyarib · Hopfa	Joyarib: los Macabeos (1 Mac 2,1) y Josefo
2 · 14	Jedei · Isbaab	Jedaías volvió de Babilonia (Esd 2,36; 1 Cr 9,10)
3 · 15	Harim · Belga	Harim volvió (Esd 2,39); Belga, castigado (Sucá 5,8)
4 · 16	Seorim · Emmer	Emmer o Imer volvió (Esd 2,37)
5 · 17	Melquía · Hezir	La tumba de los «hijos de Hezir», en el Cedrón
6 · 18	Maimán · Afsés	Afsés: Nazaret, en la inscripción de Cesarea
7 · 19	Accos · Feteya	Accos, sin genealogía al volver (Esd 2,61)
8 · 20	Abía · Hezequiel	Abía: Zacarías, padre del Bautista (Lc 1,5)
9 · 21	Jesua · Jaquín	Jesúa (Esd 2,36); Jaquín (1 Cr 9,10)
10 · 22	Sequenías · Gamul	Sequenías volvió (Neh 12,3)
11 · 23	Eliasib · Dalayau	—
12 · 24	Jacim · Maaziau	Maazías firma la alianza (Neh 10)

Cada turno servía una semana, de sábado a sábado (9,25), y en las grandes fiestas servían todos. Del destierro volvieron cuatro familias (Esd 2,36-39); según el Talmud, los profetas las repartieron de nuevo en veinticuatro turnos con los nombres antiguos (Taanit 27b). Fragmentos de una inscripción hallados en Cesarea en 1962, quizá de los siglos III o IV, enumeraban, según sus editores, los turnos y las aldeas de Galilea en que vivían.

PARA PROFUNDIZAR

Veinticuatro turnos: de los sacerdotes de David a Zacarías en el templo

Un templo necesita, día y noche, quien ofrezca los sacrificios, encienda las lámparas, queme el incienso y renueve los panes. Para que el servicio no se interrumpiera y ninguna familia quedara excluida, el Cronista cuenta que David repartió a los sacerdotes en veinticuatro turnos, dieciséis de la casa de Eleazar y ocho de la de Itamar, sorteados en presencia del rey y de los jefes de las dos familias (24,1-19). Cada turno servía una semana y se relevaba en sábado (9,25; 2 Cr 23,8), de modo que cada familia subía a Jerusalén unas dos veces al año; en las tres grandes fiestas servían todos juntos (Misná, Sucá 5,7). Flavio Josefo lo resume así: una clase servía a Dios ocho días, de sábado a sábado, «y esta división ha permanecido hasta hoy» (Antigüedades judías VII,14,7).

El sistema que el Cronista atribuye a David es el del templo reconstruido. Del destierro volvieron solo cuatro familias sacerdotales, las de Jedaías, Imer, Pasjur y Harim (Esd 2,36-39); las listas de Nehemías nombran después a más de veinte jefes, entre ellos Joyarib, Jedaías, Sequenías, Abías y Belga (Neh 12,1-7). El Talmud cuenta que los profetas que habían regresado repartieron las cuatro familias en veinticuatro turnos por sorteo y les dieron los nombres antiguos (Taanit 27a-b). Muchos estudiosos piensan que el esquema tomó su forma definitiva en la época persa y que el Cronista lo atribuye a David, el fundador del culto, como la ley atribuye a Moisés las instituciones de Israel. No es una falsificación: es una manera de decir que el orden presente nace del fun-

dador y del mandato del Señor (24,19). La Pontificia Comisión Bíblica recuerda que estos libros no son «una historiografía en el sentido moderno» (Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, n. 70).

Los turnos duraron siglos. De Joyarib, la primera suerte, procedían los Macabeos (1 Mac 2,1) y Josefo, que se presenta como sacerdote del primer turno (Autobiografía 1). En las cuevas de Qumrán aparecieron calendarios que hacen coincidir la rotación de los turnos con el año de 364 días de aquella comunidad. Tras la destrucción del templo, las familias de los turnos se asentaron, según la tradición judía, en aldeas de Galilea, y la memoria de sus turnos se conservó en inscripciones de las sinagogas y en la poesía litúrgica judía.

El Evangelio comienza dentro de este sistema. Zacarías, «de la clase de Abías», el octavo turno (24,10), servía su semana en el templo cuando le tocó en suerte ofrecer el incienso, mientras el pueblo oraba fuera (Lc 1,8-10). Allí, junto al altar del incienso, el ángel le anunció el nacimiento de Juan, que, según el Catecismo, es el último de los profetas e «inaugura el Evangelio» (n. 523). La liturgia de la antigua alianza, con su orden minucioso de turnos y sorteos, se convierte en el lugar del primer anuncio de la nueva.

La Iglesia lee este sacerdocio a la luz de Cristo. El Catecismo enseña que el sacerdocio de la antigua alianza fue instituido para anunciar la palabra de Dios y restablecer la comunión con él mediante los sacrificios y la oración, pero que «era incapaz de realizar la salvación», y por eso necesitaba repetir sin cesar los sacrifi-

cios (n. 1540). La carta a los Hebreos contrapone a los sacerdotes que cada día ofrecen de pie los mismos sacrificios con Cristo, que ofreció uno solo y se sentó a la derecha de Dios (Heb 10,11-14), sacerdote no por descendencia carnal sino «por la fuerza de una vida indestructible» (Heb 7,16). Aun así, la liturgia ve en el sacerdocio de Aarón y en el servicio de los levitas una prefiguración del ministerio ordenado, y en la consagración de un obispo bendice a Dios porque «nombraste príncipes y sacerdotes y no dejaste sin ministro tu santuario» (Catecismo, n. 1541), quizá con un eco de los «príncipes del santuario» de 24,5. Ese ministerio no es un segundo sacerdocio: hace presente el único sacerdocio de Cristo, porque, como dice santo Tomás citado por el Catecismo, «sólo Cristo es el verdadero sacerdote; los demás son ministros suyos» (n. 1545). Ver también el ensayo del Éxodo «El sacerdocio de Aarón y el sacerdocio de Cristo» (cap. 28).

La lista, que parece tan árida, deja una enseñanza sencilla: generaciones de sacerdotes anónimos subieron a Jerusalén a servir su semana, y en una de ellas, sin que nadie lo esperara, comenzó el cumplimiento de las promesas.

PAUSA

1. Zacarías recibió el anuncio más grande de su vida mientras cumplía su turno de siempre. ¿Esperas a Dios en lo ordinario de tu semana?
2. Las suertes igualaban a todos ante el servicio de Dios. ¿Qué lugar buscas en tu comunidad: el que te toca o el que te luce?

Para orar. *Señor, que te sirva fielmente en el turno que me has confiado, y que en lo pequeño de cada día sepa reconocer tu visita.*

25

Los cantores del templo

Como los sacerdotes, también los músicos del templo quedan organizados en veinticuatro clases. David y los jefes separan para el servicio a los hijos de Asaf, Hemán e Iditún, que «profetizaban» con cítaras, arpas y címbalos (vv. 1-7); después se sortean las veinticuatro clases de doce maestros cada una, doscientos ochenta y ocho en total, sin distinguir mayores y menores, maestros y discípulos (vv. 8-31). Para el Cronista la música del culto no es un adorno sino un ministerio, y quien alaba a Dios con su instrumento hace algo semejante a profetizar.

Asaf, Hemán e Iditún

1 Asimismo David y las cabezas o príncipes de la
multitud [1], entresacaron a los hijos de Asaf, y de Hemán,
y de Iditún para el ministerio de cantar las alabanzas de
Dios [2] al son de las cítaras y salterios, y címbalos, sirvien-
do en número conveniente en el oficio a que se les había
destinado. 2 De los hijos de Asaf fueron Zaccur, y José, y
Natanías, y Asarela, bajo la dirección de su padre Asaf, el
cual cantaba cerca del rey [3]. 3 Hijos de Iditún, seis:
Iditún [4], Godolías, Sorí, Jeseías, y Hasabías, y Matatías,
bajo la dirección de su padre Iditún, el cual cantaba al son

de la cítara o arpa, puesto al frente de los que celebraban y alababan al Señor [5].

[4] Asimismo Hemán [6], cuyos hijos eran Bocciau, Mataniau, Oziel, Subuel, y Jerimot, Hananías, Hanani, Eliata, Gedelti y Romemtiezer, y Jesbacasa, Melloti, Otir, Mahaziot; [5] todos hijos de Hemán, que era profeta del rey [7] en los cánticos de Dios para ensalzar su poder [8]; y le dio Dios a Hemán catorce hijos y tres hijas [9]. [6] Todos los referidos estaban distribuidos bajo la dirección de sus padres, esto es, de Asaf, y de Iditún, y de Hemán, para cantar en el templo del Señor con címbalos, y salterios, y cítaras [10], en servicio de la casa del Señor cerca del rey. [7] El número de éstos, junto con sus hermanos, maestros todos que enseñaban a cantar los cánticos del Señor, fue de doscientos ochenta y ocho, doce de cada familia [11].

Las veinticuatro suertes de los cantores

[8] Todos igualmente echaron suertes, clase por clase, entrando tanto los mayores como los menores, tanto los maestros como los discípulos [12]. [9] La primera suerte salió a José, el cual era de la casa de Asaf [13]. La segunda a Godolías, a él y a sus hijos y hermanos, en número de doce. [10] La tercera salió a Zacur, a sus hijos y hermanos, en número de doce. [11] La cuarta a Isari, con sus hijos y hermanos, doce. [12] La quinta a Natanías, con sus hijos y hermanos,

doce. 13 La sexta a Bocciau, con sus hijos y hermanos, doce.
14 La séptima a Israela, con sus hijos y hermanos, doce.

15 La octava a Jesaía, con sus hijos y hermanos, doce. 16 La novena a Matanías, con sus hijos y hermanos, doce. 17 La décima a Semeías, con sus hijos y hermanos, doce. 18 La undécima a Azareel, con sus hijos y hermanos, doce. 19 La duodécima a Hasabías, con sus hijos y hermanos, doce.
20 La decimatercera a Subael, con sus hijos y hermanos, doce.

21 La decimacuarta a Matatías, con sus hijos y hermanos, doce. 22 La decimaquinta a Jerimot, con sus hijos y hermanos, doce. 23 La decimasexta a Hananías, con sus hijos y hermanos, doce. 24 La decimaséptima a Jesbacasa, con sus hijos y hermanos, doce. 25 La decimoctava a Hanani, con sus hijos y hermanos, doce. 26 La decimanovena a Melloti, con sus hijos y hermanos, doce.

27 La vigésima a Eliata, con sus hijos y hermanos, doce.
28 La vigesimaprimera a Otir, con sus hijos y hermanos, doce. 29 La vigesimasegunda a Geddelti, con sus hijos y hermanos, doce. 30 La vigesimatercera a Mahaziot, con sus hijos y hermanos, doce. 31 La vigesimacuarta a Romemtiezer, con sus hijos y hermanos, doce.

¿Sabías que?

Los nueve últimos hijos de Hemán (v. 4) tienen nombres muy raros para personas: Hananías, Hanani, Eliata, Gedelti, Romemtiezer, Jesbacasa, Melloti, Otir y Mahaziot. Muchos estudiosos han notado que, leídos seguidos en hebreo y con pequeños cambios de vocales, forman una oración como las de los salmos: «Ten piedad de mí, Señor, ten piedad de mí; tú eres mi Dios; he engrandecido y ensalzado tu ayuda; sentado en la angustia, he hablado; él ha multiplicado las visiones». Quizá eran los comienzos de los versos de un salmo, que pasaron a dar nombre a las clases de los cantores.

PAUSA

1. Los cantores del templo «profetizaban» con sus instrumentos. ¿Qué música te ha acercado a Dios?
2. Maestros y discípulos echaron suertes juntos. ¿De quién estás aprendiendo hoy en la fe, y a quién estás enseñando?

Para orar. *Señor, que mi vida entera sea un canto de alabanza a tu nombre.*

26

Porteros, tesoreros y jueces

El servicio de la casa de Dios no se limita al altar y al canto. Este capítulo organiza a los porteros, que guardan las entradas del templo (vv. 1-19): las familias de Coré, de Obededom y de Merari, a las que se sortean las puertas de los cuatro puntos cardinales; a los levitas que custodian los tesoros de la casa y los despojos consagrados (vv. 20-28), y a los que sirven fuera del templo como oficiales y jueces, a uno y otro lado del Jordán (vv. 29-32). Todo queda fechado en el último año de David (v. 31): el rey deja a su hijo un reino en orden.

Las familias de los porteros

1 Estas fueron las clases o divisiones de los ostiarios o porteros. De la casa de Coré: Meselemías [1], descendiente de
Coré, de la familia de los hijos de Asaf [2]. 2 Hijos de Meselemías: Zacarías primogénito, Jadihel el segundo, Zabadías
el tercero, Jatanael el cuarto, 3 Elam el quinto, Johanán el
sexto, Elioenai el séptimo.

4 Hijos de Obededom: Semeías primogénito, Jozabad el segundo, el tercero Joaha, el cuarto Sacar, Natanael el quinto, 5 Ammiel el sexto, Isacar el séptimo, Follati el octavo;
porque bendijo el Señor a Obededom [3]. 6 Y Semei, o Se-

meías, su hijo, tuvo hijos que fueron cabezas de otras tantas familias de ostiarios; porque eran varones de gran fuerza. [7] Hijos de Semeías: Otni, y Rafael, y Obed, y Elzabad, y sus hermanos, hombres robustísimos; como también Eliú y Samaquías. [8] Todos éstos eran de la familia de Obededom; así ellos como sus hijos y hermanos, o parientes, varones de la mayor robustez para su ministerio; en todos, sesenta y dos de la casa de Obededom.

[9] Los hijos de Meselemías, con sus hermanos, muy robustos, eran dieciocho. [10] De Hosa, esto es, del linaje de Merari, Semri fue cabeza de una clase (porque su padre no tenía primogénito, y por eso le había puesto a él por principal). [11] Helcías el segundo, Tabelías el tercero, Zacarías el cuarto. Todos estos hijos de Hosa, junto con sus hermanos, eran trece.

Las puertas del templo

[12] Entre éstos fue distribuido el oficio de portero, de tal suerte, que los capitanes de las guardias, como también sus hermanos, servían siempre en la casa del Señor. [13] Se echaron, pues, las suertes por familias, con igualdad, sin distinción de pequeños ni grandes, para cada una de las puertas. [14] Según esto la portería oriental tocó a Selemías o Meselemías; y a Zacarías, su hijo, varón muy prudente e instruido [4], la del lado septentrional. [15] A Obededom y sus hijos tocó por suerte la del mediodía, en cuya parte de la

casa o templo estaba el consejo de los Ancianos o sala del Sanedrín [5]. [16] A Sefim y a Hosa la de occidente, junto a la puerta que conduce al camino de la subida del palacio al templo [6], guardia y contraguardia. [17] La puerta del oriente la guardaban seis levitas; la del norte cuatro, que se mudaban cada día; y la del mediodía cuatro, igualmente todos los días; y allí donde estaba el consejo, de dos en dos [7]. [18] Al occidente, en las viviendas o celdas [8] de los porteros, cuatro en el camino a palacio, y dos en los aposentos. [19] Así fue distribuida la guardia de las puertas entre los hijos de Coré y de Merari.

Los guardas de los tesoros

[20] Por otra parte Aquías tenía la superintendencia de los tesoros de la casa de Dios y de los vasos sagrados [9]. [21] Hijos de Ledán, hijo de Gersonni o Gersom, hijo de Leví. De Ledán, descienden estas cabezas de familias: Ledán, Gersoni y Jehieli. [22] Y los hijos de Jehieli: Zatán y Joel, su hermano, guardas de los tesoros de la casa del Señor, [23] con los de la familia de Amram, de Isaar, de Hebrón y de Ozihel.

[24] Pero Subael, descendiente de Gersom, hijo de Moisés [10], era tesorero mayor. [25] Asimismo su hermano Eliezer, de quien fue hijo Rahabías, y de éste Isaías, de Isaías, Joram, del cual lo fue Zecri, y de éste Selemit. [26] Selemit, pues, con sus hermanos, tenían la custodia de los tesoros del santuario, que habían consagrado a Dios el rey David y los

príncipes de las familias, y los tribunos, y centuriones, y
demás capitanes del ejército, [27] esto es, de las cosas toma-
das en la guerra, y de los despojos de las batallas, que ha-
bían consagrado para la conservación del templo del Se-
ñor y de sus utensilios. [28] Todas estas cosas las habían con-
sagrado al Señor Samuel profeta, Saúl hijo de Cis, y Abner
hijo de Ner [11], y Joab hijo de Sarvia. Todos los que consa-
graban dones, los ponían en manos de Selemit y de sus
hermanos.

Oficiales y jueces

[29] Los descendientes de Isaar tenían por cabeza a Conenías
con sus hijos; y cuidaban de las cosas de afuera concer-
nientes a Israel, de instruir, y juzgar al pueblo [12].
[30] Hasabías, de la familia de los hebronitas, y sus herma-
nos, en número de mil setecientos, hombres muy valero-
sos, gobernaban la parte de Israel que está al otro lado del
Jordán hacia el poniente [13], en todos los negocios concer-
nientes al servicio del Señor y del rey. [31] Jerías fue cabeza
de los hebronitas, divididos en sus familias y casas. El año
cuarenta del reinado de David [14] fueron numerados en Ja-
zer de Galaad; de estos varones fortísimos, [32] y de sus her-
manos en el mayor vigor de la edad, se hallaron dos mil se-
tecientas cabezas de familia. Y el rey David les dio el man-
do sobre los rubenitas, y gaditas, y la media tribu de Mana-
sés, en todo lo tocante al servicio de Dios y del rey.

¿Sabías que?

Torres Amat explica en una nota al v. 6 por qué los porteros tenían que ser «varones de gran fuerza»: «las puertas del templo eran muy grandes y pesadas, y se necesitaban veinte hombres para abrirlas y cerrarlas». La cifra procede probablemente de Flavio Josefo, que entre los presagios de la destrucción de Jerusalén cuenta que la puerta oriental del atrio interior, de bronce y pesadísima, que a duras penas cerraban veinte hombres, se abrió sola una noche durante la fiesta de los Ázimos (Guerra de los judíos VI,5,3). El pueblo lo tomó por buena señal; los entendidos, por el anuncio de que el templo quedaba indefenso.

PAUSA

1. Los porteros guardaban la entrada de la casa de Dios. ¿Qué puertas de tu corazón necesitan hoy un guardián?
2. Obededom fue bendecido por acoger el arca en su casa. ¿Qué lugar tiene Dios en tu hogar?

Para orar. *Señor, prefiero el umbral de tu casa a cualquier otra morada; guarda tú la puerta de mi corazón.*

27

El ejército y los servidores del rey

Después del personal del templo, el del reino. El capítulo describe un ejército de ciudadanos repartido en doce cuerpos de veinticuatro mil hombres, uno por cada mes del año, mandados por los valientes de David (vv. 1-15); los jefes de las tribus, con una nota sobre el censo que no llegó a registrarse (vv. 16-24); los doce administradores de los bienes del rey (vv. 25-31), y sus consejeros (vv. 32-34). La misma lógica de turnos y de doces ordena el culto y el reino: todo Israel sirve a su Dios y a su rey.

Los doce cuerpos del ejército

1 Los hijos de Israel, que bajo sus jefes de familias, tribunos, y centuriones, y prefectos servían al rey, repartidos
en escuadrones, cambiándose todos los meses del año [1],
eran en número de veinticuatro mil hombres mandados
por sus respectivos capitanes. 2 El primer cuerpo de veinti-
cuatro mil para el primer mes, tenía por capitán a Jes-
boam, hijo de Zabdiel [2], 3 del linaje de Farés, y el primer
jefe de todos los comandantes del ejército durante el pri-
mer mes. 4 Al cuerpo del segundo mes lo mandaba Dudía
de Ahohí [3], y tenía a sus órdenes otro llamado Macellot,
que mandaba una parte de los veinticuatro mil hombres.
5 El comandante del tercer cuerpo en el mes tercero era Ba-

naías sacerdote, hijo de Joíada [4], con veinticuatro mil hombres a su mando. [6] Este es aquel Banaías, el más valiente entre los treinta, y caudillo de treinta; capitaneaba sus tropas, como su segundo, Amizabad, hijo suyo.

[7] El cuarto capitán para el cuarto mes era Azahel, hermano de Joab, y después de él Zabadías, su hijo [5]; su cuerpo era de veinticuatro mil hombres. [8] El quinto capitán en el mes quinto era Samaot de Jezer, y en su división contaba veinticuatro mil hombres. [9] El sexto para el sexto mes era Hira, hijo de Accés de Tecua; su división era de veinticuatro mil. [10] El séptimo para el séptimo mes era Hellés de Falloni, de la tribu de Efraín, el cual tenía a su mando veinticuatro mil. [11] El octavo para el octavo mes era Sobocai de Husati del linaje de Zarahi, y su cuerpo era de veinticuatro mil hombres.

[12] El noveno para el noveno mes, Abiezer de Anatot, de los hijos de Jemini o Benjamín; su división era de veinticuatro mil. [13] El décimo para el décimo mes, Marai de Netofat, del linaje de Zarai; y su división era de veinticuatro mil. [14] El undécimo para el undécimo mes, Banaías de Faratón, de la tribu de Efraín; y su división era de veinticuatro mil. [15] El duodécimo para el duodécimo mes, Holdai de Netofat del linaje de Otoniel; su cuerpo también de veinticuatro mil hombres.

Los jefes de las tribus

16 Asimismo las tribus de Israel tenían sus jefes [6]. De la de
Rubén era caudillo Eliezer, hijo de Zecri. De la de Simeón,
Safatías, hijo de Maaca. 17 De la de Leví, Hasabías, hijo de
Camuel; pero Sadoc era jefe de los descendientes de Aa-
rón. 18 De la tribu de Judá era caudillo Eliú, hermano de
David [7]. De la de Isacar, Amri, hijo de Micael. 19 De la de
Zabulón, Jesmaías, hijo de Abdía. De la de Neftalí, Jeri-
mot, hijo de Ozriel. 20 De la de Efraín, Osee, hijo de Ozaziu.
De la media tribu de Manasés, Joel, hijo de Fadaya. 21 De la
otra media tribu de Manasés en Galaad, Jaddo, hijo de Za-
carías. De la tribu de Benjamín, Jasiel, hijo de Abner [8].
22 De la de Dan, Ezrihel, hijo de Jeroham; éstos eran los
príncipes de los hijos de Israel.

23 Verdad es que David no quiso contar los de veinte años
abajo, por cuanto el Señor había dicho que multiplicaría a
Israel, como las estrellas del cielo. 24 Joab, hijo de Sarvia,
había comenzado el encabezamiento, pero no lo finalizó;
porque esta empresa había acarreado la ira de Dios sobre
Israel, y por lo mismo el número de los que fueron conta-
dos no fue escrito en los fastos del rey David [9].

Los bienes y los consejeros del rey

25 El superintendente de los tesoros del rey fue Azmot [10],
hijo de Adiel. Pero de aquellos tesoros o almacenes que ha-

bía en las ciudades, y en las aldeas, y en los castillos, era superintendente Jonatán, hijo de Ozías. 26 De la labranza y de los labradores que cultivaban la tierra estaba encargado Ezri, hijo de Quelub. 27 De los que cultivaban las viñas, Semeías romatita; y de las bodegas, Zabdías afonita. 28 Balanán, gederita, cuidaba de los olivares e higuerales que había en las campiñas [11]; y Joás de los almacenes de aceite. 29 De los ganados mayores que pastaban en Sarón, cuidaba Setrai de Sarón. De las vacas que pastaban en los valles, Safat, hijo de Adlí. 30 De los camellos, Ubil, ismaelita [12]; de los jumentos Jadaías de Meronat. 31 De las ovejas Jaziz, agareno. Todos éstos eran administradores de la hacienda del rey David.

32 Jonatán, tío paterno de David [13], varón instruido y prudente, era su consejero. Él y Jahiel, hijo de Acamoni, estaban de compañeros con los hijos del rey. 33 Asimismo era consejero del rey Aquitofel, y Cusai, araquita, amigo del rey [14]. 34 Después de Aquitofel lo fueron Joíada, hijo de Banaías, y Abiatar. El generalísimo del ejército del rey era Joab.

¿Sabías que?

El fruto del sicómoro no madura bien si no se le hace una pequeña herida. Ya el naturalista griego Teofrasto, discípulo de Aristóteles, describía a los egipcios rasgando estos higos con garfios de hierro para que maduraran en pocos días. Por eso la versión griega llama a Amós, «cultivador de sicómoros» (Am 7,14), «el que rasga los sicómoros»: un trabajo de temporada, de campesino pobre. Los sicómoros de David en la Sefelá tenían su propio administrador (v. 28).

PAUSA

1. David puso a cada uno donde sabía servir, también a extranjeros y al hijo de su antiguo enemigo. ¿Sabes reconocer los dones de quienes no son de tu grupo?
2. David no quiso contar lo que Dios había prometido multiplicar. ¿Hay cálculos en tu vida que nacen más de la desconfianza que de la fe?

Para orar. *Señor, que cuente menos lo que tengo y confíe más en lo que tú prometes.*

28

David entrega a Salomón el reino y el modelo del templo

La gran asamblea con que David cierra su reinado. Reunidos en Jerusalén todos los jefes de Israel, el rey, puesto en pie, explica por qué no edificó él el templo y cómo Dios eligió a Judá, a su casa, a él y a Salomón, y pide a todos guardar los mandamientos (vv. 1-8); luego se dirige a su hijo: «conoce al Dios de tu padre» (vv. 9-10). Le entrega el diseño del templo, de sus estancias, de sus objetos y de los turnos del culto, recibido por escrito «de la mano del Señor» (vv. 11-19), y termina con palabras de ánimo que repiten las de Moisés a Josué (vv. 20-21).

David ante la asamblea de Israel

1 Finalmente el rey David convocó en Jerusalén todos los
príncipes de Israel [1], los jefes de las tribus, y los coman-
dantes de los cuerpos de ejército que servían al rey, como
también a los tribunos y centuriones, y a los administra-
dores de la hacienda y posesiones del rey, y a sus hijos, con
los eunucos o cortesanos [2], y a los más poderosos y a los
más valientes del ejército. 2 Y levantándose el rey, puesto
en pie, dijo: Escuchadme, oh hermanos míos, y pueblo
mío [3]: Yo tuve intención de construir un templo en que
fuese colocada el arca del Testamento del Señor, que es

como la tarima de los pies de nuestro Dios [4], y tengo preparados todos los materiales que he podido para la construcción. 3 Pero Dios me dijo: No edificarás tú la casa a mi Nombre; por ser un varón guerrero, y haber derramado sangre [5].

4 Verdad es que el Señor Dios de Israel me escogió a mí de entre toda la familia de mi padre, para que fuese rey de Israel perpetuamente; porque de Judá ha escogido los príncipes o soberanos [6]; de las familias de Judá la familia de mi padre; y entre los hijos de mi padre, quiso elegirme a mí por rey de todo Israel. 5 Asimismo entre mis hijos (puesto que me ha dado el Señor muchos) ha elegido a mi hijo Salomón para que ocupase el trono del reino del Señor sobre Israel [7]; 6 y me ha dicho a mí: Tu hijo Salomón ha de edificar mi casa y mis atrios, porque yo me lo he escogido por hijo mío, y yo he de serle padre [8]; 7 y afirmaré su reino eternamente, si perseverare en cumplir mis mandamientos y leyes, como lo hace al presente [9]. 8 Ahora, pues, en presencia de toda la congregación de Israel, delante de nuestro Dios que escucha, os digo: Guardad y estudiad todos los mandamientos [10] del Señor Dios nuestro, a fin de que poseáis esta buena tierra, y la dejéis a vuestros hijos en herencia perpetua.

9 Y tú, Salomón, hijo mío, conoce al Dios de tu padre, y sírvele con un corazón perfecto, y de buena voluntad [11]; por-

que el Señor escudriña todos los corazones, penetra todos los pensamientos del entendimiento. Si lo buscares, lo hallarás [12]; pero si lo abandonares, te desechará para siempre. [10] Ahora bien, por cuanto el Señor te ha escogido para que edifiques la casa de su santuario, esfuérzate, y llévala a cabo.

El modelo del templo

[11] Y dio David a su hijo Salomón el diseño del pórtico [13], y del templo, y de las recámaras, y de los cenáculos [14], y de los aposentos interiores, y del lugar del propiciatorio [15], [12] y aun de todos los atrios que había ideado [16], y de las habitaciones alrededor para los tesoros de la casa del Señor, y para los depósitos de las cosas consagradas al templo, [13] y las divisiones de los sacerdotes y levitas para todas las funciones de la casa del Señor, y para todos los vasos que debían servir en el templo del Señor.

[14] Le dio el oro, según el peso que había de tener cada uno de los vasos del ministerio; asimismo la plata, pesada según la diversidad de los vasos y de las hechuras. [15] Además para los candeleros de oro [17] y sus mecheros dio el oro correspondiente a la medida de cada candelero y de los mecheros; e igualmente el peso necesario de plata para los candeleros de plata y sus mecheros, a proporción de su tamaño. [16] Le dio también oro para las mesas de los panes de proposición, según la diversidad de las mesas; y asimismo

plata para otras mesas o aparadores de plata. [17] Del mismo modo para los arrejaques o tridentes, y las palanganas, y los incensarios de oro purísimo, y para los leoncillos o navetas de oro [18], según sus tamaños, destinó el peso del oro para uno y otro leoncillo o naveta. Y de la misma manera para los leoncillos o navetas de plata destinó y separó una cantidad proporcionada de plata.

[18] Para el altar en que se ofrece el incienso dio del oro más fino; y para hacer del mismo los cuatro querubines que formasen la figura de una carroza [19], los cuales, extendiendo sus alas, cubriesen con ellas el arca del Testamento del Señor. [19] Todas estas cosas, dijo, se me han enviado delineadas por la mano del Señor [20]; para que yo comprendiese todas las obras del diseño.

«Pórtate con valor»

[20] Y añadió David a su hijo Salomón: Pórtate con valor y esfuerzo, y manos a la obra; no temas ni te acobardes; porque el Señor Dios mío estará contigo, y no te desamparará, ni abandonará [21] hasta que concluyas todas las obras necesarias para el servicio de la casa del Señor. [21] Aquí tienes los sacerdotes y levitas distribuidos en sus clases, y dispuestos y prontos a todo [22] lo que conviene al ministerio de la casa del Señor; y así los príncipes o jefes como el pueblo sabrán ejecutar todas tus órdenes.

¿Sabías que?

La palabra hebrea merkabá, «carroza» (v. 18), dio nombre a una corriente de la mística judía antigua: la de quienes meditaban la visión del carro divino de Ezequiel, y algunos de cuyos textos describen la subida del alma por los palacios del cielo hasta el trono de Dios. Los rabinos la miraban con respeto y con temor: la Misná prohíbe explicar «el carro» incluso a un solo discípulo, «a menos que sea sabio y entienda por sí mismo» (Jaguigá 2,1).

El modelo del santuario: de Moisés al Apocalipsis

Texto	Quién recibe el modelo	Qué se dice
Éx 25,9.40	Moisés, en el monte	La morada y sus objetos, «según el modelo que se te ha mostrado»
Nm 8,4	Moisés	El candelabro, hecho según lo que el Señor le mostró
1 Cr 28,11-19	David, «por escrito de la mano del Señor»	Lo entrega a Salomón: estancias, objetos, turnos del culto, la carroza de los querubines
Sab 9,8	Salomón	El templo, «copia de la tienda santa que preparaste desde el principio»
Ez 40 – 43	Ezequiel, en visión	Las medidas del templo futuro, para que Israel se avergüence de sus culpas (43,10-11)
Hch 7,44.48	Esteban	La tienda se hizo según el modelo que vio Moisés, pero el Altísimo no habita en obras de manos humanas
Heb 8,5; 9,23-24	Cristo, sumo sacerdote	El santuario terreno es «copia y sombra» del celestial; Cristo entró en el cielo mismo
Ap 21,10-22	Juan, en visión	La ciudad medida; «no vi en ella templo»: su templo es Dios y el Cordero

El hebreo dice tabnit, «modelo» (Éx 25,9; 1 Cr 28,11.19); la versión griega lo traduce parádeigma y, en Éx 25,40, typos, la palabra que cita Heb 8,5 y de la que viene «tipología». «En la liturgia terrena pregustamos y participamos en aquella liturgia celestial que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén» (Sacrosanctum Concilium 8; Catecismo, n. 1090).

PARA PROFUNDIZAR

«Todo *me fue dado por escrito de la mano del Señor»: el modelo del templo*

David no verá el templo, pero entrega a Salomón su diseño completo, casi un inventario: las estancias, desde el pórtico hasta «el lugar del propiciatorio»; los atrios y las cámaras; los turnos de los sacerdotes y de los levitas; el peso del oro y de la plata de cada candelero, de cada mesa, de cada copa, y la carroza de los querubines (28,11-18). Y al final, la clave: «Todas estas cosas... se me han enviado delineadas por la mano del Señor» (28,19). La palabra hebrea es tabnit, «modelo, plano» (ver nota a 28,11). El libro de los Reyes no dice nada parecido: allí Salomón construye con la ayuda de Hiram y de sus artesanos (1 Re 5 – 7). El Cronista, en cambio, hace del templo, como de la morada del desierto, un diseño de Dios.

El paralelo con Moisés es claro. A él le había dicho el Señor que hiciera el santuario «conforme en todo al diseño» que le mostraba, y le insistió: «mira, hazlo según el modelo que se te ha mostrado en el monte» (Éx 25,9.40). Como Moisés, David recibe el modelo y no ve la obra acabada, y anima a su sucesor con las palabras que Moisés dirigió a Josué (28,20; ver el ensayo del capítulo 22). Y como en el Sinaí, el diseño no se limita a las piedras: incluye a las personas y su servicio, «las divisiones de los sacerdotes y levitas» (28,13.21). Un templo es un edificio y es un pueblo que alaba. Para el edificio mismo, ver el ensayo de 1 Reyes «El templo de Salomón: plano, símbolos y arqueología» (cap. 6).

¿Modelo de qué? El santuario de la tierra copia una realidad del cielo. Salomón llama al templo, en su oración por la sabiduría, «copia de la tienda santa que preparaste desde el principio» (Sab 9,8). Ezequiel, con «la mano del Señor» sobre él, recibe en visión las medidas de un templo futuro y la orden de mostrarlo a Israel para que se avergüence de sus culpas (Ez 40,1-4; 43,10-11). La carta a los Hebreos cita el mandato a Moisés para decir que los sacerdotes de la tierra sirven en «una copia y sombra de las realidades celestiales» (Heb 8,5), y que Cristo no entró en un santuario hecho por mano de hombre, «sino en el cielo mismo» (Heb 9,24). La versión griega tradujo tabnit por parádeigma, «modelo», y en Éx 25,40 por typos, la palabra de la que viene «tipología»: la lectura de las realidades del Antiguo Testamento como figuras de las del Nuevo. Ver el ensayo del Éxodo «La morada de Dios entre los hombres» (cap. 25).

El detalle más misterioso del plano es la carroza de los querubines (28,18; ver nota). Los querubines de oro que cubren el arca son a la vez trono y carro: el Dios de Israel reina sobre los querubines (1 Sam 4,4; Sal 80,2), pero no queda prisionero de un lugar. Ezequiel vio su gloria salir del templo sobre el carro antes de la destrucción de Jerusalén (Ez 10,18-19; 11,22-23) y volver al templo futuro (Ez 43,1-5). Para el Cronista basta con saber que el Dios que acepta habitar en una casa sigue siendo el Señor del cielo: «¿Habitará Dios de verdad en la tierra?» (2 Cr 6,18).

La Iglesia lee este capítulo con los ojos del Nuevo Testamento. El templo verdadero es el cuerpo de Cristo, destruido y levantado al tercer día (Jn 2,19-21), y los creyentes son «piedras vivas» edificadas sobre él (1 Pe 2,5; Ef 2,20-22; 1 Cor 3,16). La liturgia que la Igle-

sia celebra en la tierra es participación en la del cielo, como enseña el concilio Vaticano II: «En la liturgia terrena pregustamos y participamos en aquella liturgia celestial que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos» (Sacrosanctum Concilium 8, citado en el Catecismo, n. 1090). Por eso la comunidad no inventa el culto: lo recibe, como David recibió el plano. El Apocalipsis cierra la historia del modelo: en la Jerusalén nueva Juan no ve templo, «porque su templo es el Señor Dios todopoderoso y el Cordero» (Ap 21,22).

Queda la figura de David, que prepara con todas sus fuerzas una casa que no verá y deja a otro la gloria de terminarla. Es la actitud de los creyentes que, dice la carta a los Hebreos, murieron sin recibir lo prometido, «viéndolo y saludándolo de lejos» (Heb 11,13): uno siembra y otro cosecha (Jn 4,37).

PAUSA

1. David no vio el templo, pero lo preparó todo para su hijo. ¿Qué estás preparando tú que quizá verán otros?
2. «Si lo buscares, lo hallarás». ¿Cómo buscas a Dios en esta etapa de tu vida?

Para orar. *Señor, dame un corazón íntegro y dispuesto, para buscarte siempre y no abandonarte nunca.*

29

La ofrenda, la oración y la muerte de David

El último capítulo del libro reúne lo que el Cronista quiere decir de David. El rey enumera lo que ha preparado y entrega además su tesoro personal, y los jefes del pueblo ofrecen de buena gana, con alegría (vv. 1-9). David bendice a Dios ante la asamblea con una oración que la Iglesia reza en Laudes: todo es del Señor, y lo que le damos lo hemos recibido de su mano (vv. 10-19). Siguen los sacrificios y la fiesta, la unción de Salomón, que se sienta «sobre el trono del Señor» (vv. 20-25), y el resumen del reinado y la muerte de David (vv. 26-30).

Las ofrendas para la casa de Dios

1 Habló después así el rey David a toda la asamblea: Dios ha
escogido entre todos los demás a mi hijo Salomón, que es
aún jovencito y tierno; y la empresa es grande; porque no
se trata de disponer habitación para un hombre, sino para
Dios [1]. 2 Yo por mi parte he preparado con todas mis fuer-
zas todos los materiales para la casa de mi Dios. Oro para
los utensilios de oro, y plata para los de plata, bronce para
los de bronce, hierro para los de hierro, madera para los
de madera, y piedras de ónique, y semejantes al alcohol [2],
y otras de varios colores, y toda suerte de piedras precio-
sas, y mármol de Paros [3] en grandísima cantidad. 3 Y ade-

más de estas cosas que tengo destinadas para la casa de mi Dios, doy de mi peculio [4] oro y plata para el templo de mi Dios, además de aquello que he puesto aparte para el santuario, [4] tres mil talentos de oro de Ofir [5], y siete mil talentos de plata finísima para dorar o cubrir de oro las paredes del Templo. [5] De suerte que donde quiera que sea necesario, los artífices puedan hacer de oro lo que se haya de hacer de oro, y de plata lo que se haya de hacer de plata. Mas si alguno quiere hacer espontáneamente oferta, preséntela hoy por su mano [6], y ofrezca al Señor lo que gustare.

[6] Los príncipes, pues, de las familias, y los magnates de las tribus de Israel con los tribunos y centuriones, y administradores de la hacienda del rey, prometieron [7] y dieron para las obras de la casa de Dios cinco mil talentos de oro, y diez mil sueldos o monedas de oro [7], y diez mil talentos de plata, y dieciocho mil de cobre, con cien mil talentos de hierro. [8] Y todos cuantos tenían piedras preciosas las entregaron, para ponerlas en los tesoros de la casa del Señor, a Jahiel, gersonita, tesorero. [9] Y el pueblo mostró su alegría [8] al prometer estas ofrendas voluntarias; porque las hacía al Señor de todo su corazón; por lo cual el mismo rey David se llenó de gozo.

La bendición de David

10 Y bendijo al Señor en presencia de toda la muchedumbre, y dijo: Bendito eres, Señor Dios de Israel nuestro padre [9], por los siglos de los siglos. 11 Tuya es, Señor, la magnificencia, el poder, la gloria, y la victoria [10]; y a ti se debe la alabanza, porque todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra tuyas son; tuyo, oh Señor, es el reino [11], y tú eres sobre todos los reyes. 12 Tuyas son las riquezas, y tuya es la gloria; tú eres el Señor de todo; en tu mano está la fuerza y el poder; en tu mano la grandeza y el imperio de todas las cosas. 13 Ahora, pues, oh Dios nuestro, nosotros te glorificamos, y alabamos tu esclarecido Nombre [12].

14 ¿Quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que nos atrevamos a ofrecerte todas estas cosas? Tuyas son todas las cosas; y lo que hemos recibido de tu mano, eso te hemos dado [13]. 15 Porque nosotros somos peregrinos y advenedizos delante de ti [14], como todos nuestros padres. Nuestros días pasan como sombra sobre la tierra; sin que haya consistencia alguna [15]. 16 ¡Oh Señor Dios nuestro!, toda esta abundancia de cosas preparada por nosotros para erigir una casa o templo a tu santo Nombre, de tu mano ha venido, y tuyas son todas las cosas. 17 Bien sé, Dios mío, que tú sondeas los corazones y que amas la sencillez [16]; y por eso con sencillez de corazón he ofrecido gozoso todas estas co-

sas, y he visto cómo tu pueblo, que está aquí congregado, te ha ofrecido sus dones con gran alegría.

18 ¡Oh Señor Dios de Abrahán, de Isaac y de Israel nuestros padres!, conserva eternamente este afecto de su corazón [17], y dure para siempre esta devoción a tu culto.
19 Da también a mi hijo Salomón un corazón perfecto, para que guarde tus mandamientos, y tus leyes, y tus ceremonias, y lo ponga todo por obra, y edifique la casa, cuyos materiales tengo yo prevenidos.

Salomón en el trono del Señor

20 Después dijo David a toda la asamblea: Bendecid al Señor Dios nuestro. Y toda la asamblea bendijo al Señor Dios de sus padres; y postrándose adoraron a Dios, y rindieron en seguida su homenaje al rey [18]. 21 Y sacrificaron víctimas al Señor; y al día siguiente ofrecieron en holocausto mil toros, mil carneros, mil corderos, con sus libaciones, según el rito; lo que sirvió abundantísimamente para todo Israel. 22 Con lo cual comieron y bebieron aquel día en presencia del Señor con gran alegría. Ungieron después por segunda vez a Salomón [19], hijo de David. Y lo ungieron por rey por orden del Señor; y a Sadoc por sumo sacerdote.

23 Y Salomón se sentó como rey sobre el trono del Señor [20] en lugar de su padre David, y fue del agrado de todos; y

todo Israel le prestó obediencia. 24 Al mismo tiempo todos
los príncipes y magnates, y todos los hijos del rey David le
juraron fidelidad [21], y se sometieron al rey Salomón. 25 Y
el Señor ensalzó a Salomón sobre todo Israel; y lo colmó
de tanta gloria en el reino, cual no la tuvo antes de él nin-
gún rey de Israel.

La muerte de David

26 Reinó, pues, David, hijo de Isaí, sobre todo Israel. 27 El
tiempo que reinó sobre Israel fue de cuarenta años; en He-
brón reinó siete años, y treinta y tres en Jerusalén.
28 Murió al fin en dichosa vejez, lleno de días [22], de rique-
zas y de gloria; y le sucedió en el trono su hijo Salomón.
29 Todos los hechos de David, así los primeros como los úl-
timos, están escritos en el Libro de Samuel profeta [23], y en
el Libro de Natán profeta, y en el de Gad profeta, 30 con la
historia de todo su reinado, y de las empresas de valor y
acontecimientos que ocurrieron en su tiempo, tanto en Is-
rael como en los demás reinos de las tierras vecinas [24].

¿Sabías que?

La bendición de David (vv. 10-13) se reza también cada mañana en la sinagoga: forma parte de los cantos de alabanza que preceden a la oración principal, una costumbre antigua, que ya recoge en el siglo XII el orden de la oración de Maimónides. Y los cabalistas medievales leyeron en los sustantivos del v. 11, grandeza, poder, esplendor, victoria y majestad, los nombres de varias de las diez sefirot, las «emanaciones» por las que, según ellos, Dios se manifiesta en el mundo.

Lo que se reunió para el templo

Donante	Ofrenda	En cifras de hoy
David, «en mi pobreza» (22,14)	100.000 talentos de oro y 1.000.000 de plata	3.400 t de oro y 34.000 t de plata: más o menos lo que dan hoy en un año todas las minas del mundo
David, de su peculio (29,4)	3.000 talentos de oro de Ofir y 7.000 de plata	100 t de oro y 240 t de plata
Los jefes (29,7)	5.000 talentos y 10.000 dáricos de oro; 10.000 talentos de plata	170 t de oro, más 84 kg en monedas; 340 t de plata
Los jefes (29,7)	18.000 talentos de bronce y 100.000 de hierro	610 t de bronce y 3.400 t de hierro
El pueblo (29,8)	Piedras preciosas	Sin cifra
El botín (18,8.11; 26,26-28)	Bronce, oro y plata de las guerras	Sin cifra
La morada del desierto (Éx 38,24-25)	29 talentos de oro y 100 de plata	1 t de oro y 3,4 t de plata
Salomón cada año (1 Re 10,14)	666 talentos de oro	23 t de oro

Cifras aproximadas, con el talento de tres mil siclos (Éx 38,25-26), unos 34 kg, aunque su peso variaba, y el dárico de unos 8,4 g. No son contabilidad: dicen que nada era demasiado para la casa de Dios (ver el ensayo de Números «¿Seiscientos mil?»). David lo resume: «de tu mano ha venido, y tuyas son todas las cosas» (29,16).

PARA PROFUNDIZAR

«Lo tuyo te damos»: la ofrenda y la oración de David

El último capítulo del libro empieza con una colecta. David enumera lo que ha preparado para la casa de Dios y añade su tesoro personal: tres mil talentos de oro de Ofir y siete mil de plata (29,2-5). Luego invita a los jefes, que dan oro, plata, bronce, hierro y piedras preciosas (29,6-8). Las cifras son enormes (ver el cuadro «Lo que se reunió para el templo»), pero el Cronista no hace contabilidad: muestra la abundancia de lo que se da cuando el corazón está dispuesto. La palabra clave es hitnaddeb, «ofrecer de buena gana», que se repite siete veces en el capítulo, y el fruto es la alegría: «el pueblo mostró su alegría... porque las hacía al Señor de todo su corazón» (29,9). Así había sido en el desierto, cuando el pueblo trajo para la morada más de lo necesario (Éx 35,20-29; 36,5-7).

Entonces David bendice a Dios (29,10-19; ver nota a 29,10). La oración avanza en cinco movimientos: la bendición al Dios de Israel «por los siglos de los siglos» (v. 10); la alabanza de su soberanía, con una cascada de palabras, «la magnificencia, el poder, la gloria, y la victoria» (vv. 11-12); la acción de gracias (v. 13); la confesión de la propia pequeñez, «¿quién soy yo, y quién es mi pueblo?» (vv. 14-17), y la súplica por el pueblo y por Salomón (vv. 18-19). San Juan Pablo II, al comentar el cántico de Laudes, señaló la gran tentación de quien hace obras para el Señor: ponerse a sí mismo en el centro, «casi sintiéndose acreedores de Dios». David, en cambio, «lo atribuye todo al Señor», porque «todo es gracia», y lo que se entrega para el templo «no es más que una resti-

tución, por lo demás sumamente escasa» de lo que Israel ha recibido (audiencia del 6 de junio de 2001).

«Tuyo, oh Señor, es el reino» (29,11). La alabanza de David tiene un eco en la oración cristiana: la Didajé cierra el padrenuestro con «tuyo es el poder y la gloria por los siglos» (8,2), y la misa canta después del padrenuestro: «Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor» (ver nota a 29,11). Lo que David confesó ante la asamblea de Israel, la Iglesia lo confiesa ante el Padre: que la realeza, el poder y la gloria no pertenecen a los poderosos de este mundo.

El centro de la oración es el v. 14: «Tuyas son todas las cosas; y lo que hemos recibido de tu mano, eso te hemos dado». La versión griega dice «de lo tuyo te hemos dado», y la liturgia bizantina repite en el corazón de su plegaria eucarística: «Te ofrecemos lo tuyo de lo tuyo». El antiguo Canon romano lo dice con otras palabras: ofrece a Dios «de tuis donis ac datis», de sus propios dones y regalos, el sacrificio puro y santo. San Juan Pablo II relacionó el cántico con las oraciones de la presentación de los dones, cuando el sacerdote bendice a Dios por el pan, «fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos». La Iglesia, dice el Catecismo, presenta al Padre «la ofrenda de sus propios dones» (n. 1083). Dios no necesita nuestras ofrendas; somos nosotros los que necesitamos dar, para reconocer de quién viene todo.

Esa humildad tiene un fundamento: «somos peregrinos y advenedizos delante de ti... Nuestros días pasan como sombra sobre la tierra» (29,15). Torres Amat anota que, según el hebreo, no hay

«esperanza» de quedarse: la vida pasa. El Nuevo Testamento recoge la imagen y la llena de esperanza: los patriarcas se confesaron peregrinos porque buscaban una patria mejor (Heb 11,13-16), y los cristianos viven en el mundo como forasteros (1 Pe 2,11). Por eso David puede dar sin miedo: lo que se da a Dios no se pierde. Y pide lo que ningún tesoro compra: que el pueblo conserve para siempre esa disposición del corazón y que Salomón tenga «un corazón perfecto» (29,18-19).

Después vienen la fiesta, la unción de Salomón, que se sienta «sobre el trono del Señor» (29,23), y la muerte de David, «en dichosa vejez, lleno de días, de riquezas y de gloria» (29,28). El David del Cronista termina su vida dándolo todo y bendiciendo. Su última palabra no es sobre sí mismo, sino sobre Dios: «tuyas son todas las cosas».

PAUSA

1. «Lo que hemos recibido de tu mano, eso te hemos dado». ¿Qué te ha dado Dios que podrías devolverle hoy?
2. El pueblo ofreció con alegría. ¿Das con alegría, o con cálculo?
3. David murió «lleno de días», después de servir al designio de Dios. ¿Cómo te gustaría que se resumiera tu vida?

Para orar. *Tuyo es, Señor, el reino; todo viene de ti, y de lo tuyo te damos.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 2

1. ¿Con qué palabra empieza el primer libro de las Crónicas? 1
2. ¿Por qué se llamó Faleg el hijo de Heber? 2
3. ¿Por qué se recuerda a Acar en la genealogía de Judá? 3
4. ¿Qué lugar ocupaba David entre los hijos de Isaí según este capítulo? 4
5. ¿Qué hizo Sesán, que no tenía hijos varones? 5

Capítulos 3 a 4

1. ¿Cuántos años reinó David en Hebrón y cuántos en Jerusalén? 1
2. ¿Quién era la madre de Simmaa, Sobab, Natán y Salomón? 2
3. ¿Quién es el padre de Zorobabel según este capítulo? 3

4. ¿Qué pidió Jabes al Dios de Israel? 4
5. ¿Con quién se casó Mered? 5
6. ¿Qué hicieron los quinientos simeonitas que fueron al monte Seir? 6

Capítulos 5 a 6

1. ¿Por qué Rubén, siendo el primogénito de Israel, no fue considerado como tal? 1
2. ¿Por qué vencieron a los agarenos los hijos de Rubén, de Gad y de la media tribu de Manasés? 2
3. ¿Cómo se llamaba el sumo sacerdote que fue al destierro, y quién lo llevó? 3
4. ¿Quiénes eran los tres cantores que David puso al frente del canto, y dónde estaba cada uno? 4
5. ¿Qué hacían Aarón y sus hijos, a diferencia de los demás levitas? 5

Capítulos 7 a 9

1. ¿Qué edificó Sara, la hija de Efraín? 1
2. ¿Por qué Efraín llamó Bería a su hijo? 2

3. ¿Quién fue el hijo de Jonatás según la genealogía de Saúl, y quién el hijo de éste? 3

4. ¿Qué ciudades edificó Samad, hijo de Elfaal? 4

5. ¿De qué cuatro clases eran los primeros que volvieron a habitar sus posesiones y ciudades? 5

6. ¿Quiénes establecieron a los porteros en su oficio, y cuántos eran? 6

Capítulos 10 a 12

1. Según el Cronista, ¿por qué murió Saúl? 1

2. ¿Qué hicieron los filisteos con la cabeza de Saúl? 2

3. ¿Quién fue el primero en atacar a los jebuseos y qué ganó con ello? 3

4. ¿Qué hizo David con el agua de la cisterna de Belén? 4

5. ¿Qué dijo Amasai, movido del Espíritu, cuando los de Benjamín y Judá llegaron a David? 5

6. ¿Qué tenían de especial los doscientos jefes de Isacar? 6

7. ¿Cuánto duró la fiesta de Hebrón y por qué? 7

Capítulos 13 a 14

1. ¿Desde dónde y cómo quiso David trasladar el arca? [1]
2. ¿Qué pasó con el arca después de la muerte de Oza? [2]
3. ¿Qué hizo David antes de atacar a los filisteos en el valle de Rafaín? [3]
4. ¿Qué hizo David con los dioses que los filisteos abandonaron en Baalfarasim? [4]

Capítulos 15 a 16

1. ¿Por qué dijo David que solo los levitas debían llevar el arca? [1]
2. ¿Quiénes fueron los tres cantores principales y qué instrumento tocaban? [2]
3. ¿Quién dirigía el canto, y por qué? [3]
4. ¿Qué se sacrificó porque Dios había asistido a los levitas que llevaban el arca? [4]
5. ¿A quién puso David al frente de los levitas que alababan ante el arca? [5]
6. ¿Qué pide a Dios el pueblo al final del canto de David? [6]

7. ¿Dónde estaba el Tabernáculo del Señor, y quién servía allí? [7]

Capítulo 17

1. ¿Qué respondió primero Natán a David, y qué sucedió aquella noche? [1]
2. ¿Quién edificaría la casa del Señor según la promesa? [2]
3. ¿Qué promete Dios al hijo de David en 17,13-14? [3]

Capítulos 18 a 20

1. ¿Qué hizo Salomón con el bronce que David tomó en las ciudades de Adarecer? [1]
2. Según las Crónicas, ¿qué lugar tenían los hijos de David en la corte? [2]
3. ¿Qué hicieron los amonitas cuando comprendieron la injuria que habían hecho a David? [3]
4. ¿Quién mató al hermano de Goliat de Get, según 1 Cr 20,5? [4]

Capítulos 21 a 23

1. Según 1 Cr 21,1, ¿quién instigó a David a hacer el censo de Israel? [1]
2. ¿Qué tribus no contó Joab, y por qué? [2]
3. ¿Cómo mostró el Señor que aceptaba el altar de David en la era de Ornán? [3]
4. ¿Por qué no pudo David edificar el templo, según 1 Cr 22? [4]
5. ¿Por qué se llamaría Salomón «el Pacífico»? [5]
6. ¿Cuántos levitas se contaron, y cómo se repartieron? [6]
7. ¿Por qué ya no tendrían los levitas que llevar el Tabernáculo? [7]

Capítulos 24 a 27

1. ¿En cuántas clases repartió David a los sacerdotes, y cómo se decidió su orden? [1]
2. ¿A qué clase tocó la octava suerte, y quién perteneció a ella en el Evangelio? [2]
3. ¿Cuántos eran los maestros cantores, y cómo se repartían? [3]

4. ¿Por qué bendijo el Señor a Obededom, y qué puerta le tocó en suerte? 4

5. ¿Cuántos hombres tenía cada cuerpo del ejército, y cuánto tiempo servía? 5

6. ¿Por qué no se escribió en los fastos de David el número del censo de Joab? 6

Capítulos 28 a 29

1. ¿Por qué no pudo David edificar el templo? 1

2. ¿Qué entregó David a Salomón además de los materiales? 2

3. ¿Con qué palabras anima David a Salomón al final de su discurso? 3

4. ¿Qué dice David a Dios cuando el pueblo ha ofrecido sus dones? 4

5. ¿Cuánto tiempo reinó David, y dónde? 5

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunos nombres mal leídos, cotejados con la edición de 1824, como Gazer en 6,67, Jaquín en 9,10 o Adeodato en 20,5; con esa edición se han recuperado también las palabras que la transcripción había perdido en 9,21 («de la puerta») y en 21,25 («de peso muy cabal»)). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

En la Vulgata y en Torres Amat este libro se titula «Libro primero de los Paralipómenos», del griego paraleipómena, «cosas omitidas»; esta edición usa el nombre que propuso san Jerónimo y que llevan el Leccionario y las Biblias actuales, 1 Crónicas, de modo que el «I Par.» y el «II Par.» de Torres Amat, de los Padres y de los libros antiguos son nuestros 1 y 2 Crónicas. Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de la edición de 1824, con dos excep-

ciones: el texto digital divide en dos, como el hebreo, los versículos 11,46 y 20,7 de la Vulgata, de modo que 11,47 y 20,8 son en la Vulgata y en la edición de 1824 la segunda mitad de 11,46 y de 20,7. El texto hebreo, y con él la Neovulgata y muchas Biblias actuales, cuenta de otro modo tres pasajes: 6,1-15 de esta edición es allí 5,27-41, y 6,16-81 es 6,1-66; 12,4 se divide en dos versículos, de modo que 12,5-40 es allí 12,6-41; y en la lista de los valientes, 11,32-35 se reparte de otra manera, sin que cambien los números siguientes. No falta ningún versículo; la transcripción digital había perdido unas palabras en 9,21 («de la puerta») y en 21,25 («de peso muy cabal»), que se han recuperado de la edición de 1824. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás, de modo que el canto de 1 Crónicas 16, hecho con versos de los Salmos 105, 96 y 106, combina en su Biblia los Salmos 104, 95 y 105.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.